
RAZÓN SUFICIENTE PARA REGOCIJARSE

Todo ser humano tiene un deseo básico de estar gozoso, y parece que todos los otros deseos fluyen de ahí y directa o indirectamente sirven a esa necesidad fundamental. Las personas consumen ciertos alimentos y bebidas por el placer que obtienen de ellos. Muchas personas procuran ganar dinero y posesiones materiales porque creen que esas cosas les producirán gozo. La mayoría de las personas buscan prestigio, poder y éxito porque piensan que eso les producirá gozo. Pero el disfrute de esas cosas es temporal y decepcionante. El gozo verdadero y perdurable solo viene cuando los creyentes, por fe, a través de la gracia, confían en Jesucristo como Señor y Salvador y se apropian de las verdades de su reino.

La naturaleza del verdadero gozo se hace patente cuando contrastamos las definiciones de dicho vocablo. Su significado primario, según el diccionario castellano, es: "Una emoción causada por la contemplación de algo que nos gusta o por la esperanza de obtener cosas halagüeñas y apetecibles". Implícitas en esa definición están todas satisfacciones egocéntricas, temporales e insatisfactorias antes mencionadas.

Ahora considere la definición bíblica de gozo. El vocablo griego (*chara*) se usa setenta veces en el Nuevo Testamento, y siempre representa un sentimiento de felicidad que está basado sobre realidades espirituales. En esos contextos, gozo no es algo que simplemente se experimenta como resultado de circunstancias favorables. Tampoco

es simplemente una emoción humana divinamente estimada. En cambio, gozo es un don sobrenatural de Dios para los creyentes. A eso se refería Nehemías cuando dijo: “el gozo de Jehová es nuestra fuerza” (Neh. 8:10).

El gozo espiritual no es solo un don de Dios, sino también un mandato para todos aquellos que le conocen: “Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!” (Fil. 4:4; vea 1 Ts. 5:16). Igual que otras características de la vida cristiana (ser llenos del Espíritu Santo, comprender nuestra unidad espiritual, etcétera) Los creyentes no necesitan inventar el gozo ni utilizar toda clase de artilugios para encontrarlo. Sencillamente necesitan dar gracias al Señor por el don y deleitarse en las maravillosas bendiciones que el gozo ya brinda (vea Ro. 14:17).

EL GOZO: UN MANDATO REPETIDO

Debido a que Dios manda a los creyentes a tener gozo, es fácil comprender que el gozo es otra columna fundamental o actitud del carácter cristiano. El mundo pecaminoso en el que vivimos nos ofrece suficientes razones para estar afanosos, turbados, preocupados y temerosos, pero ninguno de esos factores negativos debe afectarnos seriamente. Eso se debe a que el Nuevo Testamento está repleto de exhortaciones e instrucciones respecto del gozo. Solo en Filipenses se menciona diecisiete veces. Ya hemos notado el mandamiento básico del apóstol Pablo en 4:4, pero también habla del gozo en estos versículos clave (cursivas añadidas):

“Y confiado en esto, sé que quedaré, que aún permaneceré con todos vosotros, para vuestro provecho y gozo de la fe”.

(1:25)

“completrad mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa”.

(2:2)

“Y aunque sea derramado en libación sobre el sacrificio y servicio

de vuestra fe, me gozo y regocijo con todos vosotros.. Y asimismo gozaos y regocijaos también vosotros conmigo”.

(2:17-18)

“Por lo demás, hermanos, gozaos en el Señor. A mí no me es molesto el escribiros las mismas cosas, y para vosotros es seguro”.

(3:1)

“En gran manera me gocé en el Señor de que ya al fin habéis revivido vuestro cuidado de mí; de lo cual también estabais solícitos, pero os faltaba la oportunidad”.

(4:10)

A la luz de semejante énfasis en el gozo, es correcto afirmar que ninguna circunstancia ni acontecimiento jamás debe disminuir el gozo en la vida de un creyente. Eso podría parecer ridículo o imposible, especialmente ante las realidades de la vida diaria. Pero está basado sobre la verdad de las Escrituras. Primera Tesalonicenses 5:16 es muy concisa, directa e ineludible: “Estad siempre gozosos”. Y Pablo mismo practicó ese mandamiento, reconociendo que aunque confrontó muchos contratiempos, estaba siempre gozoso. El apóstol Pedro también afirma esa premisa: “sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría” (1 P. 4:13).

Muchos otros textos del Nuevo Testamento refuerzan la verdad de que ninguna cantidad de adversidad o dificultad debía afectar la actitud de gozo de un creyente. El mismo Señor Jesús subrayó la importancia del gozo cuando enseñó a los discípulos en el Aposento Alto, justamente antes de su propio sufrimiento y muerte. El gozo era un componente esencial del legado que nos dejó:

“Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido”.

(Jn. 15:11)

“También vosotros ahora tenéis tristeza; pero os volveré a ver, y se gozará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestro gozo”.

(Jn. 16:22)

“Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido”.

(Jn. 16:24)

“Pero ahora voy a ti; y hablo esto en el mundo, para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos”.

(Jn. 17:13)

Si lee todo el contexto de Juan 13-17, verá que en medio de las aterradoras circunstancias de la cercana muerte del Señor, los doce pronto serían dejados en el mundo para enfrentarse a las persecuciones, sufrimientos y a la misma muerte. Pero el Señor nunca vaciló para decirles que tendrían gozo constante.

Las palabras de Jesús en su mensaje en el Aposento Alto, sin embargo, no deben sorprendernos porque temprano en su ministerio Él enseñó que ni las pruebas ni las adversidades deben disminuir el sentido de gozo del creyente. Mateo 5:11-12: “Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros”. Lucas registra mucho del mismo mensaje: “Bienaventurados seréis cuando los hombres os aborrezcan, y cuando os aparten de sí, y os vituperen, y desechen vuestro nombre como malo, por causa del Hijo del Hombre. Gozaos en aquel día, y alegraos, porque he aquí vuestro galardón es grande en los cielos; porque así hacían sus padres con los profetas” (Lc. 6:22-23).

Pero eso todavía deja sin contestar la pregunta: ¿Cómo es posible responder a cada situación difícil con gozo? El apóstol Santiago es instructivo al respecto cuando dice: “Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia” (Stg. 1:2-3).

Debemos ser más felices en nuestros tiempos de pruebas que en nuestros tiempos buenos porque las pruebas siempre son más espiritualmente productivas y purificadoras. Es más probable que estas nos despojen de nuestro egocentrismo y de nuestro orgullo y de convencernos que no estamos en el control de todo. Llegamos a depender mucho más del Señor durante los tiempos de prueba, y eso mejora nuestra vida de oración y nos ayuda a ser más sensibles hacia los sufrimientos de Cristo y también hacia los de otros creyentes. Santiago considera esa clase de efecto “la obra perfecta” de la paciencia que nos hace ser “perfectos [maduros] y cabales, sin que os falte cosa alguna” (1:4).

El llamado a regocijarse en todo tiempo y en cualquier circunstancia no significa, sin embargo, que no hay tiempos cuando es del todo correcto refrenarse de expresiones externas de gozo. Es legítimo para nosotros que en momentos apropiados nos identifiquemos con emociones humanas normales, tal como Pablo nos anima en Romanos 12:15 cuando dice: “Gozaos con los que se gozan; llorad con los que lloran”. Hay algo bueno y beneficioso para nosotros y para los que ministramos cuando legítimamente derramamos lágrimas y mostramos compasión hacia los que sufren pena y dolor. Sin embargo, eso no debe perturbar ni disminuir el sentido de gozo interno y permanente del cristiano.

Pablo expresa el equilibrio adecuado cuando dice: “Como entristecidos, más siempre gozosos” (2 Co. 6:10). Hay lugar para la compasión y la tristeza humana normal, pero siempre deben ir acompañadas de un corazón que se regocija. Debajo de las emociones externas del llanto y la tristeza y la expresión de compasión, el creyente siempre tendrá un genuino gozo espiritual, una actitud que solo Dios puede dar.

LA SUPERIORIDAD DEL VERDADERO GOZO

Como se ha expresado al comienzo de este capítulo, el gozo del mundo es inferior al gozo verdadero que Dios tan bondadosamente nos da a los creyentes y nos manda a expresarlo. De manera simple,

el gozo del mundo se deriva de los placeres terrenales pasajeros. La Biblia pone cuidado en identificar el gozo del mundo y advierte de sus peligros y de sus insuficiencias.

La inferioridad del gozo del mundo

El escritor de Eclesiastés habla de su insensatez al ser atrapado en el gozo terrenal: "No negué a mis ojos ninguna cosa que desearan, ni aparté mi corazón de placer alguno, porque mi corazón gozó de todo mi trabajo; y esta fue mi parte de toda mi faena. Miré yo luego todas las obras que habían hecho mis manos, y el trabajo que tomé para hacerlas; y he aquí, todo era vanidad y aflicción de espíritu, y sin provecho debajo del sol" (Ec. 2:10-11). Luego en Eclesiastés 11:9 el Predicador declara el disgusto de Dios contra ese desenfreno: "Alégrate, joven, en tu juventud, y tome placer tu corazón en los días de tu adolescencia; y anda en los caminos de tu corazón y en la vista de tus ojos; pero sabe, que sobre todas estas cosas te juzgará Dios" (vea 7:6; Is. 16:10; Stg. 4:9).

Paralelamente con ese juicio, el gozo del mundo puede ser muy engañoso: "Hay camino que al hombre le parece derecho; pero su fin es camino de muerte. Aún en la risa tendrá dolor el corazón; y el término de la alegría es congoja (Pr. 14:12-13). Las personas constantemente quieren cosas, e impulsivamente se apuran para cumplir esos deseos solo para descubrir que su gozo pronto se convierte en pena. El gozo terrenal no dura más allá de los placeres a corto plazo. Es por eso que Job hace esta pregunta directa: "¿No sabes esto, que así fue siempre, desde el tiempo que fue puesto el hombre sobre la tierra, que la alegría de los malos es breve, y el gozo del impío por un momento?" (Job 20:4-5).

Gratitud en medio del gozo verdadero

En contraste con el gozo terrenal, el verdadero gozo espiritual del creyente es sobrenatural. El gozo bíblico es sumamente superior al gozo mundano y a cualquier de sus explicaciones psicológicas y materialistas. El apóstol Pablo en Gálatas 5:22 identifica el gozo como un aspecto del fruto del Espíritu. En Romanos 14:17 amplía la definición

del gozo como un componente esencial del reino de Dios. Es un gozo espiritual que procede de Dios a través de Jesucristo, concedido por el Espíritu Santo. Y ninguna circunstancia en la vida, excepto cuando pecamos, debe quitarnos legítimamente nuestro gozo si de verdad conocemos y confiamos en el Señor. Aún cuando el pecado nos roba el gozo, esa experiencia no debe durar mucho porque tan pronto como confesamos nuestro pecado, Dios permite que nos gocemos en su perdón (1 Jn. 1:9).

Debido a que el verdadero gozo nos da la confianza de que Dios está soberanamente manifestando todas las cosas para nuestro bien y para su gloria, tenemos abundantes razones para regocijarnos y dar gracias al Señor por lo que está haciendo en nuestra vida. Las siguientes son algunas de las razones por las que quienes conocemos a Cristo debemos regocijarnos constantemente.

Primero, debemos tener gozo porque *el gozo es un acto de respuesta adecuada al carácter de Dios*. El gozo se origina porque sabemos que Dios es soberano, misericordioso, amante, compasivo, bondadoso, omnipotente, omnisciente y omnipresente. Porque Él procura nuestro bienestar, podemos tener confianza en medio de todas las cosas que Él pone en nuestro camino. Eso está basado en un conocimiento profundo y sincero de Dios que se percata de que cuando las personas hacen las cosas para mal, Dios las encamina para bien (Gn. 50:20). Tenemos la confianza de que Él obra todas las cosas para el bien de los que le aman (Ro. 8:28). No podemos gozarnos siempre solo en nuestras circunstancias, pero sí podemos regocijarnos siempre en el Dios que controla nuestras circunstancias.

Nuestro gozo en el carácter de Dios es acrecentado porque su carácter es inmutable. En verdad sería aterrador si Dios fuera caprichoso y jamás pudiéramos confiar en sus palabras y acciones. Pero Dios no es así. Su gracia es siempre dispensada de manera congruente. Su justicia es siempre correcta e imparcial. Siempre cumple lo que promete. Santiago 1:17 nos asegura esas verdades: "Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación".

En segundo lugar, los cristianos debemos regocijarnos porque el

gozo es una respuesta apropiada a la obra de Cristo. Al recordar que “siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Ro. 5:8), debemos inmediatamente alabarlo y darle las gracias con un corazón gozoso. Es importante recordar las palabras de Pedro: “sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación” (1 P. 1:18-19) y que Cristo es “quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados” (1 P. 2:24), y que “la sangre de Jesucristo, su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Jn. 1:7), y que Dios lo planeó todo “según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad” (Ef. 1:4-5). Cuando entendemos todo lo que Cristo ha hecho por nosotros y que el cielo es eternamente nuestro, tenemos un gozo permanente que ninguna circunstancia trivial y pasajera debe afectar.

En tercer lugar, debemos tener un gozo espiritual incesante *como una demostración de confianza en la obra del Espíritu Santo*. Además de darnos el don del gozo (Ro. 14:17; Gá. 5:22), el Espíritu constantemente nos está mostrando las cosas de Cristo y haciéndonos más semejantes al Salvador: “Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor” (2 Co. 3:18). En nuestra propia fuerza y sabiduría no podemos conocer la mente de Dios, pero el Espíritu que vive en nosotros (Ro. 8:9-10) nos ayuda a comprender las cosas espirituales (1 Co. 2:10-16). El Espíritu Santo nos guía a toda la verdad (Jn. 16:13) y nos enseña y nos recuerda todo lo que necesitamos saber en la vida cristiana (Jn. 14:26). El Espíritu es la paga y señal, el primer plazo de nuestra herencia eterna (Ef. 1:13-14). Y tenemos la confianza de que cada día Él intercede delante del trono de la gracia en nuestro beneficio (Ro. 8:26-27).

En cuarto lugar, debemos tener gozo *porque es una respuesta razo-*

nable a las continuas bendiciones espirituales. El derramamiento de Dios de las bendiciones espirituales para los creyentes jamás se detiene, como lo señala Efesios 1:3 cuando dice: “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo”.

Puede ser que no sintamos siempre que nuestra vida es especialmente bendecida día tras día, pero si solo nos detenemos y consideramos algunas de las maneras en las que el Señor es bueno con nosotros, no podríamos dejar de regocijarnos. Por ejemplo, cada vez que pecamos dicha falta es perdonada al instante. Cada vez que Dios nos refina mediante las pruebas, nos expone a la enseñanza bíblica sólida, y nos moldea más según la imagen de Cristo, debía ser una razón para que lo alabemos. Cada vez que Dios nos hace andar seguros un día más y nos libra de algún terrible desastre o de extremada agonía, experimentamos la bendición de su misericordia. Dios también está planificando bendiciones futuras, como la de preparar un lugar para nosotros en el cielo (Jn. 14:2-3).

Todos los innumerables favores, visibles e invisibles, que Dios hace por nosotros a través de nuestra vida son evidencias de que sus hijos son abundantemente bendecidos. Y esas bendiciones significan que debemos expresar verdadero gozo espiritual cada día y nunca darlas por sentado ni cuestionar sus beneficios en ayudarnos a crecer.

Una quinta razón para manifestar gozo es que *este es una respuesta adecuada a la providencia de Dios*. La providencia divina es simplemente la manera cómo Dios organiza todas las circunstancias para realizar el mayor bien para los creyentes. Es en un alto grado el método más común que usa para ordenar y controlar los sucesos humanos temporales. Cuando consideramos que Dios produce millones de detalles y de situaciones para realizar su propósito perfecto, el vasto espectro de providencia es un milagro mucho más grande que esos acontecimientos sobrenaturales aislados que generalmente llamamos milagros.

¡Qué confianza tan firme y cuán profunda es nuestra seguridad al saber que el Señor, a través de todas las infinitas contingencias, soberanamente controla todo el universo! Además, Él también mise-

ricordiosamente controla todos los sucesos específicos en nuestra vida personal, que continuamente renuevan nuestra fe y nuestro gozo en Él.

En sexto lugar, los cristianos debemos tener gozo porque este es *una respuesta adecuada a la promesa de la gloria futura*. Como señalé en la introducción a mi libro *La gloria del cielo* (Grand Rapids, Mich.: Editorial Portavoz, 1997), los creyentes de hoy no estamos suficientemente cautivados con la perspectiva del gozo de que un día entraremos en el cielo y habitarán en su gloria por toda la eternidad. Nos acomodamos tanto con los goces temporales de esta vida, o tan enlodados con sus dificultades, que nos olvidamos de que somos unos simples peregrinos: “porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios” (He. 11:10; vea 13:14).

Una vez que nos acostumbramos a permanecer regularmente en las glorias de lo que está por venir, los problemas y las luchas de la vida, incluyendo las cuestiones triviales diarias, todas ellas, en comparación se disuelven en la insignificancia (vea Ro. 8:18). Cuando el apóstol Pablo en Colosenses 3:2 nos dice: “Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra”, su propósito es que sea un ejercicio gozoso que libere nuestra mente de toda la bagatela debilitadora de la tierra, cosas que de todos modos no son importantes para la eternidad. Esas preocupaciones temporales jamás deben ahogar nuestro gozo espiritual.

Durante el tiempo en que mi hermana sufría de cáncer mortal (pasó a la presencia del Señor en el 1997 y ahora conoce personalmente el gozo del cielo), nos hablábamos frecuentemente por teléfono. En una de esas llamadas hace varios años, le dije: “Bien, Julie, lo peor que te puede suceder es lo mejor que le puede pasar a cualquier persona”. Ella contestó: “Lo sé, jamás lo he dudado”.

Entonces añadí: “¿Sabes que vas a estar en la presencia del Señor, en las glorias del cielo?”

A eso, ella respondió: “Y esa es mi confianza”. Entonces me dijo que en aquel día el hospital había enviado a un psiquiatra y a alguien más para decirle que querían ponerla en un grupo de terapia especial. Esperaban ayudarla a ponerse en contacto con su “niñez interior”.

Mi hermana reaccionó frente a esa idea diciéndole al personal del hospital: “No gracias, no necesito ponerme en contacto con mi niñez interior. Estoy en contacto con mi Señor Jesucristo, y todo está bien”.

Podemos enfrentarnos a cualquier situación con esa clase de esperanza en nuestro corazón. Sencillamente no debemos turbarnos demasiado con respecto a cualquier cosa que nos sucede en la tierra porque aquí todo es tan temporal. Los sucesos de esta vida hacen que el cielo sea más atractivo y maravilloso.

Una séptima razón por la que debemos tener gozo es porque *eso demuestra gratitud por las oraciones contestadas*. Jesús dijo: “Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido” (Jn. 16:24). El Señor siempre ha contestado nuestras peticiones e intercesiones de maneras totalmente consonantes con su voluntad (1 Jn. 5:14-15). Lo ha hecho en innumerables ocasiones para que por todas nuestras oraciones contestadas, y por las que no han sido contestadas, nuestro gozo esté intacto.

Además, el verdadero gozo demuestra *una gratitud genuina y un verdadero aprecio por la Palabra de Dios*. Al final del capítulo 6 expusimos cuán preciosa es la Biblia para nuestro crecimiento espiritual. Esa verdad debe protegernos de jamás abandonar nuestra actitud de gozarnos delante del Señor. Su bondad y misericordia al darnos la Palabra debe hacernos repetir las palabras de David: Los mandamientos de Jehová son rectos, que alegran el corazón; el precepto de Jehová es puro, que alumbra los ojos” (Sal. 19:8, vea Sal. 119:14, 24, 70, 97, 103, 111, 127, 140, 162). El profeta Jeremías expresó sentimientos similares, que deben animarnos aún más a agradecer la verdad de Dios: “Fueron halladas tus palabras, y yo las comí; y tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón; porque tu nombre se invocó sobre mí, oh Jehová Dios de los ejércitos” (Jer. 15:16).

El Nuevo Testamento también da testimonio del gozo que debe ser nuestro en respuesta a la Palabra de Dios. El apóstol Juan, en la introducción a su primera epístola, dice: “Estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido” (1 Jn. 1:4). El sabía que las Escrituras producirían el aprecio y el gozo más profundo en sus lectores mientras que agradecen al Señor por todo lo que Él les ha dado.

Finalmente, el *aprecio por la comunión cristiana* debe siempre producir gozo en nosotros. Pablo dijo a los tesalonicenses: "Por lo cual, ¿qué acción de gracias podremos dar a Dios por vosotros, por todo el gozo con que nos gozamos a causa de vosotros delante de nuestro Dios?" (1 Ts. 3:9).

¿QUÉ SUCEDE SI FALTA EL GOZO?

A pesar de todas las razones bíblicas para obedecer el mandato de Dios a regocijarse sinceramente siempre, todos los creyentes experimentaremos tiempos cuando nos faltará el gozo en nuestra vida. Pablo manda a todos los creyentes, diciendo: "Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos. ¿O no os conocéis a vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros, a menos que estéis reprobados?" (2 Co. 13:5). Si el gozo está ausente de su vida, hay numerosas maneras de descubrir las razones.

Primero, podría ser que usted *no conoce al Señor*. Podría estar confiando en una falsa seguridad de salvación. Eso es lo que Jesús dijo a los discípulos cuando interpretó la parábola del sembrador: "Y el que fue sembrado en pedregales, éste es el que oye la palabra, y al momento la recibe con gozo; pero no tiene raíz en sí, sino que es de corta duración, pues al venir la aflicción o la persecución por causa de la palabra, luego tropieza" (Mt. 13:20-21; vea los vv. 5-6). Algunas veces, cuando las personas oyen el evangelio por primera vez, hay un sentido emocional de gozo inmediato y un realce psicológico, pero eso no dura. Si una persona lucha constantemente por tener gozo y es incapaz de controlar los desafíos de la vida, podría ser que realmente no conoce a Cristo. De ser así, necesita prestar atención al mandamiento de Pablo en 2 Corintios 13:5, arrepentirse y creer.

En segundo lugar, usted puede estar falto de gozo porque *está bajo una muy severa tentación*. El apóstol Pedro escribe: "Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar" (1 P. 5:8). Nada agrada más a Satanás que ser capaz de robarle el gozo durante los tiempos de severa tentación. La solución es no permitir que sus preocupaciones se con-

viertan en tentaciones: "echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros" (1 P. 5:7).

A veces usted no tiene gozo porque *alberga expectativas falsas e irreales*. Con frecuencia los cristianos pensamos que merecemos más bendiciones de las que tenemos, cuando en realidad ya tenemos muchas más de las que merecemos. Antes de venir a Cristo, como todos los pecadores perdidos, merecíamos la ira de Dios y una eternidad en el infierno. "Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira" (Ro. 5:8-9). Los que no merecemos nada tenemos razones de sobra para regocijarnos y estar agradecidos por las muchas bendiciones que el Señor nos da.

Las falsas expectativas están directamente relacionadas con el orgullo y el *pecado del orgullo* es otra razón común por la que usted podría no experimentar el gozo. Más concretamente, me refiero al horrible pecado de la insatisfacción con sus posesiones. La cultura occidental, con su énfasis en el materialismo y la avaricia promueve esta mentalidad. Los modelos atractivos aparecen en los comerciales televisivos y lo hacen sentir infeliz con su propia imagen o la de su cónyuge. Los anunciantes promueven sus automóviles, sus equipos electrónicos, sus vacaciones y los electrodomésticos en un intento por hacer que usted se sienta insatisfecho con lo que tiene ahora, o con lo que no tiene.

Nuestro orgullo, si no se controla, puede hacer que nos rindamos ante las influencias mundanas. Entonces nos impulsarán a ir en pos de cosas temporales, y terminamos renunciando a nuestro gozo y a nuestro contentamiento cambiándolo por la frustración y la insatisfacción.

La *falta de oración* también nos puede robar el gozo. Si usted deja de prestar atención a 1 Pedro 5:7 cuando confronta pruebas y dificultades, dé por seguro que perderá el sentido del gozo que Dios quiere que tenga. Sencillamente no necesita llevar la totalidad de la carga sobre usted mismo: "Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con

acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús” (Fil.4:6-7).

Joseph Scriben, en la primera estrofa de su conocido himno “Oh que amigo nos es Cristo”, correctamente expresa la importancia de la oración y destaca lo que sucede cuando esta falta:

*¡Oh qué amigo nos es Cristo! Él llevó nuestro dolor,
Él nos manda que llevemos todo a Dios en oración,
¿Vive el hombre desprovisto de paz, gozo y santo amor?
Esto es porque no llevamos todo a Dios en oración.*

Finalmente, el principal contribuyente a la falta de gozo es la *ignorancia*. Si verdaderamente usted está creciendo en Cristo tendrá verdadero gozo espiritual. Por otro lado, si vive mediante impulsos y sentimientos subjetivos, tendrá gran dificultad en mantener el gozo. Es imperativo que usted controle sus emociones, y eso puede suceder solo cuando llene su mente de la sana doctrina, la crea de todo corazón y camine mediante el Espíritu Santo.

El mundo se deleita en actuar sobre la base de lo que produce placer. Pero el Señor tiene un criterio mucho más elevado para los creyentes, como lo expresa el apóstol Pablo: “No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta” (Ro. 12:2). Cuando eso es verdad, responderemos gozosa e inteligentemente a todo lo que el Señor tiene para nosotros.

Si nuestra mente está plena y constantemente informada de la verdad de Dios, y si adoptamos un hábito pequeño, pero significativo de la iglesia primitiva, indudablemente estaríamos más conscientes de la importancia del gozo. El saludo acostumbrado entre los creyentes de la iglesia primitiva era la expresión griega *chairete*, que literalmente significa “regocíjate”. Jesús dio origen a ese saludo la mañana de la resurrección, cuando se encontró con algunas de las mujeres que acababan de oír la noticia de su resurrección de los muertos: “He aquí, Jesús les salió al encuentro, diciendo: ¡Salve! [regocijaos] y ellas acer-

cándose, abrazaron sus pies, y le adoraron” (Mt. 28:9). Ese ciertamente era el saludo apropiado porque el Señor buscaba consolar y animar a sus seguidores con su presencia, que era una clara e irrefutable evidencia de su resurrección.

“Regocijaos”, algo que entre los creyentes es un saludo mucho más significativo que el rutinario “hola” o “buenos días”, se convirtió en la forma común de saludar de los cristianos de la iglesia primitiva. Estaban conscientes de que el gozo es un mandamiento, y siempre había una razón para que ellos se regocijaran a medida que la iglesia crecía y maduraba. Con todas las riquezas que son nuestras en Cristo, también tenemos todo tipo de razón para regocijarnos. Quizá nuestro propio uso regular del saludo “regocijaos” nos hará recordar más frecuentemente el mandato bíblico de que nuestro gozo debe ser grande y siempre evidente.

SIEMPRE HAY LUGAR PARA LA GRATITUD

La ingratitud es una de las actitudes más horribles que una persona puede poseer. El Evangelio de Lucas establece ese punto en un fascinante pasaje que ha quedado claramente grabado en mi mente desde la primera vez que lo leí hace muchos años. Es la historia de los diez leprosos:

“Yendo Jesús a Jerusalén, pasaba entre Samaria y Galilea. Y al entrar en una aldea, le salieron al encuentro diez hombres leprosos, los cuales se pararon de lejos y alzaron la voz, diciendo: ¡Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros! Cuando él los vio, les dijo: Id, mostraos a los sacerdotes. Y aconteció que mientras iban, fueron limpiados. Entonces uno de ellos, viendo que había sido sanado, volvió, glorificando a Dios a gran voz, y se postró rostro en tierra a sus pies, dándole gracias; y éste era samaritano. Respondiendo Jesús, dijo: ¿No son diez los que fueron limpiados? Y los nueve, ¿dónde están? ¿No hubo quien volviese y diese gloria a Dios sino este extranjero? Y le dijo: Levántate, vete; tu fe te ha salvado”.

(17:11-19)

En aquellos tiempos los leprosos eran aislados en colonias, a cierta distancia de las ciudades y los pueblos porque su terrible enfer-

medad era muy contagiosa. Es por eso que en el relato de Lucas el grupo con frecuencia se mantenía a una distancia considerable cuando Jesús y sus acompañantes entraron en la ciudad.

El aparentemente extraño mandato de Jesús a los hombres a mostrarse al sacerdote era parte del proceso normal, como lo establece la ley de Moisés, para tratar con la lepra y para asistir en la recuperación de esta. Cuando una persona estaba segura de que estaba curada de la enfermedad debía someterse a una ceremonia de purificación del sacerdote para asegurar, tanto como fuera posible en tiempos antiguos, que la persona en realidad estaba curada y podía reincorporarse a la sociedad normal. En este estupendo relato, la curación ocurrió milagrosa e inequívocamente cuando los hombres ejercitaron fe y fueron a ver al sacerdote.

Es casi inconcebible que alguien pudiera ser curado de una terrible enfermedad tal como la lepra, que aislaba a un hombre o una mujer de su familia y de sus amigos y lo separaba de los acontecimientos normales en la sociedad y en la sinagoga, y no sentirse abundante y permanentemente agradecido. Pero eso es exactamente lo que sucedió con nueve de los diez leprosos que Jesús sanó. Además, el hombre agradecido era un samaritano, lo que quiere decir que era de una raza mixta que se originó por la mezcla de judíos con cananeos y asirios. Los samaritanos eran despreciados por los judíos devotos, y como resultado se había desarrollado un odio mutuo entre ambos pueblos. Así que era en verdad sorprendente que un samaritano fuera el único que regresó, se postró a los pies de Jesús, un judío, para darle las gracias.

La historia de los diez leprosos es una poderosa ilustración de cuán terrible es el pecado de la ingratitud. Pero la actitud de la ingratitud exhibida por los nueve leprosos no es tan inesperada de quienes no tienen una relación salvadora con Cristo. En la acusación que apóstol Pablo hace a la humanidad incrédula y a su sociedad pecaminosa en Romanos 1:18-23, su inculpación es muy específica. El versículo 21 comienza con la frase "habiendo conocido Dios" que significa que todos los que vienen a este mundo saben acerca de Dios, aún cuando no tienen una fe personal salvadora en Él. Pero a conti-

nuación Pablo dice: "no le glorificaron como a Dios, *ni le dieron gracias*" (cursivas añadidas). La persona ingrata repudia la noción misma de la gracia, la inmerecida bondad otorgada por Dios. De modo que la ingratitud es un pecado que caracteriza al no regenerado, y encabeza la lista de Dios de los terribles pecados en Romanos 1.

Posteriormente, Pablo reforzó esa verdad cuando le dijo a Timoteo: "También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos" (2 Ti. 3:1-2). Al final de los tiempos, la ingratitud continuará caracterizando a las personas, mucho más de lo que ocurre ahora. Por ejemplo, los inconversos contemporáneos parecen estar constantemente amargados o quejumbrosos de sus circunstancias, esperando algún "golpe de suerte" para cambiar el destino de su vida o desengañada o fatalistamente podrían aceptar lo que sucediera, afirmando que no pueden, en ningún caso, cambiar las cosas. O egoístamente podrían agradecerse a sí mismos por lo que son y lo que tienen, pensando que todas las cosas en la vida de ellos resultan solo de sus propios esfuerzos. No importa cómo se manifieste la ingratitud o la ausencia de gratitud siempre ha sido una característica que Dios repudia. Los creyentes, por lo tanto, debemos esforzarnos continuamente por ser agradecidos en medio de cualquier circunstancia.

EL MANDATO A SER AGRADECIDOS

Como cristianos, podemos comprender que los nueve leprosos que no conocían a Cristo como Señor y Salvador fueran ingratos y que la cultura inconversa que nos rodea se caracterice por la ingratitud. Es casi imposible, sin embargo, comprender o aceptar un creyente ingrato cuando consideramos todo lo que el Señor ha hecho por los suyos. En realidad, tal como lo vimos en el capítulo anterior acerca del gozo, una actitud de gratitud no puede ser ignorada por los creyentes porque la Palabra de Dios lo manda: "Dad gracias en todo, por-

que esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús” (1 Ts. 5:18).

El precedente de ese mandamiento fue establecido en el Antiguo Testamento. Las ofrendas de gratitud o paz (Lv. 3:1-17; 7:11-36) fueron diseñadas para recordarle al pueblo de Dios de su necesidad de ser agradecido a Él. Debían traerle un manojo de grano y un poco de aceite y vino como ofrendas de gratitud. Esos eran símbolos de toda la provisión del Señor y recordatorios tangibles de que los creyentes necesitan agradecerle regularmente por su gracia y por su misericordia al darles todo lo que tienen. La iglesia de hoy tiene una ordenanza que cumple el mismo propósito. En la Comunión, o la Mesa del Señor, combinamos elementos de la ofrenda de gratitud como también elementos de la ofrenda por el pecado al darle las gracias a Dios por todo lo que la muerte de Cristo consiguió. Cuando observamos esa ordenanza esencialmente estamos presentando una ofrenda de gratitud.

El mandamiento del apóstol Pablo en 1 Tesalonicenses 5:18 nos dice: “Dad gracias en todo” significa que la gratitud del creyente debe estar conectada con todo lo que sucede en la vida, no importa si es algo agradable o desagradable. Y, como ocurre con el gozo, la única cosa que legítimamente ahogará nuestra actitud de acción de gracias es el pecado no confesado. No importa cuál sea la situación o la prueba, siempre hay razón para dar gracias al Señor.

Si verdaderamente conocemos a Dios, sabemos que está revelando su plan de acción y su propósito en nuestra vida. Él ha determinado soberanamente cada aspecto de su plan para nosotros para que seamos beneficiados y que Él sea glorificado (vea Ro. 8:28). No debemos sorprendernos ni debemos ser ingratos cuando experimentamos pruebas porque sabemos que Dios ve perfectamente el resultado final (vea 1 P. 4:12-13).

Efesios 5:18-20 reitera el mandato a ser agradecidos: “No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu, hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones; dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre

de nuestro Señor Jesucristo”. Una actitud completa y congruente de alabanza y gratitud no es posible en nuestra propia fuerza. Pero si permitimos que el Espíritu de Dios que habita en nosotros haga su obra a través de nosotros y nos revista de su poder, Él nos capacitará para dar gracias cada día por cualquier cosa que el Señor traiga a nuestra vida.

Sin la persona y la obra de Cristo, no podríamos ni siquiera considerar la expresión práctica de la gratitud. Pero debido a que el Señor significa tanto para nosotros, Pablo nos instruye a ser agradecidos en maneras congruentes con quien Jesús es y con lo que Él ha hecho.

Por supuesto, el objeto final de toda nuestra gratitud es Dios el Padre. No podemos ignorar la verdad crucial de que Dios desea una ofrenda continua de gratitud (vea Sal. 30, 92, 95, 98, 100, 105, 118; He. 13:15). La misma inclusión del nombre de Dios en Efesios 5:20 debía ser un recordatorio de su bondad para sus hijos y del interminable número de bendiciones que Él fielmente les envía (Stg. 1:17).

Además del mandato directo en 1 Tesalonicenses 5 y en Efesios 5, las otras epístolas de Pablo están llenas de referencias que señalan la importancia de la gratitud en la vida de la iglesia.

En medio del contexto de otros asuntos, 1 Corintios 14:16-17 dice: “Porque si bendices sólo con el espíritu, el que ocupa lugar de simple oyente, ¿cómo dirá el Amén a tu acción de gracias? pues no sabe lo que has dicho. Porque tú, a la verdad, bien das gracias; pero el otro no es edificado”. Evidentemente la iglesia en Corinto, y las otras establecidas por Pablo, dedicaban un segmento del culto de adoración normal dedicado a dar gracias públicamente.

Pablo prosiguió a recordar a los creyentes corintios la importancia de la gratitud. Segunda Corintios 4:15 dice: “Porque todas estas cosas padecemos por amor a vosotros, para que abundando la gracia por medio de muchos, la acción de gracias sobreabunde para gloria de Dios”. Esto realmente resume el propósito del ministerio total de Pablo. Él resistió todos los sufrimientos y contratiempos para que el evangelio fuera ampliamente proclamado y redundara en mucha acción de gracias para la gloria de Dios.

A medida que el mensaje de la gracia salvadora se esparce, es

como si cada conversión añadiera un nuevo miembro al coro celestial en el que cada uno es siempre desbordado de una actitud de gratitud. Y esa debía ser la norma para los creyentes. Es tan decepcionante estar cerca de los que profesan ser cristianos que siempre están estresados, insatisfechos, deprimidos y generalmente descontentos con sus circunstancias. En cambio, deberían seguir el modelo bíblico y dar gracia a Dios diariamente por su gracia incomparable.

Además en 2 Corintios, cuando Pablo resume su enseñanza con respecto a ofrendar, también relaciona ese principio con el tema de dar gracias:

“Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente, abundéis para toda buena obra; como está escrito: Repartió, dio a los pobres; Su justicia permanece para siempre. Y el que da semilla al que siembra, y pan al que come, proveerá y multiplicará vuestra sementera, y aumentará los frutos de vuestra justicia, para que estéis enriquecidos en todo para toda liberalidad, la cual produce por medio de nosotros acción de gracias a Dios. Porque la ministración de este servicio no solamente suple lo que a los santos falta, sino que también abunda en muchas acciones de gracias a Dios; pues por la experiencia de esta ministración glorifican a Dios por la obediencia que profesáis al evangelio de Cristo, y por la liberalidad de vuestra contribución para ellos y para todos; asimismo en la oración de ellos por vosotros, a quienes aman a causa de la superabundante gracia de Dios en vosotros. ¡Gracias a Dios por su don inefable!”

(2 Co. 9:8-15)

Ese pasaje concluye la sección de las instrucciones de Pablo respecto de las ofrendas de los creyentes y especialmente la participación de los corintios en la ofrenda que era recogida para los santos necesitados en Jerusalén. En resumen, Pablo dice que cuando los creyentes invierten generosamente en el reino de Dios, el Señor derrama sobre ellos ricos dividendos, y los creyentes le dan gracias, lo cual resulta en mucha gloria para su nombre. La gratitud es realmente multiplicada,

y eso se convierte en más gloria para Dios. Por ejemplo en 2 Corintios 9, la iglesia estaba recibiendo el dinero de los creyentes, algo que se convertía en un ministerio que haría que otros creyentes, los judíos cristianos en Jerusalén dieran gracias a Dios. Los judíos darían gracias a Dios porque la salvación de los corintios era genuina, cosa que se reflejaba en la generosidad de sus contribuciones. Dios es digno de que se le dé gracias, y desea oír nuestra gratitud por todas las cosas.

En resumen, al leer las cartas de Pablo, es evidente que, bajo la dirección del Espíritu Santo, él destaca constantemente el mandamiento de que los creyentes siempre deben manifestar gratitud. El apóstol sistemáticamente relaciona esta columna esencial del carácter cristiano con cada aspecto del comportamiento, como lo manifiestan los siguientes pasajes:

“Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias”.
(Fil. 4:6)

“Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él; arraigados y sobreedificados en él, y confirmados en la fe, así como habéis sido enseñados, abundando en acciones de gracias”.
(Col. 2:6-7)

“Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos. La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales. Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él”.

(Col. 3:15-17)

“Amos, haced lo que es justo y recto con vuestros siervos, sabiendo

que también vosotros tenéis un Amo en los cielos. Perseverad en la oración, velando en ella con acción de gracias”.

(Col. 4:1-2)

LOS IMPEDIMENTOS DE LA GRATITUD

Cuando nos encontramos siempre batallando por tener una actitud de gratitud, necesitamos considerar qué puede estar obstaculizándonos.

Primero, la ausencia de una actitud de gratitud bien podría significar que en realidad no somos salvos. Si no podemos encontrar ninguna causa en nuestro corazón para una acción de gracias constante a Dios, quizá necesitamos nacer de arriba (vea de nuevo 2 Co. 13:5).

Una segunda cosa que puede impedir una actitud de gratitud es la duda tocante al poder soberano de Dios. Si no estamos conscientes o no aceptamos la verdad de que Dios controla todas las cosas, de que Él es infinitamente sabio y que lo conoce todo, que Él verdaderamente ama a los suyos, o que genuinamente tiene en mente nuestros mejores intereses y que sinceramente quiere conformarnos a la imagen de su Hijo, entonces es probable que no seamos agradecidos. Aún si entendemos esas verdades, podemos olvidarnos de algunas de ellas, y eso también nos impide ser agradecidos.

Meditar en el potente, aunque ignorado pasaje de 1 Crónicas 29:10-14 puede ayudarnos a remediar cualquier duda u olvido que podamos tener tocante al Señor. La soberanía de Dios formaba parte de la gran oración de acción de gracias de David y de su compromiso después de que el pueblo diera tan generosamente de su riqueza para la edificación del templo:

“Asimismo se alegró mucho el rey David, y bendijo a Jehová delante de toda la congregación; y dijo David: Bendito seas tú, oh Jehová, Dios de Israel nuestro padre, desde el siglo y hasta el siglo. Tuya es, oh Jehová, la magnificencia y el poder, la gloria, la victoria y el honor; porque todas las cosas que están en los cielos y en la tierra son tuyas. Tuyo, oh Jehová, es el reino, y tú eres excelso

sobre todos. Las riquezas y la gloria proceden de ti, y tú dominas sobre todo; en tu mano está la fuerza y el poder, y en tu mano el hacer grande y el dar poder a todos. Ahora pues, Dios nuestro, nosotros alabamos y loamos tu glorioso nombre. Porque ¿quién soy yo, y quién es mi pueblo, para que pudiésemos ofrecer voluntariamente cosas semejantes? Pues todo es tuyo, y de lo recibido de tu mano te damos”.

El egoísmo y la mundanalidad también pueden ser grandes obstáculos para una actitud de gratitud. Esos pecados pueden alejarnos de la gratitud en esencialmente la misma manera como las falsas esperanzas y el orgullo nos impiden regocijarnos. El egoísmo jamás es satisfecho con lo que Dios ha provisto. Esa actitud antepone nuestra voluntad a la de Dios y exige que Dios cumpla todos nuestros deseos.

El egoísmo con frecuencia está motivado por la cultura mundanal, que afirma que sus placeres, posesiones, lugares, negocios, prestigio y sus relaciones humanas son la clave de la verdadera felicidad. Si la avaricia y el materialismo nos controlan, tendremos una gran dificultad para ser agradecidos porque siempre queremos más y lo que tenemos nunca será lo correcto. Sin embargo, si humildemente nos sometemos a lo que sea la voluntad de Dios para nosotros y creemos que Él nos dará lo que necesitamos, es mucho más fácil para nosotros darle las gracias en todo tiempo.

Esperanzas egoístas e irreales conducen a otra actitud que impide la gratitud y esta es un espíritu crítico. Nos convertimos en censuradores cuando pensamos que debemos controlarlo todo. Pero cuando no podemos siempre manipular los resultados que deseamos (vea Stg. 4:13-16) comenzamos a ver todas las cosas negativamente y a encontrar faltas en todos los demás. Si no se controla, tal actitud se convertirá en un hábito corrosivo terrible que destruirá nuestra gratitud y devorará todos los otros aspectos de nuestra espiritualidad.

La impaciencia es otro obstáculo a la gratitud. La preocupación aquí no es con lo que queremos o no queremos, sino impaciencia con el tiempo establecido por Dios. Necesitamos permitir que Dios manifieste su propósito según su tiempo previsto y ser agradecidos

por su plan (vea Sal. 37:7; 40:1; Ec. 7:8; Lc. 8:15; 1 Ts. 5:14; Tit. 2:2; He. 12:1; 2 P. 1:6; Ap. 2:2-3).

Ser espiritualmente tibio es otra manera de ahogar la gratitud. Si nos falta el celo por Dios, la diligencia en su Palabra, la pasión en la oración, el interés en la adoración, y una mayordomía disciplinada sobre el uso de nuestro tiempo, rápidamente perderemos la razón y la motivación para dar las gracias a Dios. Y si no hay arrepentimiento de ese pecado, las consecuencias de una actitud tibia pueden ser mucho más serias que la pérdida de gratitud. El Señor Jesús, en su carta a la iglesia en Laodicea, pronuncia esta advertencia que nos hace reflexionar: “Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca” (Ap. 3:15-16).

Finalmente, la actitud de mayor fuerza que se opone a la gratitud es la *rebeldía*. Hace varios años recibí una carta de una mujer que quería que yo le escribiera a su marido que había estado en rebelión contra Dios durante catorce años. Hubo un tiempo cuando había pensado que Dios quería que fuera un predicador. Pero después de implicarse en una pequeña iglesia, algo no ocurrió como él quería, y eso le produjo amargura contra Dios. Como resultado, se enfadó tanto que ni siquiera entró en esa iglesia ni en ninguna otra por catorce años. En lugar de deleitarse en el pecado de la amargura y la rebelión, debió de haber acudido al Señor en oración con preguntas tales como: “¿Dios, qué quieres decirme mediante esta prueba?” “¿Qué estás tratando de mostrarme?” “¿Qué puedo aprender y cómo puedo ser agradecido por esto?” Pero permitió que su pecado lo convirtiera en un ministro inservible que dañaba a su esposa y a otros y le impedía dar las gracias a Dios (vea Ef. 4:31; He 12:15).

EL EJEMPLO DE CONTENTAMIENTO DE PABLO

Todos esos obstáculos a la gratitud pueden entorpecer la relación de un cristiano con Dios, arruinar su comunión con otros creyentes y, a la postre, destruir una iglesia. Es por eso que es tan crucial que nos mantengamos espiritualmente vigilantes y que nos guardemos de

cualquier actitud que nos impida ser agradecidos a Dios por todo lo que ha provisto para nuestra vida.

La mejor manera como podemos mantener una actitud de gratitud es permaneciendo contentos, que básicamente significa estar satisfechos con lo que somos en Cristo, con lo que Dios nos ha dado y con las circunstancias en las que el nos ha colocado.

En primer lugar, el contentamiento significa obedecer el mandamiento de las Escrituras al respecto: “Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora; porque él dijo: No te desampararé, ni te dejaré” (He. 13.5).

El contentamiento también puede aprenderse mediante el seguimiento del ejemplo del apóstol Pablo, quien instruyó a Timoteo a poseerlo (1 Ti. 6:6-8) y lo practicó en su propia vida: “No lo digo porque tenga escasez, pues he aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación, sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad” (Fil. 4:11-12).

Esa es la descripción perfecta del hombre satisfecho. El contentamiento de Pablo, sin embargo, no era el resultado de circunstancias perfectas. Cuando Pablo escribió a los filipenses, estaba en una prisión en Roma. Su predicación del evangelio, que había causado tanta conmoción entre judíos y gentiles, lo llevó a su encarcelamiento en una celda privada en la que estaba continuamente encadenado a un soldado romano. El apóstol estaba en condiciones extremadamente precarias, con acceso solo a las necesidades mínimas. Y el estar encadenado a un soldado era probablemente peor que estar en su propia celda con otros prisioneros. Pablo no tenía libertad ni movilidad, ni privacidad y, en su aislamiento de amigos y colaboradores, constantemente recibía un recordatorio de su situación. Mientras escribía Filipenses 4:11-12, cada movimiento de su mano hacia resonar la cadena con la que estaba encadenado al soldado.

Pero a pesar de la adversidad de su encarcelamiento, Pablo se atrevía a decir: “He aprendido a contentarme”. Eso lo constituye en un modelo de contentamiento a imitar.

En Filipenses 4:11 Pablo usa el simple vocablo griego para contentamiento que significa “tener suficiente” o “ser suficiente”. También se refiere a alguien que no necesita ayuda de ninguna clase. Exteriormente parece ridículo que Pablo, quien no tenía nada, podía afirmar con confianza que no necesitaba nada. Aún así por la gracia de Dios había aprendido a contentarse.

Además, en el versículo 12 Pablo añadió: “he aprendido el secreto”. En el griego, esa expresión significa ser iniciado en los secretos íntimos de una religión. En los días de Pablo se refería a aprender los secretos de una de las diferentes religiones de misterio. En síntesis, Pablo había aprendido el secreto del contentamiento. Ese secreto elude a la mayoría de las personas, pero no a nosotros como creyentes si solo mantenemos la actitud de gratitud.

El secreto de cómo estar contentos no debe eludirnos si nos percatamos de algunos de los principios que el apóstol Pablo siguió (vea también He. 13:5). Principalmente, no se preocupaba con respecto a seleccionar el significado de cada situación difícil porque sabía que la providencia de Dios estaba actuando: “porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Fil. 2:13). Pablo también estaba firmemente comprometido con lo que el escritor de Proverbios había dicho siglos antes: “El corazón del hombre piensa su camino; mas Jehová endereza sus pasos” (16:9); “Muchos pensamientos hay en el corazón del hombre; mas el consejo de Jehová permanecerá” (19:21).

Pablo sabía que la narración inspirada del Antiguo Testamento, demostraba una y otra vez la soberanía de Dios a través de cualquier circunstancia. Dios usó la esclavitud de José en Egipto para elevarlo al cargo de primer ministro para que pudiera preservar a Israel. Dios obró a través de Rut para producir el linaje de David, lo que a la postre condujo al nacimiento del Mesías. Y Dios puso a Esther en el palacio de un rey pagano para desbaratar una conspiración que podía eliminar al pueblo judío. Y ahora Pablo sabía de su propia experiencia que Dios estaba en control de todo, lo cual resultó en su completo contentamiento y su acción de gracias.

El sentido del contentamiento de Pablo también se desarrolló

mediante otras directrices importantes, notablemente su disposición y su habilidad de estar satisfecho con muy poco (1 Ti. 6:6-8), a vivir por encima de las circunstancias de la vida (2 Co. 12:10), a descansar solamente en el poder de Dios y en su provisión (Gá. 2:20; Ef. 3:16; Fil. 4.13), y estar completamente preocupado con el bienestar de otros (Fil. 2:3-4; 4:17). (Para una discusión más completa del contentamiento, ver mi libro *Anxiety Attacked* [La ansiedad enfrentada] (Wheaton, Ill.: Victor Books, 1993), 107-120.)

Esos aspectos de contentamiento ayudan a reforzar la actitud de la gratitud cristiana. Era suficiente para el apóstol Pablo que Dios había planificado todas las cosas en su vida y le había dado toda bendición espiritual y que se mostraba fiel y poderoso en las circunstancias de la vida. Pablo podría estar de acuerdo fácilmente con las palabras del Salmista: “Mi carne y mi corazón desfallecen; mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre” (Sal. 73:26). Y concluyo su enseñanza a los filipenses con estas afirmaciones de promesa y alabanza: “Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús” (Fil. 4:19-20). Existe la misma razón hoy día para que todo cristiano esté contento y siempre lleno de acción de gracias alabanza a Dios.

LA VALENTÍA DE SER FUERTE

La ansiedad occidental de hoy se caracteriza por un gran énfasis en el buen estado físico y en la fortaleza. Muchas personas se entrenan regularmente y procuran comer una dieta saludable. Y quienes no lo hacen, los anunciantes les recuerdan que nunca es demasiado tarde para que comiencen a cambiar para un estilo de vida más saludable. Incluso muchas personas que no hacen ejercicios regularmente están preocupadas por su salud. De modo que hacen todo lo posible por minimizar el consumo de alimentos ricos en calorías y asegurarse de que su comida y su bebida no están contaminadas. También tratan de evitar exponerse a enfermedades contagiosas.

Si la fortaleza es una preocupación de suma importancia con respecto a nuestra salud espiritual, debería ser una preocupación aún mayor cuando se trata de nuestra salud espiritual. Si el Cuerpo de Cristo va a funcionar como Dios quiere, necesitamos saber qué constituye la fortaleza cristiana y a qué es semejante cuando está en acción.

¿QUÉ ES LA FORTALEZA ESPIRITUAL?

La fortaleza espiritual para los creyentes es esencialmente una actitud de valor, e incluye virtudes tales como el valor de la convicción, el valor de ser inflexible, el valor de confrontar el error y la falsa doctrina, el valor de confrontar la intimidación y la persecución y aún así permanecer comprometidos con lo que es correcto.

Un cristiano robusto es aquel que vive por principios en lugar de hacerlo por capricho o por opinión. No siempre busca la salida fácil ni el lugar seguro, sino que confronta los diferentes desafíos, asume serios riesgos cuando es necesario, y permanece firme contra la oposición a la verdad. Es decidido y tiene propósitos y metas definidas y avanza incluso cuando la lucha es a veces dolorosa.

La fortaleza es una virtud muy necesitada en la iglesia hoy día, en esta era de vacilación, compromiso y debilidad. Vivimos en un tiempo en el que muchos dentro de la iglesia no están dispuestos mantener convicciones doctrinales firmes porque piensan que serán considerados poco afectuosos. Pero eso no es lo que los profetas, los apóstoles y los reformadores hubieran hecho porque tal cosa no es bíblica. La iglesia no necesita pastores débiles predicando mensajes débiles a congregaciones débiles. Se necesita fortaleza de carácter derivada de un fundamento bíblico.

Primera Corintios 16:13-14 es más bien una simple exhortación, pero también es un excelente resumen con respecto a la fortaleza espiritual: "Velad, estad firmes en la fe; portaos varonilmente, y esforzaos. Todas vuestras cosas sean hechas con amor".

La traducción "portaos varonilmente" en el versículo 13 es algo ambigua y no transmite el significado del original tan bien como debía. El verbo griego más literalmente dice "conducíos de manera valerosa". Sin embargo, "portaos varonilmente" es como el verbo es traducido, probablemente porque varios traductores sabían que ser valiente en tiempos antiguos era sinónimo con ser hombre. Desde los tiempos del Antiguo Testamento hasta el comienzo de la era industrial, ser un hombre significaba formar la vida en un ambiente difícil. Eso implicaba limpiar el terreno desértico, construir edificios con las manos, arar la tierra manualmente y proteger constantemente la familia de incursiones de otras tribus. Todo eso significaba que los hombres tuvieran que ser físicamente fuertes cada día.

Ese cuadro de esfuerzo riguroso y diario esfuerzo físico en casi cada aspecto de la vida es algo con lo que se nos dificulta identificarnos. En la cultura moderna, la mayoría de los hombres están acostumbrados a trabajar en ocupaciones profesionales y en las áreas de

servicio que requieren más esfuerzos mentales que esfuerzo físico. En cierto sentido hemos redefinido la función del hombre como algo muy diferente de lo que era en los días de Pablo. Por lo tanto, es provechoso tener ilustraciones adicionales del verbo "portaos varonilmente". Aunque no hay otros usos de ese vocablo en el Nuevo Testamento, la traducción griega del Antiguo Testamento proporciona muchos ejemplos.

La expresión aparece dos veces en Deuteronomio 31:6-7 cuando dice: "Esforzaos y cobrad ánimo; no temáis, ni tengáis miedo de ellos, porque Jehová tu Dios es el que va contigo; no te dejará, ni te desampará. Y llamó Moisés a Josué, y le dijo en presencia de todo Israel: Esfuérzate y ánimo; porque tú entrarás con este pueblo a la tierra que juró Jehová a sus padres que les daría, y tú se la harás heredar". Primero, Moisés, cuando se preparaba para entregar la dirección de Israel a Josué, instruyó al pueblo a tener fortaleza y valor al marchar a la tierra prometida. Porque Dios los guiaría. Entonces dio la misma instrucción concretamente a Josué.

Justo antes de su muerte, David exhorto a su hijo Salomón de la misma manera. "Yo sigo el camino de todos en la tierra; esfuérzate, y sé hombre. Guarda los preceptos de Jehová tu Dios, andando en sus caminos, y observando sus estatutos y mandamientos, sus decretos y sus testimonios, de la manera que está escrito en la ley de Moisés, para que prosperes en todo lo que hagas y en todo aquello que emprendas" (1 R. 2:2-3). Note que el versículo 3 dice cómo uno puede ser esforzado y valiente: Mediante ser una persona de la Palabra y obedecer todo lo que Dios ha revelado en su ley.

Otros pasajes demuestran que el mandato a ser esforzado y valiente es una expresión común en el Antiguo Testamento (vea Dt. 31:23; 2 S. 10:9-13; 1 Cr. 22:11-13; 2 Cr. 32:6-8; Sal. 27:14). El pasaje que ricamente capta la esencia de dicha expresión mejor que ningún otro es Josué 1:5-9:

"Nadie te podrá hacer frente en todos los días de tu vida; como estuve con Moisés, estaré contigo; no te dejaré, ni te desampararé. Esfuérzate y sé valiente; porque tú repartirás a este pueblo por

heredad la tierra de la cual juré a sus padres que la daría a ellos. Solamente esfuérzate y sé muy valiente, para cuidar de hacer conforme a toda la ley que mi siervo Moisés te mandó; no te apartes de ella ni a diestra ni a siniestra, para que seas prosperado en todas las cosas que emprendas. Nunca se apartará de tu boca este libro de la ley, sino que de día y de noche meditarás en él, para que guardes y hagas conforme a todo lo que en él está escrito; porque entonces harás prosperar tu camino, y todo te saldrá bien. Mira que te mando que te esfuerces y seas valiente; no temas ni desmayes, porque Jehová tu Dios estará contigo en dondequiera que vayas”.

En resumen, ser esforzado y valiente significa vivir a la altura de las circunstancias personales, los cuales se encuentran en la Palabra reveladora de Dios. El Señor ha preparado el camino para nosotros y está con nosotros (v. 5). Nuestra causa es justa (v. 6), solo necesitamos ser fieles mediante la posesión de fortaleza y el valor (vv. 6-7, 9).

Los cristianos ciertamente necesitamos ser inspirados y motivados a seguir los diferentes ejemplos del Antiguo Testamento con respecto a la fortaleza y al valor. Pero algo mucho más profundo está implicado en nuestra obediencia a esos mandamientos, como lo expresa la oración del apóstol Pablo por los creyentes en Éfeso: “Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu” (Ef. 3:14-16). Así que, aunque el llamado a ser fuerte y valiente es un mandamiento, solo puede ser obedecido en el poder maravilloso y misterioso de la cohabitación del Espíritu Santo. Eso significa que debemos estar llenos y controlados por el Espíritu mientras procuramos vivir congruentemente mediante las convicciones que surgen de nuestra comprensión de las Escrituras bajo la dirección del Espíritu Santo.

RETRATOS DE UN CRISTIANO FUERTE

La Palabra de Dios nos ha provisto de una sólida definición de la for-

taleza espiritual, y todo creyente maduro conoce casi intuitivamente lo que esa definición supone. Pero la pregunta persiste: ¿Cómo aplicamos las verdades con respecto a la fortaleza? ¿Cómo nos apropiamos de las numerosas exhortaciones bíblicas y las convertimos en una actitud espiritual eficaz que resulta en una vida justa?

El apóstol Pablo nos ayuda a tener un control práctico del concepto de la fortaleza en sus instrucciones a Timoteo:

“Tú, pues, hijo mío, esfuérzate en la gracia que es en Cristo Jesús. Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros. Tú, pues, sufres penalidades como buen soldado de Jesucristo. Ninguno que milita se enreda en los negocios de la vida, a fin de agradar a aquel que lo tomó por soldado. Y también el que lucha como atleta, no es coronado si no lucha legítimamente. El labrador, para participar de los frutos, debe trabajar primero. Considera lo que digo, y el Señor te dé entendimiento en todo”.

(2 Ti. 2:1-7)

Timoteo era hijo espiritual de Pablo, un verdadero discípulo que conocía el corazón del apóstol tan bien como cualquiera. Pablo había designado a Timoteo para que lo sustituyera en su ministerio después de su partida. Pero mientras tanto, después del primer encarcelamiento de Pablo, el apóstol le pidió a Timoteo que se encontrara con él en Éfeso, el lugar de una de las iglesias más fuertes e influyentes que Pablo había establecido.

Mientras estaba en la prisión, Pablo supo que los responsables de la iglesia en Éfeso se habían corrompido, que los miembros estaban abandonando sus responsabilidades, que la impiedad se había introducido en la asamblea. De manera que Pablo solicitó la ayuda de Timoteo para hacer que la iglesia volviera al camino correcto (vea 1 Ti. 1:3).

Después de que Pablo hizo frente a algunos de los problemas más difíciles en Éfeso, como el de excomulgar a los pastores herejes Himeneo y Alejandro, se fue a realizar ministerio en Macedonia y

dejó al joven Timoteo para que resolviera varios problemas adicionales. Después de su partida, Pablo envió una carta a Timoteo detallándole correcciones mayores que debía realizar en la iglesia (esa es la carta que conocemos como 1 Timoteo).

Cuando Timoteo comenzó a poner en práctica las instrucciones de Pablo encontró resistencias hostiles dentro de la iglesia y una intrusa persecución del exterior. Muchos decían que era demasiado joven e inexperto. Y Timoteo luchó dentro de sí con las tentaciones de los deseos juveniles. Encima de todo eso, el estilo agresivo y argumentativo de Timoteo probablemente hizo que perdiera terreno en sus esfuerzos, y comenzó a dudar seriamente de su función como un ejemplo piadoso a los efesios.

Como resultado, Timoteo fue apresado por la espiral descendente de la iglesia en Éfeso. Comenzó a abandonar su ministerio y a volverse espiritualmente débil, en tal grado que Pablo tuvo que recordarle a Timoteo de la validez de su fe y darle ánimo para no dejar que sus dones de predicación, evangelización y de administración de la iglesia cayeran en desuso (2 Ti. 1:5-7). Timoteo pudo haberse debilitado tanto que estaba vacilante respecto de su identificación con Cristo y estaba indeciso en su doctrina. Al parecer deseaba evitar la persecución de los no creyentes y se sintió más cómodo con respecto a retirarse sin presentar batalla a los oponentes dentro de la iglesia (vea los vv. 8, 13-14).

Por lo tanto, Pablo comienza 2 Timoteo 2 con un llamado a su joven compañero en el ministerio a tomar una postura espiritual firme. Debido a que el apóstol pronto ya no estaría presente, sabía que era crucial para Timoteo dar un paso adelante y ser un modelo a imitar por otros. Y para demostrar esa actitud de manera práctica y tangible, Pablo presenta a Timoteo (y a nosotros) una serie de ilustraciones y analogías para describir al cristiano presente.

El cristiano como maestro

Pablo comienza su progresión descriptiva exhortando a Timoteo a ser un maestro: "Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a

otros" (1 Ti. 2:2). Enseñar a otros mejora nuestra propia comprensión de las Escrituras, y también fortalece y amplía la base de nuestras convicciones. Hay cuatro razones básicas por las que esos beneficios se acumulan para el maestro fiel.

Primero, *si deseamos enseñar la Palabra eficazmente, tenemos que estudiarla*. Enseñar, por lo tanto, proporciona un verdadero incentivo para profundizar en la Palabra con completa devoción. Como norma, no la estudiamos con el mismo nivel de minuciosidad y dedicación cuando no tenemos que enseñarla. Y esa es la cuestión, el enseñar nos motivará a mantener buenos hábitos de estudio bíblico.

La necesidad del maestro de estudiar también lo ayudará a disciplinarse a sí mismo. Lo obligará a prepararse con tanta anticipación de modo que esté preparado para cuando llegue el momento de enseñar. Hace varios años los estudiantes de una clase en un seminario donde enseñaba aprendieron una dolorosa lección tocante al valor de la preparación.

Le di a la clase una tarea al principio del semestre y les dije que tenían como un mes para entregarla. Cuando la fecha llegó y el momento de entregar la tarea se cumplió, tres o cuatro alumnos me pidieron una breve extensión de la fecha de entrega, apelando a circunstancias externas por la que no habían podido terminar la tarea.

Cuando dije que no podían tener una extensión de la fecha límite y que, por lo tanto, tendría que darles un suspenso en la tarea, todos ellos naturalmente mostraron consternación y disgusto. Aún así, cada uno de ellos admitió recordar la fecha límite original, pero simplemente asumió que yo permitiría un período de gracia para la entrega tardía de la tarea asignada.

Les dije que si no habían aprendido ninguna otra cosa de la clase, esperaba que por lo menos hubieran aprendido que un pastor tiene que llevar su sermón preparado cada domingo y no el martes siguiente. Y algunos de ellos en años recientes me han confesado que esa experiencia fue la mejor lección que jamás aprendieron.

La segunda razón de la que nos beneficiamos al enseñar a otros, es que *nuestra preparación aclara la verdad en nuestra mente y en nuestro corazón*. Nos obliga a ir más allá de una simple lectura devocional de las

Escrituras a un nivel en el que podemos entender un pasaje y explicar sus verdades a otros. Si estudiamos a conciencia en preparación para enseñar, obtendremos una precisión de comprensión que nos permitirá aclarar la verdad a nuestros estudiantes.

En tercer lugar, la preparación para enseñar es beneficiosa porque *nos obliga a llegar a conclusiones con respecto a lo que es importante*. A medida que estudiamos, tenemos que identificar los puntos clave en el material y decidir cuál será el énfasis principal y la mejor manera de expresarlo.

Finalmente, ser maestros es beneficioso porque *nos coloca en una posición de responsabilidad*. Cuando enseñamos a otros, incluso si se trata de una sola persona, públicamente declaramos la importancia de lo que hemos dicho y demostramos que queremos que nuestros estudiantes abracen la misma verdad. Hacemos que ellos sean responsables por lo que han oído y al mismo tiempo nos hacemos responsables ante ellos para ayudarnos a practicar lo que enseñamos.

Si pretendemos ser cristianos robustos, necesitamos enseñar a otros, ya sea alguien en nuestra familia, un hermano en la fe que es menos maduro, o un nuevo creyente. Comunicar la sana doctrina con su práctica es una parte integral de la preparación de la nueva generación de cristianos fieles.

Durante mis años como pastor, me he beneficiado grandemente de mi función regular como maestro. Recuerdo lo que enseñé de la Palabra de Dios y sé lo que creo porque está siendo refinada y reforzada en el crisol del estudio constante. Eso promueve una verdadera propiedad del material que presento para que la enseñanza se convierta en un tejido de mi vida y en la sustancia de mi fortaleza espiritual. Y siempre soy considerado responsable. Cualquier declaración errónea o desviación, verdadera o aparente, que haga que las personas piensen que soy incongruente con mi enseñanza anterior produce el envío de cartas, llamadas telefónicas, fax y mensajes electrónicos a mi oficina.

Ser un maestro de la Palabra de Dios en una situación informal no exige que tengamos el don de la enseñanza. Sencillamente significa reconocer la responsabilidad que tenemos de impartir la verdad

a otros para que también la puedan entender. Es así como formamos nuestras convicciones y adquirimos nuestra fortaleza espiritual.

El cristiano como soldado

La siguiente imagen que Pablo presenta a Timoteo de un cristiano robusto es la de un soldado: "Tú, pues, sufre penalidades como buen soldado de Jesucristo. Ninguno que milita se enreda en los negocios de la vida, a fin de agradar a aquel que lo tomó por soldado" (2 Ti. 2:3-4). Necesitamos comprender desde el principio de la vida cristiana que estamos enfrascados en una seria guerra espiritual y en una gran batalla ideológica. Tratamos con personas del mundo que no conocen a Cristo: "esto es, entre los incrédulos, a quienes el dios de este mundo les cegó el entendimiento, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios" (2 Co. 4:4). Y el poder de ese sistema mundial aprisiona a los incrédulos con una apelación a sus deseos, codicias y orgullo (1 Jn. 2:16). Ese sistema también ha levantado una formidable fortaleza ideológica detrás de la que las personas pueden esconder toda clase de falsas religiones, falsas filosofías y cosmovisiones en contra de la Biblia.

La responsabilidad del creyente es, por lo tanto, asaltar el reino de las tinieblas, con la ayuda del Señor, rescatar a las almas perdidas en esas tinieblas y traerlas al reino de luz. Como dice el apóstol Judas, tenemos la tarea de "arrebatarlos del fuego" (Jud. 23).

La exhortación de Pablo a Timoteo con respecto a ser un soldado de Cristo sigue al paradigma de la guerra espiritual y describe cómo los creyentes pueden ser soldados eficaces y, por lo tanto, cristianos robustos. Debido a que somos soldados, no debe sorprendernos si el esfuerzo es extenuante y las tareas desafiantes. Ni debemos estar perplejos y retirarnos cuando encontramos conflicto. Tales cosas reflejan la naturaleza de la guerra y todos los creyentes estamos metidos en una guerra.

Esos aspectos difíciles de la guerra espiritual constituyen el primer aspecto del oficio del soldado cristiano: "*sufrimos penalidades*". Eso significa que hay grandes riesgos, y necesitamos tener nuestras prioridades en orden y poner nuestra vida en sintonía con la causa de

Cristo. Eso nos exigirá el ejercicio de otras características, como ser vigilante (Lc. 12:35-40), comprender las estrategias de Satanás (Ef. 6:11; 1 P. 5:8-9), y ejercitar el discernimiento (1 Ts. 5:20-21; 1 Jn. 4:1; vea He. 17:11). Todas las cosas demandan la vigilancia y la energía de un verdadero soldado en la labor de reconocimiento.

Un segundo componente del estilo de vida del buen soldado de Cristo es que *no se enreda en los negocios de la vida*. En el ámbito secular, cuando alguien es llamado al servicio militar activo tiene que cambiar todas las relaciones previas y hacer del cuerpo militar su trabajo a todo tiempo. No tiene vida privada ni personal de que hablar. Se viste de uniforme, vive en un ambiente especial y está bajo la autoridad y el control de sus superiores durante todo el tiempo que esté en el ejército.

Ser un soldado en el ámbito espiritual es muy similar. Hemos sido llamados a servir al comandante supremo, el Señor Jesucristo, y eso es a tiempo completo, o sea, un compromiso para toda la vida. Podría llevarnos a niveles severos de sufrimientos, como en el caso de Pablo, o a un nivel mucho más liviano de infortunio, como ocurre con la mayoría de nosotros.

No es que los cristianos no trabajamos para ir a la escuela. Pero cuando estamos en el trabajo, en el aula o en la vecindad, somos soldados de Jesucristo. Nuestra principal preocupación es la batalla espiritual. Ya sea que confrontemos cuestiones como las falsas ideologías que atrapan a las personas en el pecado y en el error o las falsas doctrinas que llevan a los creyentes bajo la influencia de Satanás. Dondequiera que los creyentes estemos y cualquiera que sea la cuestión, no podemos poner a un lado la responsabilidad de ser un soldado cristiano.

Finalmente, el verdadero soldado de Jesucristo, *procura agradar a aquel que lo tomó por soldado*. Si estamos metidos en una guerra espiritual, está claro que hay solamente una persona a quien en realidad tenemos que rendir cuentas. Esa persona es Dios, nuestro comandante. El apóstol Pablo, los otros apóstoles, los profetas y todos los fieles siervos del Señor han anticipado el día cuando estarán en su presencia y oír las palabras: "Bien, buen siervo [soldado] fiel" (Mt. 25:21-23; vea el v. 34). Ese debe ser también nuestro incentivo, como

también el deseo de reiterar las palabras de Pablo: "He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está reservada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no solo a mí, sino también a todos los que aman su venida" (2 Ti. 4:7-8).

El cristiano como atleta

El tercer cuadro que Pablo da a Timoteo del cristiano robusto es el de un atleta: "Y también el que lucha como atleta, no es coronado si no lucha legítimamente" (2 Ti. 2:5). El sustantivo "atleta" en el texto griego proviene del verbo griego *athleo* que significa participar en una competencia o competir en los juegos olímpicos (en la Reina Valera 1960 se traduce "el que lucha como atleta").

El significado de *athleo* señala al primer distintivo de un atleta, es decir, que *el compite para ganar*. Jugar para ganar es cosa esencial en todos los deportes o competencias atléticas. Cualquier otra cosa en el mejor de los casos es una desilusión y en el peor una vergüenza y un deshonor.

El apóstol Pablo estaba interesado en ayudar a otros creyentes a entender lo que él sabía, que luchar por alcanzar una meta final es algo necesario para un cristiano robusto. El cristiano corre para obtener un galardón, como vimos en Mateo 25:21-23 y en 2 Timoteo 4:7-8. Pablo prosigue a explicar la razón y la manera de luchar al correr la carrera de la vida cristiana: "¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos a la verdad corren, pero uno solo se lleva el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis. Todo aquel que lucha, de todo se abstiene; ellos, a la verdad, para recibir una corona corruptible, pero nosotros, una incorruptible" (1 Co. 9:24-25).

Los cristianos robustos trabajarán duro en el estadio espiritual cuando entienden que hay metas espirituales y eternas en juego. Anteriormente, en su primera carta a Timoteo, Pablo ofreció esta excelente instrucción: "Desecha las fábulas profanas y de viejas. Ejercítate para la piedad; porque el ejercicio corporal para poco es provechoso, pero la piedad para todo aprovecha, pues tiene promesa de esta vida presente y de la venidera. Palabra fiel es esta y digna de ser

recibida por todos, que por esto mismo trabajamos y sufrimos oprobios, porque esperamos en el Dios viviente, que es el Salvador de todos los hombres, mayormente de los que creen" (1 Ti. 4:7-10). Los cristianos robustos tenemos nuestro afecto puesto en el cielo, no en la tierra, y esa meta celestial es lo que les hace trabajar con todas nuestras fuerzas.

El atleta honesto y dedicado tiene otra virtud de carácter: "*Lucha legítimamente*". No será como algunos de los atletas de las olimpiadas recientes quienes han defraudado y no solo se han deshonrado a sí mismos, sino también a los países que representan.

Por ejemplo, sabemos ahora en el transcurso de cuatro o cinco olimpiadas, durante los últimos veinticinco años mujeres atletas, notablemente nadadoras, de la antigua Alemania oriental usaron esteroides y probablemente otras drogas para mejorar el rendimiento y conseguir grandes ventajas físicas sobre sus contrincantes. Los Juegos Olímpicos de 1996 en Atlanta revelaron que muchos atletas de la China continental estaban implicados en violaciones de las reglas similares. Y también está el caso famoso del gran corredor canadiense Ben Johnson, quien violó las normas en las olimpiadas de Seúl del año 1988. Después de una gran carrera en la que consiguió la medalla de oro en los cien metros lisos, dio positivo en el análisis de una sustancia ilegal y fue despojado de su medalla.

Siempre he respetado esos golfistas profesionales quienes informan de alguna pequeña violación que han cometido durante una competencia. Si marcan su tarjeta incorrecta o mueven indebidamente una pelota en el campo, pueden ser penalizados con uno o más golpes. Esa clase de penalización con frecuencia resulta en una puntuación inferior en el torneo y puede costarle decenas de miles de dólares del premio. Pero escuchan a su conciencia y son honestos en su actuación. Sería maravilloso si el pueblo de Dios, especialmente los dirigentes, exhibieran siempre la misma integridad y corrieran la carrera según las reglas establecidas.

Los cristianos robustos prestaremos atención a las palabras de Pablo en 1 Corintios 9:26-27 cuando dice: "Así que yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera peleo, no como quien

golpea el aire; sino que golpeo mi cuerpo y lo pongo en servidumbre, no sea que, habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado". Esa clase de disciplina es una parte necesaria de la carrera espiritual. Tenemos que poner nuestro cuerpo en servidumbre para que nuestra carne, con sus deseos malignos, no nos domine y nos conduzca a algún pecado que nos desvíe, igual que otros, de la verdadera meta de la guerra espiritual. Pero cuando honramos al Señor Jesucristo y nos centramos en el galardón eterno que espera a todos los fieles, que hará que se manifieste solo nuestros mejores esfuerzos en el servicio espiritual.

El cristiano como un labrador

La imagen final que Pablo da a Timoteo de un cristiano robusto es el de un abnegado labrador (2 Ti. 2:6). Y la primera tarea del labrador espiritual es ocuparse en *sembrar la semilla* de la Palabra de Dios, tal como lo hizo el hombre en la parábola del sembrador (Mt. 13:3-23).

La parábola de Jesús ilustra cuatro clases de terrenos (personas) y sus diferentes niveles de receptividad a la semilla (la Palabra de Dios). Tres de los terrenos eran malos y dieron respuestas negativas, y uno de los terrenos era bueno y dio una respuesta positiva. Algunos terrenos son duros e inmediatamente rechazan la verdad. Algunos son pedregosos y poco profundos. Reciben la Palabra con gozo temporal, pero la dejan ir bajo el calor de la tribulación. Otros terrenos están llenos de espinos, esos también reciben la semilla temporalmente, pero el engaño de las riquezas y las nocivas hierbas malas del materialismo mundano pronto toman control y ahogan el fruto de la Palabra.

La buena tierra es productiva, pero en tres niveles diferentes, a treinta, sesenta y a ciento por uno.

La cosa más fascinante con respecto a esta parábola es que no dice nada con respecto a la habilidad del sembrador. Totalmente desestima la noción contemporánea de que para ser eficaz en el evangelismo, los cristianos tenemos que usar la fórmula correcta o implementar cierto programa que emplea la técnica apropiada del "acercamiento amigable". En cambio, la cuestión es la condición de los terrenos. Ese punto

puede destacarse mediante una ilustración adicional. Imagínese usted a un labrador experimentado que siembra la semilla con gran habilidad y destreza. Siempre que esparce la semilla esta cae casi perfectamente en el surco del campo. Al mismo tiempo su hijo de cinco o seis años sigue tras él y de manera torpe trata de imitar la habilidad de su padre. Pero su mano gordita y sus dedos cortos erráticamente esparcen la semilla sobre la cabeza y la espalda de su padre, con otros puñados esparcidos por aquí y por allá, fallando el surco. Pero algunas de las semillas lanzadas por el hijo caen en buena tierra, y producen una buena cosecha.

Esa historia ilustra el principio de que siempre que la semilla cae en buena tierra, produce fruto ya sea que la semilla sea esparcida por un sembrador hábil o inexperto. La moraleja espiritual de la parábola de Jesús es que el Señor prepara el terreno en el corazón de las personas, y esparcimos la semilla de su Palabra. Mientras más semillas distribuimos, mayor es la probabilidad de que caigan en el terreno preparado.

Por lo tanto, el cristiano robusto que es un buen labrador espiritual nunca dejará pasar la oportunidad de esparcir el evangelio. Trabjará arduamente en esa labor ya sea que el terreno parezca duro o sensible. La Palabra de Dios tiene su propio poder, y los creyentes solo tienen que llevar las personas a ella y dejar que esta haga su obra. El sembrador no tiene autoridad para manipular ni para alterar la semilla. Su función es simplemente esparcirla.

No solo el labrador espiritual diligente siembra la semilla de la Palabra, sino que también trabajará duramente para regarla y edificará sobre la siembra de alguien más. En otras palabras, el labrador *será un segador*. Como dice 2 Timoteo 2:6 “para participar de los frutos, debe trabajar primero”. Una de las principales razones por las que debemos amar la siembra de la semilla es el estimulante gozo de la siega. Así como el labrador se regocija cuando recoge una buena cosecha, así también el sembrador de la Palabra de Dios alaba al Señor cuando su Palabra adquiere raíz en la vida de alguien y produce el fruto para vida eterna.

Dentro del *cuádruple* cuadro de un cristiano robusto, el maestro

con frecuencia es animado por la actitud de alumnos que tienen metas concretas para la vida de cada uno de ellos, el soldado se emociona con la visión y el sonido de la batalla, y el atleta es motivado por el desafío de la competencia. Sin embargo, el labrador generalmente trabaja solo y no tiene a nadie que lo anime.

La mayoría de los creyentes nos asemejamos más al labrador que a los otros cuadros de un cristiano robusto. Puede haber ocasiones cuando las cosas son especialmente interesantes, emocionantes y remuneradoras, pero la mayor parte del tiempo pasa sin que haya nada extraordinario. Cualesquiera que sean nuestras responsabilidades diarias, sin embargo, tenemos la promesa de las bendiciones y los galardones de Dios si somos fieles. Nuestro trabajo y ministerio podría ser mal pagado, malentendido o poco apreciado por colaboradores, incluso por otros cristianos, pero esa no es la reacción de Dios: “Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano” (1 Co. 15:58; vea 3:13-14; Ap. 2:10).

LA AUTODISCIPLINA: LA CLAVE DE LA VICTORIA

Para muchas personas en nuestra sociedad, jugar y ver deportes es la pasión de su vida. Siguen con avidez y apoyan a sus equipos favoritos, incluso asistiendo a los partidos vestidos con ropas más extravagantes que las que usan sus hijos para los carnavales. El hecho de que hombres y mujeres adultas asistan a acontecimientos deportivos con el rostro (y a veces el cuerpo) pintados de los colores de su equipo o usando máscaras o sombreros raros nos recuerda que el vocablo "admirador" proviene de la raíz que significa *fanático*.

El fanatismo con el que muchas personas miran los deportes los hace idolatrar a atletas prominentes. ¿Qué hace que esos atletas sean exitosos? La habilidad natural, la buena instrucción, y el estar en un equipo cuyo técnico y estilo de juego que complementan sus habilidades con factores importantes. Pero hay otro factor frecuentemente *ignorado* que quizá sea el más importante de todos, es decir, la autodisciplina. La historia de los deportes está repleta de ejemplos de atletas cuyo esfuerzo diligente, agotador y abnegado supera su deficiencia de habilidad física.

Las personas de los tiempos bíblicos entendían la relación entre los deportes y la autodisciplina porque las competencias atléticas eran muy populares en aquellos días. Los juegos olímpicos y los del istmo de Corinto eran anticipados con ansiedad. Muchas ciudades pequeñas tenían reuniones atléticas en las que los deportistas locales toma-

ban parte. Por lo tanto, el Nuevo Testamento frecuentemente usa las competencias atléticas como metáforas de la vida cristiana. Pablo dijo a los ancianos de la iglesia en Éfeso: "Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios" (Hch. 20:24). En Gálatas 2:2 el apóstol expresa su temor de "no correr o haber corrido en vano". Después, en la misma epístola, reprende a los gálatas así: "Vosotros corríais bien; ¿quién os estorbó para no obedecer a la verdad?" (5:7). El apóstol exhortó a los filipenses a vivir siempre "asidos de la palabra de vida, para que en el día de Cristo yo pueda gloriarme de que no he corrido en vano, ni en vano he trabajado" (Fil. 2.16). Y a su discípulo Timoteo escribió: "Y también el que lucha como atleta, no es coronado si no lucha legítimamente" (2 Ti.2:5). El epitafio del propio Pablo, escrito poco antes de su martirio, dice: "He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe" (2 Ti. 4:7). El gran apóstol completó su carrera triunfantemente.

El escritor de Hebreos también relaciona la vida cristiana con una carrera, exhortando a sus lectores así: "Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante" (12:1).

Pero el cuadro más detallado de la vida cristiana como una competencia atlética aparece en la primera carta de Pablo a los corintios:

"¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos a la verdad corren, pero uno solo se lleva el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis. Todo aquel que lucha, de todo se abstiene; ellos, a la verdad, para recibir una corona corruptible, pero nosotros, una incorruptible. Así que, yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera peleo, no como quien golpea el aire, sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado".

(1 Co. 9:24-27)

La única razón de correr la carrera es ser "el que recibe el premio". Nadie que compite desea ocupar el segundo puesto. Es por eso que Pablo exhorta a los cristianos, diciéndoles: ¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos a la verdad corren, pero uno solo se lleva el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis" (v. 24). ¿Cómo hacemos eso? Mediante el ejercicio controlarnos a nosotros mismos: "de todo se abstiene" (v. 25). En la vida cristiana, igual que en una competencia deportiva, la victoria pertenece al que es disciplinado. Los atletas de fama mundial invierten una increíble cantidad de tiempo en el entrenamiento. Pueden entrenarse muchas horas al día por varios años en la vida de cada uno de ellos, obligándose a sí mismos a ignorar el dolor para perfeccionarse en su deporte. Lo hacen para recibir el equivalente moderno de "una corona corruptible". Los creyentes nos ejercitamos en la disciplina de nosotros mismos para recibir una "corona de justicia" incorruptible (2 Ti. 4:8).

El duro entrenamiento de un atleta, sin embargo, será una pérdida si viola las reglas de la competencia. Todos hemos visto la sustracción de los esquiadores olímpicos que accidentalmente omiten una puerta del recorrido de un eslalom fueron descalificados. Otros atletas deliberadamente han engañado y han producido vergüenza y deshonor tanto a sí mismos como en sus países. "Así que", escribió Pablo en el versículo 26 "yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera peleo, no como quien golpea el aire" (v. 26). Se aseguró de que no se salía de la pista, sabiendo que, como más tarde escribió a Timoteo: "Y también el que lucha como atleta, no es coronado si no lucha legítimamente" (2 Ti. 2:5). Pablo temía que "habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser descalificado" (1 Co. 9:27). No quería que la falta de disciplina lo hiciera perder la victoria espiritual.

La autodisciplina puede definirse como la habilidad de regular la conducta de uno a través de principios y juicios saludables en vez de hacerlo por impulsos, deseos o costumbre social. El famoso poema de Rudyard Kipling, titulado "If" [Si] capta la esencia de la autodisciplina desde una perspectiva humana:

Si puedes mantener tu cabeza bien puesta

Cuando a tu alrededor

Otros pierden su sentido y te culpan

Si puedes confiar en ti mismo cuando te dudan,

Pero tomas en cuenta también el dudar de ellos;

Si puedes esperar sin aburrirte con mentiras,

O cuando te mienten no respondes con mentiras,

O cuando te odian no reaccionas con odio

Y no das la apariencia de ser muy bueno ni muy sabio

Si puedes soñar sin dejar que te dominen tus sueños,

Si puedes pensar y no hacer de los pensamientos una meta

Si puedes enfrentar el triunfo y el desastre

Y tratar a esos dos impostores por igual

Si puedes tolerar oír la verdad que has hablado

Torcida por bribones para atrapar a los tontos

O contemplar las cosas que diste a tu vida, rotas

Y te inclinas y las reconstruyes con herramientas gastadas

Si puedes hacer un montón de todas tus ganancias

Y arriesgarlas en un momento de incertidumbres,

Y perder, y comenzar otra vez desde el principio

Y nunca expresar una palabra con respecto a tu pérdida

Si puedes forzar tu corazón, nervios y médula

Servir tu turno mucho después de que se hayan ido

Y aferrarte cuando no quede nada en ti

Excepto la voluntad que te dice "¡aferrarte!"

Si puedes hablar con las multitudes y mantener tu virtud

O andar con reyes, sin perder el toque común

Si ni adversarios y amigos te pueden dañar

Si todos cuentan contigo, pero ninguno demasiado;

Si puedes llevar el minuto imperdonable

Con el valor de sesenta segundos recorridos

Vuestra es la tierra, y todo lo que en ella hay

Y, lo mejor de todo, iserás un hombre, hijo mío!

Bíblicamente, la autodisciplina puede resumirse en una palabra: Obediencia. Para ejercer la autodisciplina en las cosas espirituales es necesario evitar el mal mediante la permanencia dentro de los límites de la ley de Dios.

La autodisciplina es importante para cualquier actividad de la vida. Estoy agradecido por mis padres, entrenadores, profesores y otros que me ayudaron a desarrollar la autodisciplina en mi propia vida. Las personas que tienen la capacidad de concentrarse, enfocar sus metas, y congruentemente permanecer dentro de sus prioridades tienden a triunfar. Ya sea en lo académico, lo artístico, lo atlético, el éxito generalmente llega al que se autodisciplina.

Por muchos años he tenido el privilegio de conocer al guitarrista clásico Christopher Parkening. Cuando tenía treinta años, se había convertido en un maestro de su instrumento. Pero ese dominio no fue obtenido ni fácil, ni a bajo precio. Mientras que otros niños jugaban y participaban en deportes, él invertía varias horas practicando la guitarra. El resultado de ese compromiso con la autodisciplina es un dominio de su instrumento que pocos pueden igualar.

CÓMO DESARROLLAR LA AUTODISCIPLINA

Puesto que la autodisciplina es tan importante, ¿cómo se desarrolla ésta? ¿Cómo pueden los padres ayudar a sus hijos a desarrollarla? Estas son algunas de las sugerencias prácticas que he encontrado provechosas:

Comience con las cosas pequeñas. Limpie su habitación en casa o su escritorio de trabajo. Entréñese a poner las cosas donde pertenecen cuando están fuera de lugar. Que el viejo adagio "un lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar" sea su meta. Después de que haya limpiado su habitación, su escritorio, extienda esa autodisciplina al resto de la casa y de su lugar de trabajo. Consiga llegar al punto en que el orden es importante. Aprenda cómo mantener su medio limpio y diáfano de manera que pueda funcionar sin innumerables distracciones. Esa limpieza traerá un desarrollo adicional de la autodisciplina obli-

guiándolo a tomar decisiones con respecto a lo que es importante y a lo que no lo es.

Una famosa rima, basada en la derrota del rey Ricardo III de Inglaterra en la batalla de *Bosworth Field* [Campo de Bosworth] en 1485, ilustra la importancia de concentrarse en los detalles pequeños:

Por falta de un clavo, se perdió una herradura.

Por falta de una herradura, se perdió un caballo.

Por falta de un caballo, se perdió una batalla.

Por falta de una batalla, se perdió un reino.

Y todo ocurrió por falta del un clavo de una herradura.

Organícese. Escriba un plan de trabajo, tan detallado o general como crea conveniente y cúmplalo. Prepare una lista de cosas o tareas para hacer. El uso de una agenda o un programa de administración e información personal en su computadora resultaría de ayuda. De cualquier manera que lo haga, organícese, incluso si todo lo que hace es anotar las citas y las cosas para hacer en una hoja de papel. La triste realidad es que si no controla su tiempo todas las cosas (y todo el mundo) lo hará por usted.

No se entretenga. Cuando tenga tiempo libre, dedíquelo a las cosas productivas en lugar de dedicarlo al simple entretenimiento. Lea un buen libro, o escuche música clásica, emprenda una caminata, o mantenga una conversación con alguien. En otras palabras, aprenda a entretenerse con cosas desafiantes, estimulantes y creativas. Las cosas que no tienen valor, sino solo para entretenerlo realizan una contribución insignificante a su bienestar.

Sea puntual. Si tiene que llegar a un lugar a una hora concreta, sea puntual. "¿Amas la vida?", escribió Benjamín Franklin en su obra *Poor Richard's Almanac* [El almanaque del pobre Ricardo], "entonces no malgaste el tiempo, porque ese es el material del que la vida está hecha". El apóstol Pablo menciona que el uso adecuado del tiempo es una señal de la verdadera sabiduría espiritual: "Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios, aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos" (Ef. 5:15-16). Ser

puntual señala una vida organizada. Revela una persona cuyos deseos, actividades y responsabilidades están bajo control permitiéndole llegar donde necesita estar cuando debe estar allí. Ser puntual también reconoce la importancia de otras personas y el valor de su tiempo.

Cumpla su palabra. "No se comprometa con lo que no puede cumplir", el joven George Washington se exhortó a sí mismo, "pero sea cuidadoso en cumplir su promesa". Si dice que va a hacer algo, hágalo, cuando dice que lo hará y como dice que lo hará". Cuando haga compromisos, cúmplalos. Eso requiere la autodisciplina para evaluar adecuadamente si tiene el tiempo y la capacidad para hacer algo. Y una vez que haya hecho el compromiso, la autodisciplina lo capacitará a para cumplirlo.

Realice la tarea más difícil primero. La mayoría de las personas hacen lo contrario, gastando el tiempo en hacer las tareas fáciles y de baja prioridad. Pero cuando se les agota el tiempo (y la energía), las tareas difíciles y de alta prioridad permanecen sin hacer.

Termine lo que comienza. La vida de algunas personas es una letanía de proyectos sin terminar. En las palabras del poeta John Geenleaf Whittier:

De todas las palabras tristes de lengua o pluma

Las más tristes son: "¡Pudo haber sido!" sin duda.

Si comienza algo, térmelo. Ahí yace una clave importante para desarrollar la autodisciplina.

Acepte la corrección. La corrección lo ayuda a desarrollar la autodisciplina porque le muestra lo que necesita evitar. De modo que no debe ser rechazada, sino aceptada con alegría. Salomón escribió: "Escucha el consejo, y recibe la corrección, para que seas sabio en tu vejez" (Pr. 19:20). También "El oído que escucha las amonestaciones de la vida, entre los sabios morará. El que tiene en poco la disciplina menosprecia su alma; mas el que escucha la corrección tiene entendimiento" (Pr. 15:31-32).

Acepte la abnegación. Aprenda a decir no a sus emociones e impulsos. Ocasionalmente niéguese placeres que son perfectamente legítimos.

mos para su disfrute. Pase por alto el postre de una comida. Beba un vaso de té frío en vez del helado que tanto le gusta. No coma ese dulce que ha llamado su atención. Abstenerse de esas cosas le recordará a su cuerpo quién está al control.

Acepte gustoso la responsabilidad. Ofrézcase a hacer cosas que necesitan ser hechas. Eso lo obligará a tener su vida organizada lo suficiente para tener tiempo para esos proyectos.

Estas sugerencias prácticas parecerían no implicar ningún principio espiritual profundo. Pero no podemos dividir nuestras ideas en lo secular y lo espiritual. En cambio tenemos que vivir cada aspecto de nuestra vida para la gloria de Dios (1 Co. 10:31). Y la autodisciplina cultivada en las cosas aparentemente triviales de la vida se derramará sobre el ámbito de lo espiritual.

LA MOTIVACIÓN PARA DESARROLLAR LA AUTODISCIPLINA

La autodisciplina es esencial para la victoria y el crecimiento espiritual. Eso de por sí debería motivar a los cristianos a procurarla diligentemente. En 1 Pedro 1:13 Pedro escribió: "Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios, y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado". Pedro presenta el cuadro de un soldado romano preparándose para la batalla. Para evitar ser sobrecargado por su túnica, el soldado sabía introducirse los bordes de su vestidura en su faja. La victoria espiritual comienza con un compromiso a reunir todos los cabos sueltos en nuestra mente.

Los creyentes consiguen esa victoria siendo "sobrios en espíritu". "Sobrio" en este contexto no se refiere a no estar borracho. Más bien se refiere a tener la mente clara y a entender las prioridades. Dar prioridad a nuestro pensamiento significa pensar acerca de las cosas que debemos pensar, las cosas que son verdaderas, honestas, justas, puras, amables, de buen nombre, dignas de alabanza (Fil. 4:8).

Una mente disciplinada evita los atractivos del mundo. La mente disciplinada tiene las cosas claras, con prioridades fijas y equilibradas que resultan en decisiones morales. Las personas que poseen una

mente disciplinada no dan bandazos extraños a través de la vida en imprudente desenfreno. Viven por principios, no por emociones. Es por eso que la sana doctrina es tan importante. Los creyentes necesitamos que las verdades divinas estén firmemente fijadas en nuestra mente, para que estas controlen nuestras prioridades.

En Romanos 13:13-14 el apóstol Pablo contrastó una mente indisciplinada con otra controlada por la verdad bíblica: "Andemos como de día, honestamente; no en glotonerías y borracheras, no en lujurias y lascivias, no en contiendas y envidia, sino vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne". Lo opuesto de andar en imprudente desenfreno por la vida, rendido a toda lujuria, impulso y deseos pecaminosos es "revestirse del Señor Jesucristo". Quienes lo han hecho poseen "la mente de Cristo" (1 Co. 2:16) y pensarán como Él piensa.

Pablo escribió a los tesalonicenses: "Porque todos vosotros sois hijos de luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas. Por tanto, no durmamos como los demás, sino velemos y seamos sobrios. Pues los que duermen, de noche duermen, y los que se embriagan, de noche se embriagan" (1 Ts. 5:5, 8). Pedro exhortó a los creyentes en su primera epístola, diciéndoles: "Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar" (1 P. 5:8). Una mente sobria es una defensa excelente en contra de los ataques de Satanás.

LAS PRIORIDADES BÍBLICAS DE UNA PERSONA AUTODISCIPLINADA

Hemos observado ya que la autodisciplina es importante desde una perspectiva humana, y hemos enumerado algunos principios que ayudan al creyente a procurar la autodisciplina. Todos ellos implican dos cosas: Una idea correcta con respecto a la verdad bíblica y un compromiso a obedecer esa verdad. Examinemos esas prioridades fundamentales de una persona autodisciplinada.

Recuerde quien es su dueño

Nuestra sociedad narcisista, ensimismada, egocéntrica nos dice constantemente que somos reyes de nuestro pequeño mundo, que tenemos derecho de ser lo que se desea ser, establecer nuestras propias metas, buscar nuestros propios sueños, escoger nuestro propio estilo de vida, e ignorar a quienes nos dicen qué hacer o se ponen en nuestro camino. Los dos distintivos de nuestra cultura son: Derechos personales y libertad personal. Pero la Biblia enseña lo contrario con toda claridad. La Biblia revela que Dios es el verdadero dueño de todos los seres humanos porque Él los creó y de todos los creyentes porque es nuestro Padre quien nos compró.

Los cristianos recibimos consuelo en la verdad bíblica, frecuentemente repetida, de que Dios es nuestro Padre (vea Mt. 5:16; 18:14; 23:9; Mr. 11:25; 1 Ts. 1:3; 3:13; etcétera). Pero el corolario de esa verdad frecuentemente olvidado es que debemos nuestra obediencia a Dios. Primera Pedro 1:14 exhorta a los creyentes a ser "hijos obedientes". Dejar de obedecer a Dios es robarle algo que propiamente le pertenece. "Si, pues, soy padre", demandó Dios del Israel rebelde y desobediente "¿dónde está mi honra?" (Mal. 1:6).

Los creyentes también pertenecemos a Dios porque Él nos compró a un precio inconmensurable, la muerte de su amado Hijo, Jesucristo. Pablo, con asombro, preguntó a los corintios: "¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?" (1 Co. 6:19; vea 7:23). Y añade en el versículo 20: "Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios".

Pedro describe el precio que Dios pagó para redimir a los creyentes de esta manera: "Sabido que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación" (1 P. 1:18-19). En Hechos 20:28 Pablo describe a la iglesia, diciendo que fue "ganada [comprada] por su propia sangre". A los gálatas, les escribió: "Cristo

nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero)" (3:13). El sorprendente precio que Dios pagó para redimirnos fue la muerte expiatoria de Cristo en la cruz, donde fue hecho maldición por nosotros. El inmaculado Hijo de Dios llevó los pecados de todos nosotros sobre sí mismo (2 Co. 5:21) y satisfizo plenamente las demandas de la justicia de Dios (Ro. 3:26) y aplacó su santa ira contra el pecado.

La comprensión de que no nos pertenecemos a nosotros mismos, sino que Dios es nuestro Señor y Dueño nos motivará a ser un pueblo auto disciplinado. Los cristianos iremos en pos de la santidad cuando entendamos cuál fue el precio que Jesucristo pagó para redimirnos.

Esa comprensión estaba en el corazón mismo de la respuesta de Pablo a la lealtad, la dedicación y el compromiso con Dios. Pablo nunca dejó de sorprenderse de que Dios escogiera salvarlo, un hombre que salvajemente y sin descanso persiguió al pueblo de Dios. Incluso en la postrimería de su vida, años después de que Dios lo salvó en el camino de Damasco, afirmó: "Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero... Este mandamiento, hijo Timoteo, te encargo, para que conforme a las profecías que se hicieron antes en cuanto a ti, milites por ellas la buena milicia" (1 Ti. 1:15, 17).

El reconocimiento de Pablo de todas las implicaciones de su salvación lo llevó a sacrificar su comodidad, salud y, a la postre, su vida por el Dios que lo había redimido. Diferente de muchos cristianos, el noble apóstol nunca olvidó que en el momento de su salvación se convirtió en un hijo de Dios obediente y un esclavo voluntario. Y él fielmente a través de todas las dificultades de la vida otorgó la obediencia debida a su Padre y Señor. Los que, como Pablo, reconocen que no son los señores soberanos de la vida de ellos dan un paso importante hacia la autodisciplina.

Recuerde el pacto de salvación

Es una verdad fundamental clara e inequívocamente enseñada a tra-

vés de las Escrituras, que la salvación es totalmente una obra de Dios. Pecadores no regenerados, muertos en pecado (Ef. 2:1), son incapaces de salvarse así mismos (Ro. 5:6). Si Dios no hubiera escogido a los creyentes para salvación desde antes de la fundación del mundo (Ef. 1:4; 2 Ts. 2:13), si no hubiera enviado a Cristo a morir por sus pecados, y si no los hubiera regenerado por el poder del Espíritu Santo (Tit. 3:5), ninguno sería salvo.

Pero hay otro aspecto de la salvación. La soberanía divina no elimina la responsabilidad humana. En la salvación, Dios promete perdonar a los pecadores arrepentidos, derramar su gracia en ellos y llevarlos a la gloria. Pero el creyente también hace una promesa al ser salvo, la promesa de obedecer a Jesucristo como su Salvador. Esa promesa es un corolario ineludible para confesar y alejarse del pecado. Todos los seres humanos están o en rebelión contra Dios o en sumisión a Él. No hay término medio, no hay una tercera opción. La fe salvadora reconoce el pecado y, por lo tanto, incluye el arrepentimiento. La fe salvadora reconoce el señorío de Cristo y, por lo tanto, incluye la sumisión.

Es verdad que la mayoría de las personas no comprende en el momento de la salvación todo lo que implica la sumisión al señorío de Cristo. No tienen todavía un entendimiento de las Escrituras o una completa comprensión de la vida cristiana y todos sus desafíos. Pero esas personas saben que en el acto de la salvación se comprometen a seguir a Jesucristo.

En su primera epístola, Pedro enseñó que el resultado de la soberanía del Padre al elegir a los creyentes, y de la regeneración del Espíritu Santo, es que ellos "obedecerán a Jesucristo" (1 P. 1:2; vea el v. 22). Contrario a lo que algunos hacen hoy, la Biblia nunca separa la obediencia de la salvación en pasajes como Hechos 6:7; Romanos 1:5; 15:18; 16:26; y Hebreos 5:9.

La salvación no es simplemente un acto inicial de obediencia. También resulta en una vida de obediencia. En Efesios 2:10 Pablo dice: "Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas". De modo que las buenas obras están tan ligadas con la

fe salvadora genuina que Santiago pudo decir: "Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta" (2:26). Por supuesto, que las buenas obras no salvan. Pero son una consecuencia inevitable de nuestra salvación.

Regresando a 1 Pedro 1:2, Pedro entonces describe a los creyentes como quienes "han sido rociados con la sangre de Cristo". Ese cuadro es tomado prestado de la afirmación del pacto mosaico en Éxodo 24. Después de oír la lectura del pacto, los israelitas prometieron obedecerlo (v. 7).

Moisés entonces les roció con la sangre del sacrificio para sellar el compromiso de ellos con el pacto de la salvación, es decir, obediencia a Dios.

Un cristiano auto disciplinado es aquel que se acuerda del compromiso que hizo en el momento de la salvación de obedecer a Dios. Tal creyente, entonces, tiene la integridad para permanecer fiel a su compromiso. (Vea otra vez el capítulo 2.)

Reconozca que el pecado viola su relación con Dios

El pecado es mucho más que la violación de un código. La Biblia enseña que todo pecado es al fin y al cabo contra Dios y viola nuestra relación con nuestro Padre celestial. Después de su repudiable pecado de adulterio con Betsabé y el resultante asesinato de su esposo, David clamó a Dios: "Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos; para que seas reconocido justo en tu palabra, y tenido por puro en tu juicio" (Sal. 51:4). Pedro exhorta a los creyentes: "Y si invocáis por Padre a aquel que sin acepción de personas juzga según la obra de cada uno, conducíos en temor todo el tiempo de vuestra peregrinación" (1 P. 1:17). En otras palabras, si usted es un hijo de Dios, incompórtese como tal! No viole su relación íntima con Él a causa del pecado (vea 1 Co. 6:15-17).

Pablo ilustra ese principio en su carta a los filipenses. En el capítulo 2 dio a los creyentes una serie de mandamientos (vv. 2-4, 12-18). Pero el apóstol introduce esos mandamientos al dar a sus lectores la motivación para obedecerlos: El estímulo, la consolación, la comuni-

nión, el afecto y compasión de que disfrutaban debido a su relación con Dios (v. 1)

Los creyentes debemos obedecer los mandamientos de las Escrituras porque quebrantarlos viola nuestra relación con Dios. Ver el pecado bajo esa luz es una importante motivación para desarrollar la autodisciplina para evitarlo.

Controle su imaginación

La imaginación es en verdad algo maravilloso. Es la parte creativa del hombre, donde los artistas conciben su arte, los músicos su música, y los autores sus libros. Es donde los rascacielos, los puentes y las casas toman forma por primera vez, antes de que sus diseños sean trazados en papel. La imaginación es donde las personas cultivan los sueños que a la postre se fraguan en la vida de cada una de ellas.

Pero igual que los otros dones de Dios a los hombres, la imaginación puede usarse de manera perversa y pecaminosa. Pero es en la imaginación donde la tentación se anida, las fantasías malignas brotan y las pasiones pecaminosas son inflamadas. Para convertirse en una persona auto disciplinada, usted necesita aprender a controlar su imaginación. Es ahí donde debe pelearse la batalla contra el pecado.

Santiago 1:14-15 expone el origen del pecado y como progresa de la tentación al acto pecaminoso: "sino que cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte". El problema del hombre no yace en su ambiente, aunque vivir en un mundo pecaminoso y caído hace inevitable el peligro de la tentación. El problema está dentro de nosotros, en nuestra imaginación. Ahí las circunstancias pecaminosas, las situaciones, los pensamientos, las palabras y los conceptos a los que somos expuestos son interiorizados. La imaginación, pues, se convierte en el lugar donde la tentación es alimentada y las fantasías se desarrollan y, si no son vigilados, producirán actos pecaminosos. La imaginación culmina las acciones pecaminosas aún antes de que estas sean cometidas (vea Mt. 5:21-22, 27-28).

La imaginación es donde la batalla contra el pecado se gana o se

pierde. Hay dos pensamientos en conflicto que luchan por el control de nuestra imaginación cuando somos tentados. Uno es el que dice que el pecado traerá placer (He. 11:25). El otro es que el pecado deshonrará a Dios. Ahí es donde yace la batalla. ¿Cuál pensamiento se apoderará de la imaginación, levantará las emociones y moverá la voluntad?

¿Cómo podemos contraatacar el pecado que procura capturar nuestra imaginación? El salmista sabía la respuesta: "En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti" (Sal. 119:11). La lectura y el estudio de la Palabra y, sobre todo, la meditación en las Escrituras (Jos. 1:8; Sal. 19:14; Fil. 4:8) llena nuestra imaginación de la verdad divina, dificultando que las tentaciones pecaminosas tengan un punto de apoyo.

La batalla espiritual tiene campos bien definidos. Podemos llenar nuestra mente con verdades bíblicas saludables y conocer la victoria sobre el pecado. O podemos permitir que las tentaciones pecaminosas, a las que estamos constantemente expuestos, gobiernen nuestra imaginación sin control. Eso conducirá a la derrota en la batalla espiritual y a las consecuencias trágicas del pecado. Las siglas de la ciencia de computación BABA ("basura adentro, basura afuera"), es también aplicable a la vida espiritual. Una persona auto disciplinada prestará atención al consejo sabio de Salomón: "Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida" (Pr. 4:23).

Concéntrese en las causas de Dios

Una última manera de llegar a ser auto disciplinado es cambiar el punto de atención de uno mismo y ponerlo en las causas de Dios. Aún los inconversos harán sacrificios inmensos, casi increíbles, por las causas con las que están comprometidos, ¿Podemos nosotros que servimos al Dios vivo hacer menos? Es axiomático que las personas cuya vida importa a Dios no son egoístas con respecto a esa misma vida. Jim Elliot, un misionero mártir, escribió: "No es un tonto quien da lo que no puede retener para ganar lo que no puede perder" (Elisabeth Elliot, *Shadow of the Almighty*, [La sombra del Todopoderoso] [San Francisco: Harper & Row, 1958], 108). Como

cristianos, confrontamos una amedrentadora tarea como embajadores de Dios, llevando el mensaje vivificante de reconciliación al mundo perdido (2 Co. 5:19-20). La enormidad de ese desafío, si lo tomamos seriamente, nos obligará a auto disciplinarnos, porque solo entonces podemos servir la causa de nuestro Maestro eficazmente. Comenzará a juntar los cabos sueltos de su vida cuando ya no esté viviendo para sí mismo.

Muchos hoy día parecen pensar que la meta de la vida cristiana es que Jesús nos haga saludables, ricos y felices. Pero si eso es verdad, alguien olvidó decirselo al apóstol Pablo. Casi desde el momento de su conversión en el camino a Damasco, Pablo sufrió penurias, persecución y dolor por la causa de Cristo. Las palabras proféticas de Jesús acerca de él: "Porque donde hay testamento, es necesario que inter venga muerte del testador" (He. 9:16), estableció el rumbo del resto de la vida de Pablo.

Pero, a pesar de los sufrimientos que padeció, el compromiso de Pablo y su dedicación a cumplir con el ministerio que el Señor le dio nunca vaciló. Hechos 20 relata la visita del apóstol a Mileto, una ciudad en el Asia Menor a unos cuarenta y ocho kilómetros al sur de Éfeso. Dándose prisa para llegar a Éfeso donde había ministrado por un tiempo largo. Pero no podía dejar pasar la oportunidad para dar a los ancianos de la iglesia en Éfeso una última palabra de exhortación y ánimo (v. 17ss). En el contexto de ese mensaje de despedida, Pablo aludió a sus temores por su seguridad una vez que llegara a Jerusalén:

"Ahora, he aquí, ligado yo en espíritu, voy a Jerusalén, sin saber lo que allá me ha de acontecer, salvo que el Espíritu Santo por todas las ciudades me da testimonio, diciendo que me esperan prisiones y tribulaciones. Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios".

(Hch. 20:22-24)

Había algo mucho más allá de Pablo que lo impulsaba, algo tan

importante para él que, comparado con esto, su vida no tenía valor para él: Servir a Cristo hasta su último aliento. La dedicación de Pablo a la causa de Cristo produjo en él una tremenda autodisciplina. Y esa autodisciplina lo mantuvo en el camino hasta el final de su vida (2 Ti. 4:7).

Cuando recuerda quien es su dueño, reconoce el pacto de obediencia que usted hizo en el momento de la salvación, reconoce el pecado como una violación de su relación con Dios aprende a controlar su imaginación, y vive para proclamar el reino de Dios se convertirá en una persona autodisciplinada que agrada al Señor.

ADORAR A DIOS EN ESPÍRITU Y EN VERDAD

Hace años un explorador emprendió un viaje largo y difícil a través de la casi impenetrable selva de la región del Alto Amazonas. Intentando ganar tiempo, obligó a los porteadores a ir adelante sin descanso, viajando a marcha forzada durante dos días. Pero al tercer día, al llegar al límite de sus fuerzas, los hombres se sentaron al lado de sus cargas y rehusaron obedecer. Finalmente, frustrado exigió una explicación del capataz: "Están esperando que el alma de cada uno de ellos se ponga a la par con el cuerpo", fue la respuesta.

Esa historia adecuadamente describe la situación en la que se encuentran muchos cristianos. Fatigados a causa de sus frenéticas actividades religiosas, necesitan detenerse y dejar que el alma de cada uno de ellos se ponga a la par con el cuerpo. Como Marta (Vea Lc. 10:40), están distraídos con su servicio espiritual. Como María necesitan sentarse a los pies del Señor en adoración reverente (vv. 39, 42).

Pero en la iglesia egocéntrica y pragmática de hoy día la adoración no constituye un énfasis principal. En su interés por apelar a las necesidades personales de los no cristianos, muchas iglesias han transformado radicalmente sus cultos dominicales. Casi cualquier cosa es válida: Música secular contemporánea, parodias, presentaciones audiovisuales elaboradas, comedias, bailes, actos de magia, o sea, cualquier cosa, al parecer, excepto la predicación bíblica sólida y la adoración a Dios de corazón.

Convertir el culto de adoración en un ridículo circo de entretenimiento evangélico inevitablemente resultará en restar importancia a la adoración. La adoración no tiene cabida en un culto dirigido a entretener a los no cristianos "interesados" y a hacerlos sentir cómodos y no amenazados. Puesto que está centrada en Dios, la adoración no florece en una atmósfera antropocéntrica.

Constituir a los no creyentes en el punto central cuando la iglesia está reunida es una trágica tergiversación del patrón bíblico. La iglesia debe reunirse primordialmente para adorar, no para evangelizar. Debe reunirse para alabar y adorar a Dios colectivamente, no para entretener a los inconversos. La meta de la iglesia no es para que los incrédulos se sientan cómodos. En realidad, es exactamente lo contrario. Cuando un inconverso entra en una iglesia que adora a Dios, "lo oculto de su corazón se hace manifiesto; y así, postrándose sobre el rostro, adorará a Dios, declarando que verdaderamente Dios está entre vosotros". De modo que adorar no es una opción que se cuele tranquilamente en la vida de la iglesia de la manera más inofensiva y directa posible o ignorada totalmente. Es el corazón mismo y el alma de todo lo que somos como cristianos. En realidad, mi definición de un cristiano se encuentra en Filipenses 3:3, donde el apóstol Pablo describe a los cristianos como quienes "en espíritu servimos a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús".

Pero una iglesia puede adorar colectivamente solo si está compuesta de adoradores, solo si es una iglesia de Marías y no solo de Martas. Hay que notar, sin embargo, que ser un adorador no excluye servir a Dios. La misma María que se sentó reverentemente a los pies de Jesús también realizó uno de los actos más humildes de servicio registrado en las Escrituras (Jn. 12:3). El servicio es importante, pero tiene que fluir de un corazón adorador.

DEFINICIÓN DE LA ADORACIÓN

Juan 4:20-24 proporciona un buen punto de partida para una discusión bíblica de la adoración:

"Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar. Jesús le dijo: Mujer, créeme, que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adorareis al Padre. Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos; porque la salvación viene de los judíos. Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que lo adoren. Dios es Espíritu; y los que lo adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren".

El pasaje registra una porción de la conversación entre Jesús y una mujer samaritana. De regreso a Galilea después de ministrar en Judea, Jesús se detuvo en un pozo cerca de la aldea de Sicar en Samaria. Sediento después del viaje, Jesús pidió a la mujer que sacara agua y le diera de beber. Perpleja, ella le preguntó por qué Él, un judío, le pediría a una despreciada samaritana que le diera agua. Jesús entonces alejó la conversación del tema del agua física al del agua como símbolo de la vida eterna. Ella ansiosa le pidió a Jesús de esa agua, pero su respuesta enigmática fue que ella fuera primero a buscar a su marido y lo trajera con ella. Esa simple petición descubrió su pecado, ya que había estado casada cinco veces y ahora vivía con un hombre que no era su marido.

Apenada por su solicitud, la mujer cambió el tema, refiriéndose al tema ardientemente debatido de dónde debía adorarse a Dios. Los judíos naturalmente sostenían que Dios solo podía ser adorado debidamente en el templo en Jerusalén. Los samaritanos optaban por el Monte Gerizím, no muy lejos de Sicar, donde su templo había estado antes de su destrucción cerca de un siglo antes. Aunque ese templo nunca fue restaurado, los samaritanos continuaban adorando en el Monte Gerizím. El tema de la conversación, entonces, era la adoración. La mujer correctamente entendió que enderezar su vida era un acto de adoración.

La adoración puede definirse como el honor dado a un ser superior. El vocablo castellano "adorar" precede del latín *adorare* (de ad=a y orde=orar), es decir, reverenciar y honrar a Dios. El vocablo con-

nota otorgar valor y honra a alguien o algo. El vocablo griego traducido "adorar" en Juan 4 es *proskyne* que literalmente significa "besar a alguien", "arrodillarse delante de alguien" o "postrarse delante de alguien superior".

La adoración debe distinguirse del ministerio. El ministerio llega a nosotros del Padre, a través del Hijo, en el poder del Espíritu Santo, luego fluye de nosotros. La adoración procede de nosotros a través del poder del Espíritu en el nombre del Hijo y de regreso al Padre. El ministerio desciende a nosotros del Padre. La alabanza asciende de nosotros al Padre. El ministerio puede asemejarse a los profetas que hablaron al pueblo de Dios.

La adoración puede asemejarse a los sacerdotes que hablaron a Dios por el pueblo.

Pero no debe considerarse el ministerio como algo sin relación con la adoración. En realidad, el propósito del ministerio es hacer resaltar la adoración. Escuchar la enseñanza de la Palabra de Dios aumenta nuestra capacidad para adorar a Dios, y escuchar a otros ministrar mediante el canto eleva nuestro corazón a Dios en alabanza. Si usted va a la iglesia procurando solo recibir, se ha equivocado. Nos reunimos con otros creyentes para ministrarlos e incluso lo que recibimos nos capacita para dar. La Biblia enseña que las acciones igual que las actitudes y las palabras pueden constituir adoración (vea Ro. 15:16; Fil. 1:11; 4:18; 1 Ti. 2:3; He. 13:15-16).

Adorar es dar a Dios el honor que Él merece. Brota de un corazón lleno de gratitud por el poder salvador de Dios y su bondad sin límites. "Rebosa mi corazón palabra buena; dirijo al rey mi canto; mi lengua es pluma de escribiente muy ligero" (Sal. 45:1). El vocablo hebreo traducido "rebosa" significa "burbujear" como el agua hirviendo que se desborda en una olla. El libro de Salmos se divide en cinco partes, cada una de ellas termina con una doxología. Todas las verdades en los salmos con respecto a la naturaleza y a las obras de Dios a la postre resultarán en una expresión de alabanza que brota de corazones adoradores.

De igual manera, después de escribir once capítulos en Romanos exponiendo la doctrina de la salvación, Pablo irrumpe en alabanza a

Dios: "¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio a él primero, para que le fuese recompensado? Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén" (Ro. 11:33-36)

Pablo concluye la carta a los romanos con otra doxología:

"Y al que puede confirmaros según mi evangelio y la predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos, pero que ha sido manifestado ahora, y que por las Escrituras de los profetas, según el mandamiento del Dios eterno, se ha dado a conocer a todas las gentes para que obedezcan a la fe, al único y sabio Dios, sea gloria mediante Jesucristo para siempre. Amén".

(Ro. 16:25-27)

Gálatas 1:3-5; 1 Ti. 1:13-17; 2 Ti. 4:18 registran otras ocasiones en los que el corazón de Pablo se desborda de alabanza y adoración a Dios.

En su conversación con la mujer samaritana, Jesús establece tres verdades fundamentales con respecto a la adoración: Su origen, su objeto y su naturaleza. Entender esos principios clave lo ayudará a usted a adorar a Dios como Él merece.

EL ORIGEN DE LA ADORACIÓN

¿Dónde se origina la adoración? Jesús contestó esa pregunta cuando le dijo a la mujer samaritana: "Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren" (Jn.4:23). Las personas se convierten en verdaderos adoradores de Dios solo porque es Él quien primero los busca. Jesús dijo en Lucas 19:10: "Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido". El hombre caído, muerto en delitos y pecados (Ef.

2:1), es incapaz de buscar a Dios por sí solo. Y, como Pablo escribió en Romanos 3:10-12 nadie lo hace: "Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno". Por esa razón, Cristo declaró en Juan 6:44, "Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero. Escrito está en los profetas: Y serán todos enseñados por Dios. Así que, todo aquel que oyó al Padre, y aprendió de él, viene a mí". El hombre está perdido, y es Dios quien lo busca. Por lo tanto, el origen de la verdadera adoración es Dios mismo. Los cristianos nos convertimos en verdaderos adoradores de Dios en el momento de la salvación, continuamos adorándolo a lo largo de la vida de cada uno de nosotros y, junto con los santos ángeles, lo adoraremos por la eternidad.

La adoración en el Antiguo Testamento

La meta del plan redentor de Dios en el Antiguo Testamento fue la de atraer adoradores a sí mismo. Cinco simples verdades, constantemente repetidas a través del Antiguo Testamento, resumen su contenido.

El Antiguo Testamento revela el carácter de Dios: Presenta la grandeza, la majestad, la maravilla y la santidad de su persona y su obra.

El Antiguo Testamento pronuncia bendiciones sobre quienes adoran y obedecen a Dios: El Salmista escribió: "Bienaventurado el hombre que teme a Jehová, y en sus mandamientos se deleita en gran manera" (Sal. 112:1).

El Antiguo Testamento pronuncia maldiciones sobre quienes desobedecen y dejan de adorar a Dios. Deuteronomio 28:15-10 enumera alguna de las maldiciones prometidas a Israel por su desobediencia.

El Antiguo Testamento enseña la necesidad de un sacrificio definitivo por el pecado. Aquel que derrotaría a Satanás, al pecado y a la muerte fue prometido ya en Génesis 3:15. Y los innumerables corderos sacrificados bajo la ley mosaica ilustraban es sacrificio final del Cordero de Dios (vea Jn. 1:29). Después de su muerte, Jesús reiteró a sus discí-

pulos la enseñanza veterotestamentaria con respecto a sí mismo (Lc. 24:27, 44-47).

El Antiguo Testamento enseña que el Mesías un día establecerá su glorioso reino en la tierra. Isaías 11, entre muchos otros pasajes, describe ese reino venidero.

Todas esas verdades fundamentales deben generar adoración. La naturaleza y las obras de Dios nos mueven a alabarlo. Los que adoramos al verdadero Dios somos bienaventurados, mientras que quienes no lo hacen son malditos. El sacrificio de Jesucristo, el Mesías prometido, es el medio que Dios usa para redimir a los pecadores que se convierten en verdaderos adoradores. Y el reino glorioso, con el estado eterno que le sigue, será un tiempo de alabanza y adoración interminable del Rey.

La adoración es introducida en Génesis. Los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob eran adoradores de Dios. En el Pentateuco, Dios ordenó y reguló la adoración. La descripción detallada del tabernáculo que abarca casi doscientos cincuenta versículos en Levítico, enfatizada la alta prioridad que Dios dio a la adoración. La estructuración divinamente ordenada del campamento de Israel durante la peregrinación por el desierto también enfatiza la importancia de la adoración. El tabernáculo era el foco central del campamento, con las diferentes tribus acampadas a su derredor en sus cuatro lados (Nm. 2:2ss). El propósito de la ley mosaica, incluyendo todas las ceremonias prescritas, los rituales y los sacrificios debía regular la adoración de Dios. El libro de los Salmos era el himnario de Israel, expresando alabanza y adoración a Dios. Y la misión de los profetas era reprender la falsa adoración de Israel y llamar al pueblo a regresar a una adoración adecuada del verdadero Dios (vea Is. 1:11-20; Os. 6:4-5; Am. 5:21-24; Mal. 1:6-14).

Negativamente, la importancia de la adoración en el Antiguo Testamento puede verse en las severas consecuencias de la adoración inadecuada. El fracaso de Adán y Eva de adorar debidamente a Dios llevó a la raza humana al pecado. La adoración inadecuada de Caín fue rechazada, después de lo cual asesinó a su hermano Abel en un brote malvado de celos. La apropiación ilegal del incienso usado en la ado-

ración a Dios era castigado con la muerte (Éx. 30:34-38). Nadab y Abiú fueron ejecutados por dejar de llevar a cabo su responsabilidad sacerdotal con respecto a la adoración de la manera prescrita (Lv. 10:1-3). La intrusión de Saúl en las funciones sacerdotales le costó su reinado (1 S. 13:8-14). Uza se equivocó al no tratar el arca del pacto con el respeto debido y Dios lo mató por su irreverente acto de adoración (2 S. 6:6-7).

En Mateo 22, se le preguntó a Jesús cuál era el más grande mandamiento de la ley. Su respuesta no solo resumió el propósito de la ley, sino de todo el Antiguo Testamento: "Y uno de ellos, intérprete de la ley, preguntó por tentarle, diciendo: Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley? Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas" (22:35-40). La ley y los profetas (una designación judía para el Antiguo Testamento), por lo tanto, tenían como su propósito final la promoción de la verdadera adoración.

La adoración en el Nuevo Testamento

El Nuevo Testamento registra el cumplimiento del plan redentor anticipado en el Antiguo Testamento. Este también enfatiza la adoración como la meta final de la salvación.

Cuando Jesús vino al mundo, lo hizo para ser adorado. Jesús recibió adoración aún antes de su nacimiento, por los padres de Juan el Bautista (Lc. 1:41-42; 67-69), y por los ángeles tanto en su nacimiento como poco después (He. 1:6), por los pastores Lc. 2:8-20) y por los sabios del oriente (Mt. 2:1-2, 11). Incluso el malvado rey Herodes manifestó un falso deseo de adorarlo (Mt. 2:8). Durante su ministerio, Jesús recibió adoración de un leproso (Mt. 8:2), el principal de una sinagoga (Mt. 9:18), sus discípulos (Mt. 14:33), Santiago, Juan y la madre de ellos (Mt. 20:20), un ciego a quien había sanado (Jn. 9:38), e incluso un endemoniado cuyos atormentadores infernales sabían muy bien quien era Jesús (Mr. 5:6). Después de su resurrección

ción las mujeres (Mt. 28:9) y sus discípulos (Mt. 28:17) rindieron adoración reverente a Jesús.

El libro de Apocalipsis concluye el Nuevo Testamento ofreciendo constantes vistazos de la adoración que tiene lugar en el cielo (4:10; 5:14; 7:11; 11:16; 19:4). De modo que de principio a fin, el Nuevo Testamento revela el desarrollo del plan redentor de Dios para atraer a sí mismo a los verdaderos adoradores (vea Ro. 12:1; Fil. 3:3; He. 12:28).

EL OBJETO DE LA ADORACIÓN

En su conversación con la mujer samaritana, Jesús reveló dos realidades con respecto a Dios que son esenciales para la verdadera adoración. Dios debe ser adorado como Padre (Jn. 4:21, 23) y como Espíritu (Jn. 4:24).

Adorar a Dios como Espíritu

Decir que Dios es espíritu es definir su naturaleza esencial. No debe ser concebido o representado en términos materiales: "Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo" (Lc. 24:39). Por lo tanto, cualquier forma de idolatría es errónea y blasfema, como lo es cualquier punto de vista panteísta que identifica a Dios con el universo. Como espíritu, Dios es invisible (Col.1:15; 1 Ti. 1:17). Él no puede ser visto, aunque se ha revelado a través de manifestaciones físicas. En el Antiguo Testamento Dios reveló su presencia a través de fuego, nube y de la *Shekinah* (la manifestación visible de la gloria de Dios; vea 2 Cr. 7:1-2). El Nuevo Testamento presenta la revelación final de Dios cuando se hizo hombre en la persona de Jesucristo. Pero Dios no puede ser visto en su naturaleza esencial. El apóstol Juan escribió: "A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer" (Jn. 1:18).

Como espíritu, Dios también es "eterno e inmortal" (1 Ti. 1:17). Decir que Dios es eterno significa que no fue creado y que siempre

ha existido. Decir que es inmortal significa que no está sujeto a la muerte y que siempre existe.

La Biblia señala repetidas veces la pecaminosa insensatez de reducir a Dios a una imagen o limitarlo a un sitio específico. A los filósofos paganos de Atenas, Pablo les dijo: "Siendo, pues, linaje de Dios, no debemos pensar que la Divinidad sea semejante a oro, o plata, o piedra, escultura de arte y de imaginación de hombres" (Hch. 17:29). En 1 Reyes 20:28 Dios reprendió a los sirios porque insensatamente se imaginaron que el Dios de Israel estaba limitado a las montañas. Dios reprendió a los malvados en el Salmo 50:21 porque se imaginaron que Él era como ellos. En Isaías 46:5, Dios exigió: "¿A quién me asemejáis, y me igualáis, y me comparáis, para que seamos semejantes?" La obvia respuesta es: "A nadie". Aún el tabernáculo y el templo no albergaban ninguna representación de Dios. Aunque su presencia era visiblemente manifiesta en esos lugares, estos no contenían ninguna figura que representara a Dios.

Para adorar a Dios debidamente, debemos hacerlo como Espíritu, dándole alabanza y honor por sus "atributos invisibles" (Ro. 1:20), tales como su omnipotencia, omnisciencia, omnipresencia, inmutabilidad, eternidad, amor, justicia, bondad, amabilidad, misericordia, gracia, justicia, ira y santidad. Adorar a Dios es exaltarle por sus poderosos hechos de la creación y la redención además de reconocer con gratitud su cuidado providencial de nosotros.

Adorar a Dios como Padre

Los judíos de los días de Jesús pensaban de Dios como Padre en el sentido de Creador, aquel que llevó a Israel a la existencia como nación. Para ellos *Padre* no era una expresión de intimidad, sino de creación. Pero ese no es el sentido en que Jesús usó dicho vocablo aquí. Cuando Jesús se refirió a Dios como Padre, no se estaba refiriendo a Él como Padre de la humanidad o de la nación de Israel, sino como a su propio Padre. Jesús afirmaba, por lo tanto, que poseía la misma naturaleza esencial de Dios, una reivindicación que conmovió y enfureció a sus oponentes judíos. En el próximo capítulo del Evangelio de Juan, Jesús confrontó a algunos de esos adversarios con

esta verdad esencial. Les declaró: "Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo" (Jn. 5:17). A diferencia de muchos herejes modernos que niegan la deidad de Cristo, los adversarios de Jesús entendieron perfectamente las asombrosas implicaciones de esa declaración. Juan observa: "Por esto los judíos aun más intentaban matarlo, porque no solo quebrantaba el sábado, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios" (v. 18). Ellos percibieron la afirmación de Jesús de ser igual a Dios como blasfemia.

Pero Jesús defendió su argumento, declarando que hacía las mismas obras que el Padre hace (v. 19), incluyendo resucitar los muertos (v. 21) y ejecutar juicio (v. 22). Además, la voluntad de Jesús está en perfecta armonía con la del Padre (v. 20) y Él tiene vida en sí mismo, tal como la tiene el Padre (v. 26). Porque sus palabras son las palabras del Padre. Él hace las obras del Padre, su juicio es el juicio del Padre. Su voluntad es la voluntad del Padre, y su vida es la vida del Padre, Jesús es digno del mismo honor que el Padre (v. 23).

Juan registró otra ocasión cuando Jesús afirmó ser de la misma esencia que el Padre. En Juan 10:30 Jesús dijo a sus adversarios judíos: "Yo y el Padre uno somos". No simplemente quiso decir que tenía el mismo propósito que el Padre. Si eso era todo lo que quiso decir, no hubiera afirmado más de lo que afirmaron los profetas. Y de nuevo sus adversarios claramente entendieron las implicaciones de la afirmación de Jesús, tal como lo demuestra su violenta reacción: "Entonces los judíos volvieron a tomar piedras para apedrearle. Jesús les respondió: Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre; ¿por cuál de ellas me apedreáis? Le respondieron los judíos, diciendo: Por buena obra no te apedreamos, sino por la blasfemia, porque tú, siendo hombre, te haces Dios" (vv. 31-33).

La verdadera adoración necesariamente tiene que ver a Dios como uno en esencia con Jesucristo. O, dicho de otra manera, los verdaderos adoradores tienen que adorar a Jesús como Dios. No hay adoración genuina de Dios sin el completo reconocimiento de la deidad de Jesucristo (vea Jn. 5:23). Los que intentan separar la deidad del Hijo de la adoración son blasfemos y se colocan bajo la maldición de Dios (1 Co. 16:22).

LA NATURALEZA DE LA ADORACIÓN

La verdadera adoración no solo contempla a Dios como su fuente y objeto, también evita dos extremos fatales: Las herejías entusiastas y la ortodoxia árida y sin vida. Los samaritanos y los judíos tipificaron esos dos extremos.

La adoración de los samaritanos era vital, dinámica, apasionada y casi electrificante en su intensidad. La destrucción de su templo en el Monte Gerizím un siglo antes no les había desconcertado, y ellos continuaron adorando en ese monte en tiempos de Jesús. De hecho, un puñado de samaritanos devotos todavía hoy adoran allí.

Pero a pesar de su celo, la adoración de los samaritanos se caracterizaba por la ignorancia. Jesús le dijo a la mujer samaritana: "Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos, porque la salvación viene de los judíos" (Jn.4:22). Los samaritanos solo aceptaban el Pentateuco (los cinco libros de Moisés, de Génesis a Deuteronomio) y rechazaban el resto del Antiguo Testamento. Sin duda, el Pentateuco contiene muchas verdades importantes. Por ejemplo, pasajes tales como Génesis 3:15 y Deuteronomio 18:15 llevaron a los samaritanos a anticipar la venida del Mesías. Después de su conversación con Jesús, la mujer regresó a su aldea y emocionadamente exclamó: "Venid, ved a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho. ¿No será este el Cristo?" (Jn. 4:29). Pero al tener solo el Pentateuco, había mucho que no podían saber. De dónde Jesús caracterizó su adoración como ignorante.

Por otro lado, los judíos de los días de Jesús (con la excepción de los saduceos) captaban todo el Antiguo Testamento como divinamente inspirado. Jesús dijo a la mujer samaritana: "Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos, porque la salvación viene de los judíos" (4:22). Aunque basada en todo lo que Dios había revelado, la adoración de los judíos era deficiente en la devoción interna a Dios que producía una adoración apasionada. Su tendencia era ser fríamente legalista en extremo, incluso hipócrita. Fue por eso que Cristo limpió el templo y condeno a los judíos por su hipocresía en su primer gran sermón, el Sermón del Monte. Debe

notarse especialmente lo que dijo en Mateo 6:1-2: "Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos. Cuando, pues, des limosna, no hagais tocar trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados por los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa". Esos versículos captan la esencia de la religión de los judíos. Era solo un espectáculo externo, vacío de toda devoción interior y de amor hacia Dios.

Tristemente, esos dos extremos de falsa adoración permanecen con nosotros hoy. Algunos adoran a Dios solo de labios, pero el corazón de cada uno de ellos está lejos de Él (vea Is. 29:13). Otros entusiastamente promueven la herejía. ¿Cómo podemos evitar la herejía entusiasta de Monte Gerizím y la árida ortodoxia de Jerusalén? Mediante la adoración de Dios en espíritu y en verdad. La verdadera adoración debe incluir ambas cosas. Jesús declaró: "Dios es Espíritu, y los que lo adoran, en espíritu y en verdad es necesario que lo adoren" (Jn. 4:24).

Adorar a Dios en espíritu

El vocablo "espíritu" en el versículo 24 no se refiere al Espíritu Santo, sino al espíritu humano. Habla del ser interior de la persona real. La verdadera adoración, según Jesús, no es una cuestión de cosas externas. No tiene que ver con el adorar en cierto lugar, a cierta hora, usando ciertos ritos o vestidos con ciertas ropas. La verdadera adoración es cuestión del corazón. Pablo usa una palabra griega que se refiere especialmente a la adoración de Dios en Romanos 1:9 cuando dice que servía a Dios en su "espíritu". David escribió: "Bendice, alma mía, a Jehová, y bendiga todo mi ser su santo nombre" (Sal. 103:1). La adoración que David rindió a Dios procedía de lo más profundo de su ser.

Hay cuatro requisitos básicos para adorar a Dios en espíritu:

Usted tiene que estar espiritualmente vivo. Sin el nuevo nacimiento, nadie puede verdaderamente adorar a Dios, como expresa Pablo en 1 Corintios 2:14 "Pero el hombre natural no percibe las cosas que son

del Espíritu de Dios, porque para él son locura; y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente". Los inconversos no pueden adorar en espíritu, porque el espíritu de cada uno de ellos está muerto en pecado (Ef. 2:1-3). De modo que no poseen la capacidad de responder a la verdad espiritual. La transformación interna producida por la salvación es, por lo tanto, un requisito previo necesario para una adoración genuina. Como escribió el salmista: "Así no nos apartaremos de ti; vida nos darás e invocaremos tu nombre" (Sal. 80:18).

Su corazón debe centrarse en Dios. Eso implica contemplar a Dios en todo tiempo, ser capaz de decir con David: "A Jehová he puesto siempre delante de mí; porque está a mi diestra, no seré conmovido" (Sal. 16:8). Sembrar la verdad de Dios en su corazón motiva tal espíritu a la adoración. Para hacer eso, tiene que leer la Palabra, oír sus enseñanzas y, especialmente, meditar en ella. El Señor mandó a Josué, diciéndole: "Nunca se apartará de tu boca este libro de la ley, sino que de día y de noche meditarás en él, para que guardes y hagas conforme a todo lo que está escrito en él, porque entonces harás prosperar tu camino y todo te saldrá bien" (Jos. 1:8). La meditación bíblica se diferencia radicalmente de la que enseñan las religiones orientales. La meta de las meditaciones orientales es vaciar la mente. La meta de la meditación bíblica es llenarla con la verdad de Dios. La meditación bíblica puede definirse como el centrar toda su mente en un tema. La iglesia generalmente ha perdido la capacidad para pensar con profundidad y meditar en la verdad de Dios, y el resultado inevitable de ese pensar superficial es una adoración superficial y vacía de contenido.

Al leer la Biblia, hágalo para aprender más tocante al carácter y a las obras de Dios. Al meditar profundamente en sus majestuosas verdades, su espíritu se alzará en adoración a Dios.

Su corazón debe ser íntegro. David oró en el Salmo 86:11-12: "Enséñame, Jehová, tu camino, y caminaré yo en tu verdad; afirma mi corazón para que tema tu nombre. Te alabaré, Jehová, Dios mío, con todo mi corazón y glorificaré tu nombre para siempre". La adoración brota de un corazón íntegro y sin distracción. Es por eso que

usted no puede adorar a Dios mientras esconde algún pecado en su vida. El salmista escribió: "Si en mi corazón hubiera yo mirado a la maldad, el Señor no me habría escuchado" (Sal. 66:18). Jesús enseñó en el Sermón del Monte que resolver la cuestión del pecado contra otros es un requisito previo para la adoración: "Por tanto, si traes tu ofrenda al altar y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar y ve, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces vuelve y presenta tu ofrenda" (Mt. 5:23-24). El Señor describe al Israel descarriado a Ezequiel de esta manera: "Y vienen a ti como viene el pueblo, y están delante de ti como pueblo mío. Oyen tus palabras, pero no las ponen por obra, antes hacen halagos con sus bocas y el corazón de ellos anda en pos de su avaricia" (Ez. 33:31). Su alianza dividida les impidió adorar a Dios en verdad, como hicieron los fariseos, a quienes Jesús les advirtió: "Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres, pero Dios conoce vuestros corazones, pues lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación" (Lc. 16:15).

Si usted pretende adorar a Dios en verdad, tiene que tratar constantemente con el pecado en su vida.

Tiene que ser controlado por el Espíritu. Filipenses 3:3 define a los verdaderos adoradores como quienes "adoran a Dios en espíritu". El Espíritu Santo tiene que ser la fuerza motivadora si nuestra adoración ha de ser aceptable. Y para que Él haga tal cosa, tenemos que ser personas controladas por el Espíritu (Ef. 5:18). Ser controlado por el Espíritu significa estar constantemente rendido a Él como lo revela la Palabra (Col. 3:16).

¿Qué nos impide adorar en espíritu? Dicho con una palabra, el ego. Alguien totalmente centrado en sí mismo no es ni siquiera un cristiano. Y los cristianos no podemos adorar a Dios con un corazón dividido entre nosotros mismos y el Señor. Ni podemos ser controlados por el Espíritu si solo rendimos una porción de nuestra vida a su control. Si lo permitimos, el ego siempre obstruirá nuestra adoración. Es ahí donde tiene lugar la batalla para mantener la pureza de nuestra adoración.

Adorar a Dios en verdad

Es axiomático que la verdadera adoración tiene que ser una respuesta a lo que es verdad respecto de Dios. Es por eso que Jesús dijo: "Santificalos en tu verdad, tu palabra es verdad" (Jn. 17:17). O, en las palabras del salmista: "Porque Dios es el Rey de toda la tierra. ¡Cantad con inteligencia!" (Sal. 47:7). Dios no es honrado cuando lo concebimos diferente de cómo Él es, cuando entendemos mal sus atributos, sus obras, su voluntad y su propósito.

Es por eso, que una comprensión correcta de la Palabra de Dios es crucial. Solo cuando se interpreta correctamente la Palabra de verdad podemos conseguir el conocimiento que es esencial para adorar a Dios de la manera como a Él le agrada.

La adoración genuina une al espíritu con la verdad mientras que nuestro espíritu se eleva en alabanza como respuesta a las realidades indiscutibles reveladas en las Escrituras. No existe un precio especial para la ignorancia ni para la indiferencia hacia la precisión doctrinal. Tampoco hay ningún beneficio en la aprehensión fría y sin gozo de la verdad.

LA PREPARACIÓN DEL CORAZÓN PARA LA ADORACIÓN

Hebreos 10:22 ofrece una lista escueta para la preparación de la adoración a Dios. Antes de adorar al Señor, fórmúlese las siguientes preguntas:

¿Soy sincero? El escritor de Hebreos dice: "Acerquémonos con corazón sincero". Necesitamos pedir al Señor que nos ayude a poner a un lado todas las distracciones mundanas y a centrarnos en Él.

¿Voy a Él en fe? Necesitamos acercarnos a Dios "en plena certidumbre de fe", es decir, descansando plenamente en la suficiencia del sacrificio de Cristo por nuestros pecados, no en nuestras buenas obras, para obtener acceso en su presencia.

¿Soy humilde? Necesitamos tener "nuestro corazón purificado de mala conciencia". Las acusaciones de la conciencia nos humillan al

recordarnos de nuestros pecados como lo hace el recuerdo de la gracia y la misericordia de Dios hacia nosotros.

¿Soy puro? El escritor de Hebreos expresó esa verdad cuando dijo: "teniendo nuestros cuerpos lavados con agua pura". Necesitamos confesar y abandonar nuestro pecado antes de acercarnos a Dios para adorar.

Si la respuesta a esas cuatro preguntas es sí, podemos acercarnos a Dios con confianza, sabiendo que nuestra adoración será aceptable a Él. Y la bendita verdad es que cuando nos acercamos a Dios sobre la base de sus condiciones, Él promete acercarse a nosotros (Stg. 4:8). Cuando todo eso es verdad en nosotros, seremos conocidos como pueblo de Dios que tiene una actitud genuina de adoración hacia el Dios vivo y verdadero.

LA ESPERANZA: NUESTRO FUTURO ESTÁ GARANTIZADO

El futuro de la humanidad es un tema que parece estar en la mente de nuestra gente hoy día. Considere solo el número de libros y películas que tratan el tema de la aniquilación global mediante la guerra nuclear, las invasiones de extraterrestres o los desastres naturales y comprenderá lo que estoy diciendo.

Esas preocupaciones producen en las personas la necesidad de desarrollar algún tipo de seguridad tocante al futuro, no solo sobre su existencia mortal, sino también con respecto a su inmortalidad. Como resultado, muchos se vuelven a las diferentes religiones del mundo y a sus explicaciones del futuro y a sus promesas para el más allá. Un número creciente está confiando hoy en las promesas de la Nueva Era y su creencia en la reencarnación. Aún quienes no se adhieren a ningún código religioso ni a ningún sistema de creencias esperan que sus buenas obras les garantice un lugar en alguna existencia celestial.

Algunas personas confían en su inventiva. Intentan protegerse contra las realidades de las inevitables tragedias de la vida mediante la acumulación de fortunas y gastarlas en investigaciones médicas no solo para prolongar la vida, sino para eludir la muerte. A la postre las personas necesitan poner su confianza en algo para darse a sí mismas alguna seguridad con respecto al futuro.

Ciertas personas, sin embargo, descartan toda esperanza y creen

que no hay vida después de la muerte. Esa postura les permite ir en pos de una filosofía hedonista de la vida para poder vivir sin ningún código moral y hacer cualquier cosa que les de placer porque creen que no hay juicio de la inmortalidad.

Ya sea que los inconversos sostengan una perspectiva sombría del futuro o una esperanza optimista del mañana y la eternidad, la verdad es que ellos: "En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo" (Ef. 2:12). Cualquier persona sin Dios y sin Cristo no tiene esperanza para el futuro. Sin esperanza, la muerte adquiere proporciones terroríficas. Todo lo que queda es el infierno eterno, sufrimiento eterno y castigo eterno. Es por eso que Job 27:8 dice: "Porque ¿cuál es la esperanza del malvado, por mucho que haya robado, cuando Dios le quite la vida? Proverbios 10:28 añade: "La esperanza de los justos es alegría, mas la esperanza de los malvados perecerá".

Solo hay dos posibles destinos en la eternidad, el cielo o el infierno, y Dios creó esos dos destinos. Los que van camino al cielo por la fe en Jesucristo tienen esperanza. El resto no tiene esperanza y experimentará la desesperación eterna del infierno de que el dolor nunca cesará. Ese es el vivo ejemplo de la desesperación.

UNA DEFINICIÓN DE LA ESPERANZA

Considero que es algo espantoso contemplar la vida sin esperanza. Afortunadamente, quienes hemos puesto nuestra confianza en Jesucristo tenemos razón para confiar, y esa no es la manera como el mundo define la esperanza. La mayoría de las personas usan el vocablo esperanza como un sinónimo de "deseo" o "ganas". Esperan que alguien que anhelan ver los visite, esperan conseguir el empleo que buscaban, esperan conseguir las calificaciones que han procurado, esperan que sus sueños se hagan realidad.

Pero en la Biblia la esperanza no es un deseo, sino una realidad, un hecho que aún no se ha realizado. La esperanza bíblica es una realidad que Dios ha prometido y que ha de cumplir. Como tal, repre-

senta la última columna del carácter cristiano. La esperanza es la actitud espiritual que nos hace mirar al futuro confiadamente y nos motiva a ir en pos de la semejanza de Cristo con un esfuerzo máximo. Para ver cómo la esperanza es central para la vida de fe del creyente, demos atención a varios pasajes de las Escrituras.

La esperanza es segura

El autor de Hebreos dice de la esperanza: "La cual tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo, donde Jesús entró por nosotros como precursor, hecho sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec" (He. 6:19-20). Nuestra esperanza es un ancla, lo cual significa que es inamovible e inquebrantable. Nuestra esperanza está encarnada en Cristo mismo, quien ha entrado en la presencia de Dios en el santuario celestial por nosotros. Allí sirve como nuestro gran Sumo Sacerdote, intercediendo siempre delante de Dios por nosotros.

En su primera epístola, el apóstol Pedro presenta pruebas adicionales de la seguridad de nuestra esperanza:

"Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su gran misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcitable, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios, mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo final. Por lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas".

(1 P. 1:3-6)

La esperanza es una parte esencial del evangelio

"Siempre que oramos por vosotros, damos gracias a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, pues hemos oído de vuestra fe en Cristo Jesús y del amor que tenéis a todos los santos, a causa de la esperanza

que os está guardada en los cielos. De esta esperanza ya habéis oído por la palabra verdadera del evangelio” (Col. 1:3-5). El evangelio incluye nuestra esperanza eterna. El gozo de nuestra salvación es que un día entraremos en la vida eterna en el cielo. Esa es una promesa real.

Los tres aspectos de nuestra salvación, pasado, presente y futuro, están fuertemente atados en el evangelio. En Tito 1:1-2 Pablo escribe: “Pablo, siervo de Dios y apóstol de Jesucristo, conforme a la fe de los escogidos de Dios y el conocimiento de la verdad que es según la piedad, en la esperanza de la vida eterna. Dios, que no miente, prometió esta vida desde antes del principio de los siglos”. Pablo predicó el evangelio para que los elegidos (“aquellos elegidos de Dios”) podamos creer y ser salvos. Ese es el aspecto pasado, nuestra justificación. Aquellos escogidos de Dios oímos el evangelio, creemos y, por lo tanto, somos justificados por Él. El aspecto presente del evangelio es “el conocimiento de la verdad que es según piedad”. Eso es nuestra santificación. El aspecto futuro es “la esperanza de la vida eterna”, lo cual es nuestra glorificación.

En el pasado fuimos salvos de la penalidad del pecado, no seremos condenados. No llevaremos las consecuencias por nuestros pecados porque Dios atribuyó a nosotros la justicia de Cristo en el momento en que creímos. Cristo llevó toda nuestra iniquidad en su propio cuerpo en la cruz. En el presente estamos siendo salvos del poder del pecado porque el Espíritu Santo y la verdad de las Escrituras nos dan la victoria sobre el pecado. Y seremos salvos de la presencia del pecado cuando estemos en el cielo en el futuro. Sin la promesa de una gloria futura el evangelio sería una promesa vacía en vez de ser un hecho certísimo.

La esperanza nos hace perseverar

Romanos 8 es un gran capítulo de su promesa para el creyente. En él, Pablo declara que Dios cumplirá la esperanza del creyente y lo llevará a la gloria:

“Y no solo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo, porque en esperanza fuimos salvos; pero la esperanza que se ve, no es esperanza; ya que lo que alguno ve, ¿para qué esperararlo? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos... Sabemos, además, que a los que aman a Dios, todas las cosas los ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados. A los que antes conoció, también los predestinó para que fueran hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a estos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó”.

(Ro. 8:23-25, 28-30)

Nuestra esperanza es la gloria. Queremos experimentar la redención de nuestro cuerpo y ser finalmente liberados de la batalla pecaminosa en nuestra carne. Ese es uno de los elementos de nuestra salvación que está por realizarse. Aunque es futuro, está prometido, depositado y garantizado. De modo que para nosotros la gloria es una realidad. Por eso es que perseveramos mientras esperamos con ansiedad nuestra glorificación. No importa a qué luchas y pruebas nos enfrentemos mientras esperamos podemos estar seguros de que Dios cumplirá su llamado de nosotros y nos conducirá a la gloria. Puesto que Dios hizo el esfuerzo para justificarnos, podemos estar seguros de que también nos glorificará porque ese es su plan.

LAS CARACTERÍSTICAS DE LA ESPERANZA

La Biblia desclosa el concepto de nuestra esperanza en varios componentes. A continuación se enumeran diez características de nuestra esperanza que debieran producir gozo en nuestro corazón.

Nuestra esperanza procede de Dios

Es esencial saber que nuestra esperanza es objetiva, no subjetiva. No es un castillo en el aire secular que nos dice que podemos ser cual-

quier cosa que deseemos ser. **No** podemos crear ni controlar el futuro. No tenemos ni el poder ni la sabiduría para hacerlo. No tenemos que elaborar ningún proyecto para el futuro. Dios ya nos ha dado uno. El salmo 43:5 dice: “¿Por qué te abates, alma mía, y por qué te turbas dentro de mí? Espera en Dios, porque aún he de alabarlo, salvación mía y Dios mío!” El salmista simplemente nos recuerda que no debemos desesperarnos porque Dios es la fuente de nuestra esperanza.

Nuestra esperanza es un don de la gracia

Segunda Tesalonicenses 2:16-17 dice: “Y el mismo Jesucristo Señor nuestro, y Dios nuestro Padre, el cual nos amó y nos dio consolación eterna y buena esperanza por gracia, conforte vuestros corazones y os confirme en toda buena palabra y obra”. La consolación eterna y la buena esperanza que Dios nos dio no es algo que merecemos. Dios la da a quien Él quiere, según su propio deseo soberano.

Nuestra esperanza es definida por las Escrituras

Romanos 15:4 dice: “Las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que, por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza”. Cuando necesitemos consolación y estímulo, miremos a la Palabra de Dios porque esta nos dará esperanza en medio de todas las luchas de la vida.

Nuestra esperanza es razonable

Nuestra esperanza no es irracional. No está basada en como están alineadas las estrellas, ni en el consejo de la red de los clarividentes. Nuestra esperanza está definida en las Escrituras, y eso la hace razonable. El apóstol Pedro dijo: “santificad a Dios el Señor en vuestros corazones y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros” (1 P. 3:15). Si alguien le pregunta qué cree que va a ocurrir en el mundo, puede llevarlo a la Biblia y explicarle el plan de Dios para el futuro.

Nuestra esperanza está asegurada por la resurrección de Cristo

Pedro lo expresa claramente diciendo: “Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su gran misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos” (1 P. 1:3). Jesucristo resucitó de los muertos. Más de quinientas personas lo vieron en una ocasión (1 Co. 15:6). Sus discípulos tuvieron comunión con Él después de su resurrección (Lc. 24:36-49; Jn. 20:19; 21:23). Comieron con Él y lo tocaron. Vieron las marcas en sus manos como resultado de su crucifixión. Antes de su crucifixión Jesús dijo: “Todavía un poco, y el mundo no me verá más, pero vosotros me veréis; porque yo vivo, vosotros también viviréis” (Jn. 14:19). Esa es nuestra esperanza, Él pasó por la muerte, pero surgió de ella vivo, preparando el camino para nosotros.

Nuestra esperanza es confirmada por el Espíritu Santo

Romanos 15:13 dice: “Y el Dios de la esperanza os llene de todo gozo y paz en la fe, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo”. La Biblia explica nuestra esperanza, y cuando pasamos por alguna crisis, el Espíritu Santo nos llena de poder para soportarla. El conocimiento de las Escrituras trabaja en combinación con el poder dinámico del Espíritu para sostenernos en las horas más negras, capacitándonos para aferrarnos a su esperanza.

Nuestra esperanza es una defensa contra los ataques de Satanás.

Satanás quiere que dudemos y cuestionemos a Dios. Él ataca nuestra mente con dudas con respecto a la realidad de nuestra salvación. Pero nosotros estamos vestidos con la coraza de fe y amor, y con la esperanza de salvación como yelmo (1 Ts. 5:8). De modo que podemos permanecer seguros en el conocimiento de la Palabra de Dios y sus muchas promesas de nuestra eterna salvación (Jn. 6:37-39; 10:28-29; Ro. 5:10; 8:31-39; Fil. 1:6; 1 P. 1:3-5). El Espíritu Santo nos da el fundamento sobre el cual edificar nuestra esperanza.

Nuestra esperanza es fortalecida a través de las pruebas

Mientras más pruebas experimentamos, más oportunidades tenemos de ejercitar nuestra esperanza. Y mientras más la ejercitamos, más fuerte llegamos a ser, capacitándonos para soportar sufrimientos aún mayores. Es así como obra la gracia de Dios. Debemos anticipar las pruebas porque ellas perfeccionan muchas áreas de nuestra vida, incluyendo nuestra esperanza (Stg. 1:4, 12).

En la medida en que experimentamos más y más pruebas, más anhelaremos el cielo. Todo lo que deseamos está en el cielo. Al hacernos mayores, muchos de nuestros seres queridos se habrán ido al cielo. De modo que ese llega a ser el lugar más precioso. Cuando usted experimenta suficientes pruebas, dirá con el apóstol Pablo: "Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia... Porque de ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor" (Fil. 1:21,23).

Nuestra esperanza produce gozo

Aún en medio de la tristeza, nuestra esperanza produce gozo. El Salmo 146:5 une la esperanza con el gozo: "Bienaventurado aquel cuyo ayudador es el Dios de Jacob, cuya esperanza está en Jehová su Dios". Cuando tenemos esperanza en Dios, tenemos gozo.

Nuestra esperanza se cumplirá en el regreso de Cristo

Podríamos pensar que la esperanza se cumple justo después de morir. Pero la muerte simplemente lleva el espíritu de cada uno de nosotros al cielo, nuestro cuerpo aún tiene que ser levantado. Espera el día del rapto de la iglesia: "y que procuréis tener tranquilidad, y ocuparos en vuestros negocios, y trabajar con vuestras manos de la manera que os hemos mandado, a fin de que os conduzcáis honradamente para con los de afuera, y no tengáis necesidad de nada. Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él. Por lo cual os decimos esto en palabra del

Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras" (1 Ts. 4:11-17). Los que han muerto en Cristo, cuyo espíritu ya está con el Señor, serán unidos con su cuerpo glorificado. Es entonces, cuando nuestra esperanza se convertirá en realidad.

LA PRÁCTICA DE LA ESPERANZA

Aún queda una pregunta: ¿Cómo afecta nuestra esperanza a nuestra vida presente? Necesitamos considerar 1 Juan 2:28-3:3 para ver como el apóstol Juan trata el tema de la esperanza y su aplicación diaria a los creyentes.

Como observamos en la sección anterior, el espíritu de los creyentes que mueren va directamente a la presencia del Señor y viven en gozo y justicia perfecta. Pero los creyentes todavía no están completos porque no han experimentado la plena consumación de su esperanza en la resurrección del cuerpo glorificado. Juan explica nuestra situación presente cuando dice: "Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es" (3:2). Todavía no hemos sido glorificados, como lo seremos cuando Cristo regrese. En ese momento esos creyentes que han muerto y los que estén vivos serán hechos perfectos tanto en el hombre interior como en el exterior. Nuestra esperanza será finalmente realizada en plenitud.

Para enseñarnos como debemos prepararnos para ese día, Juan nos da cinco características de la esperanza del creyente. He aquí como los creyentes viviremos si tenemos esperanza.

La esperanza es garantizada mediante la permanencia

Juan escribe: "Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados" (1 Jn. 2:28). Cuando el Señor regrese, habrá dos reacciones: Los santos le darán la bienvenida, pero los inicuos se avergonzarán. Apocalipsis 6:15-16 expresa así la reacción de los inicuos: "Y los reyes de la tierra, y los grandes, los ricos, los capitanes, los poderosos, y todo siervo y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes; y decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero". Como creyentes no necesitamos escondernos cuando Él venga. Podemos tener confianza porque hemos permanecido en Él. La idea de permanecer es definida mejor por el cuadro que Jesús presenta cuando se asemejó a sí mismo con la vid y a los creyentes con los pámpanos: "Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permaneceréis en mí" (Jn. 15:4).

El vocablo "permaneced" básicamente significa "hacer morada". Proporciona evidencia de salvación genuina. Juan alude a eso cuando se refiere a supuestos creyentes que "Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros" (1 Jn. 2:19). Las personas con fe genuina permanecerán en la comunión de los creyentes. No cambiarán de bando. No negarán a Cristo ni abandonarán su verdad. Jesús reiteró la importancia de permanecer cuando dijo a los judíos que habían creído en Él: "Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en él: Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos" (Jn. 8:31).

Cuando el apóstol Juan llama a los creyentes a permanecer en Cristo, eso es en esencia un llamado a la perseverancia de los Santos. Nos exhorta a ser leales al evangelio, a vivir en constante dependen-

cia de Jesucristo, y a otorgarle una obediencia continua y afectuosa a su Palabra.

Eso de ningún modo cancela la parte de Dios en asegurar nuestra salvación. El Señor promete que nunca perderá a ninguno de los suyos y que nos llevará a la gloria. Pero esos sublimes privilegios no cancelan nuestras obligaciones de ser hijos obedientes. Ellos aumentan nuestra responsabilidad. Mientras mayores son los privilegios de la gracia, mayor también es nuestra responsabilidad de ser obediente. Pablo dice: "Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente" (Tit. 2:11-12).

Cuando permanecemos fieles a residir en Cristo al mantener nuestra obediencia, eso garantiza nuestra esperanza. Tenemos una responsabilidad delante de Dios de perseverar en fe y fidelidad, a expresar diariamente nuestra obediencia amorosa a la Palabra de Dios y a los propósitos de Dios mientras se manifiestan en nuestra vida. Pablo vivió con esa actitud y pudo decir al final de su vida: "He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida" (2 Ti. 4:7-8). Pablo no titubeó ante la sana doctrina ni de su confianza en Dios. Como resultado, tenía confianza con respecto a su encuentro con el Señor. Usted y yo estamos obligados a permanecer fieles al Señor, tal como lo hizo Pablo.

La esperanza se realiza en justicia

Garantizamos nuestra esperanza futura mediante la permanencia, y la permanencia es otra manera de describir el vivir en justicia. Juan dice: "Si sabéis que él es justo, sabed también que todo el que hace justicia es nacido de él" (1 Jn.2:29). Nuestra esperanza tiene que ser el resultado de un comportamiento justo. Los que esperan ser justos cuando el Señor venga tienen que manifestar justicia ahora.

Un cristiano revela su verdadero carácter mediante sus frutos. Una persona puede afirmar cualquier clase de lealtad a la fe cristiana

que le parezca, pero ¿cuál es el modelo de su vida? Tal como un hijo natural será como su padre, así los hijos de Dios serán hijos de Dios serán como su Padre celestial. Puesto que Dios es justo, sus hijos manifestaremos su naturaleza justa. Jesús dijo: "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto" (Mt. 5:48). Esa es la meta que perseguimos.

El verbo "hace justicia" en 1 Juan 2:29 está en el presente de indicativo, que significa una acción continua. De modo que un verdadero creyente que tiene una esperanza genuina y permanece en Cristo practicará la justicia en su vida y "se ha vestido del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad" (Ef. 4:24). Es importante que examinemos nuestras obras. Para afirmar nuestra esperanza, debemos preguntarnos: ¿Qué es lo que creo? ¿A qué es semejante mi vida? Si no tenemos una pasión y un deseo de justicia, entonces es de dudarse que seamos verdaderos cristianos.

La esperanza está establecida sobre el amor

Juan escribió: "Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios" (1 Jn. 3:1). Compartimos el asombro de Juan al contemplar el maravilloso amor de Dios, que otorga tan increíble honor a nosotros los pecadores y nos hace hijos en su familia. Juan 1:12 dice: "Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios". Ser hijos de Dios es una expresión desbordante de su gran amor.

La frase "cual amor" en 1 Juan 3:1 se refiere a algo foráneo. El amor que Dios nos ha mostrado es algo extraño a cualquier cosa que podamos concebir, extraño a cualquier cosa que podamos imaginar y extraño a cualquier cosa conocida por la raza humana. Más tarde en la epístola de Juan dice: "En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él" (4:9). Ese amor tan trascendental que motivó al perfecto Hijo de Dios a sacrificarse a sí mismo para redimirnos, es la base de nuestra esperanza. Y es "por esto que el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él" (3:1). El mundo no puede comprender el amor de Dios porque no puede comprender el evangelio.

La esperanza se cumple en la semejanza a Cristo

Juan continúa diciendo: "Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es" (v.2). Nuestra esperanza aún no está plenamente realizada. Tito 2:13 dice que estamos "aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo". Cuando Cristo regrese, nuestra esperanza se cumplirá.

Recuerde las palabras de Pablo: "Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos" (Ro. 8:29). El plan de Dios es redimir a sus elegidos y hacerlos semejantes a Cristo. Cuando Jesús regrese para arrebatar a la iglesia, veremos el cumplimiento de ese diseño y seremos hechos en la semejanza de Jesucristo.

Pablo nos recuerda cuál es nuestra meta en esta vida: "prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús" (Fil. 3:14). Tanto la meta como el premio es la semejanza a Cristo. La meta de nuestra salvación es la semejanza a Cristo, el cumplimiento de nuestra esperanza es la semejanza a Cristo, y la búsqueda de nuestra vida es ser más y más como Cristo.

La esperanza es garantizada por la pureza

Juan concluye esta sección diciendo: "Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro" (1 Jn. 3:3). Cuando vivimos con la meta de ver a Jesucristo cara a cara, eso tendrá un efecto purificador en nuestra vida. Cuando nos encontremos con Él, Él examinará nuestra obra y nos recompensará (1 Co. 3:10-15). Pero es posible que perdamos nuestro galardón, de modo que: "Mirad por vosotros mismos, para que no perdáis el fruto de vuestro trabajo, sino que recibáis galardón completo" (2 Jn. 8).

Sé que el Señor puede volver en cualquier momento, así que mi meta ha sido vivir de tal manera que cuando me enfrente a Él pueda

ofrecerle mi vida pura. Esa meta tuvo su origen cuando era un niño y leí el siguiente poema que mi abuelo guardaba en su Biblia.

*Quando esté de pie ante el Tribunal de Cristo
Y Él me muestre su plan para mí,
El plan de mi vida como debió haber sido,
y vea cómo lo obstaculicé aquí y cómo lo detuve allá
y no me sometía a su voluntad.
¿Habrá tristeza en los ojos de mi Salvador,
Tristeza a pesar de su gran amor?
Él quería que fuese rico pero estaré allí pobre
Desprovisto de todo excepto de su gracia,
Mientras la memoria corre como cosa atormentada
Cuesta abajo por un camino por el que no he de volver.
Entonces mi desolado corazón estará a punto de quebrantarse;
Con lágrimas que no puedo derramar,
Cubriré mi rostro con las manos vacías
Inclinaré mi cabeza sin la corona
Oh Señor, de los años que aún me quedan
Los entrego en tus manos.
Tómame, quebrántame, moldéame
Conforme al patrón que has diseñado.*

Las emociones que siento ahora son semejantes a las que el poeta debió sentir cuando escribió esas palabras. No quiero tener ninguna razón para sentir vergüenza en la venida de Cristo. Quiero estar haciendo lo que honra y agrada a Él. Quiero estar viviendo una vida pura. Si nuestro centro de atención está en Jesucristo, viviremos una vida pura y podremos decir con el apóstol Juan: "Si, ven, Señor Jesús" (Ap. 22:20).

La iglesia en Tesalónica era una gran iglesia. Cuando Pablo escribió a sus miembros, nunca los reprendió. Solo los instruyó y los alabó. Una de sus alabanzas fue esta: "Damos siempre gracias a Dios por todos vosotros, haciendo memoria de vosotros en nuestras oraciones, acordándonos sin cesar delante del Dios y Padre nuestro de la obra de vuestra fe, del trabajo de vuestro amor y de vuestra constan-

cia en la esperanza en nuestro Señor Jesucristo... y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera" (1 Ts. 1:2-3,10). ¿Estamos en ese compás de espera? ¿Estamos viviendo como si Jesús fuera a venir en el próximo momento? ¿Estamos viviendo de tal manera que si Él viniera estaríamos satisfechos de que examinara nuestra vida? **Necesitamos** vivir cada momento como si Él fuera a venir en un instante, porque Él podría venir en cualquier momento.

Esa es, pues, nuestra esperanza. No debería asustarnos. En cambio, debería llenar nuestro corazón de gozo.

Si estamos edificando nuestra vida sobre los pilares del carácter cristiano que hemos estudiado a través de este libro, no seremos avergonzados cuando Cristo venga, sino que estaremos confiados.

GUÍA DE ESTUDIO

CAPÍTULO 1:

EL PUNTO DE PARTIDA: UNA FE GENUINA

Resumen del capítulo

Para el creyente, la fe comienza con la salvación le da forma a todo lo demás en su vida de ahí en adelante.

Para comenzar (Escoja una)

1. Recuerde un tiempo cuando su fe en una persona o en un producto fue verdaderamente probada. ¿Qué fue lo que más desafió su confianza básica durante esa situación? ¿Necesitó su confianza ser restaurada? Si fue así: ¿Cómo ocurrió?
2. ¿Cree que la mayoría de los que profesan ser cristianos hoy día verdaderamente entienden la definición bíblica de la fe? ¿Por qué o por qué no?

Conteste estas preguntas

1. Según *La confesión de fe bautista*: ¿Cuáles son los elementos principales que constituyen la fe bíblica?
2. ¿Cuándo ministró Habacuc a Judá? ¿Cuál fue la situación básica que confrontó?
3. ¿Qué fue lo que probablemente pidió Habacuc que Dios hiciera?
4. ¿Quiénes eran los caldeos? ¿Por qué estaba Habacuc tan molesto de que Dios los usara para castigar a Judá?
5. ¿Qué gran verdad con respecto a Dios fue llevada a la atención

- de Habacuc? ¿Cómo lo ayudó eso a resolver su dilema teológico?
6. ¿Qué resultado tuvo el descubrimiento de Martín Lutero de Habacuc 2:4?
 7. ¿Qué versículos del Nuevo Testamento reiteran la verdad clave de Habacuc 2:4?
 8. ¿Cómo el uso de Habacuc de la terminología agrícola aclara su punto con respecto a la persona y el plan de Dios?
 9. ¿Quién finalmente suple los medios para nuestra vida de fe? Aporte por lo menos dos versículos para apoyar tu respuesta.

Céntrese en la oración

- Ore para que Dios mejore su confianza y su entendimiento de quién Él es y qué quiere que usted haga cuando se enfrente a las situaciones desconcertantes de la vida.
- Dé gracias a Dios por los medios que ha provisto, principalmente mediante su Palabra, para que usted ejercite una fe genuina.

Aplicación de la verdad

Lea cuidadosamente Romanos 5:1-10 cada día durante las próximas semanas. Medite en un versículo diferente cada día, y escriba cómo las palabras importantes y los principios clave se relacionan con el vivir por la fe cada día.

CAPÍTULO 2

LA OBEDIENCIA: EL COMPROMISO DEL CREYENTE

Resumen del capítulo

Para los cristianos, la fe y la obediencia están inseparablemente unidas en la relación de nuestro pacto con Dios el Padre, hecha posible por la sangre derramada por Cristo, el Hijo.

Para comenzar (Escoja una)

1. ¿Qué historias básicas e imágenes vienen a su mente cuando piensa en el Antiguo Testamento? Excluyendo los Salmos y Proverbios, ¿cuán relevante ha sido a su vida cristiana? ¿Con cuánta frecuencia lee y estudia el Antiguo Testamento?

2. ¿Alguna vez ha tenido una disputa por un contrato hecho con alguien? De ser así, ¿cuán importante para usted ha sido el apego de la otra persona a los términos del contrato? ¿Cree que la mayoría de las personas hoy día todavía toman con seriedad las condiciones de un negocio y los acuerdos legales como se hacía en generaciones previas? Explíquelo.

Conteste estas preguntas

1. ¿Qué tiene de básico la Gran Comisión (Mt. 28:19-20)?
2. ¿Qué verdad expresa el apóstol Juan por lo menos tres veces? Cite una de las referencias.
3. ¿Cómo fue el mensaje del evangelio siempre predicado en el Nuevo Testamento? Mencione tres ejemplos.
4. ¿Cuál es el significado bíblico correcto del vocablo presciencia? ¿Qué significado incorrecto con frecuencia recibe?
5. ¿Cuándo comienza nuestra santificación y qué incluye (vea Jn. 3:5; 1 P. 1:2)?
6. Resuma la fase futura de la salvación como lo expresa Efesios 2:10
7. ¿En qué actividad importante estaba ocupado Moisés justo antes de los sucesos de Éxodo 24:3-8?
8. ¿Qué promesa básica hizo Dios en la ley de Moisés? Como resultado, ¿a qué se comprometió su pueblo?
9. ¿Qué característica física del altar de Moisés representaba la participación del pueblo en el pacto?
10. ¿Cuál era la importancia de los sacrificios de animales y de la sangre de dichos animales?
11. ¿Cómo puede la salvación resumirse como un pacto de obediencia? (vea Jer. 31:33; Ez. 36:26-27).
12. ¿Qué ilustración proporciona Romanos 6:16-18 como la actitud predominante y el deseo de todo cristiano genuino?
13. ¿Qué le ocurre a cualquiera que no aplica las Escrituras a su vida sistemáticamente (Stg. 1:22-25)?

Céntrese en la oración

- Invierta algún tiempo adicional en oración esta semana dando

gracias y alabando a Dios porque en su gracia lo conoció a usted de antemano y lo hizo parte de su familia.

- Ore por alguna área en su vida cristiana en la que necesita mayor obediencia. Pida al Señor que le dé tanta determinación para obedecer como los israelitas tuvieron después de oír a Moisés.

Aplicación de la verdad

Memorice Mateo 28:19-20 o Santiago 1:25. Después de memorizar el pasaje, escriba su propia paráfrasis y compártala con un amigo.

CAPÍTULO 3

BIENAVENTURADOS LOS HUMILDES

Resumen del capítulo

La verdadera humildad, como fue enseñada y ejemplificada por Jesús y por Pablo, resultará en una bendición genuina.

Para comenzar (Escoja una)

1. Los escribas y fariseos de los días de Jesús no se distinguían por su humildad ¿Qué grupo o categoría de personas en la sociedad de hoy más le recuerda de ellos? ¿Por qué?
2. ¿Cuándo es más difícil para usted mostrar humildad? Relate una historia de su propia experiencia para ilustrar su respuesta.

Conteste estas preguntas

1. ¿A qué se refiere el vocablo griego traducido "pobre" en Mateo 5:3?
2. ¿En qué clase de cosas confían las personas para tener entrada en el reino de Dios? Mencione por lo menos cinco.
3. ¿Qué da lugar generalmente a la incorrecta clase de tristeza?
4. ¿Cuántos vocablos griegos diferentes se usan en el Nuevo Testamento para traducir *tristeza*? ¿Qué es diferente en el que se usa en Mateo 5:4?
5. ¿Qué implica hoy día por lo general el vocablo *manso*? ¿De qué manera es esa una mala interpretación de su uso bíblico?
6. ¿Cómo demostró Jesús la verdadera mansedumbre? Dé algunos ejemplos de su ministerio.

7. ¿Cuál es el resultado prometido de la mansedumbre? ¿Cuáles son las ramificaciones de ese resultado?
8. ¿Cuánta importancia le concede el comentarista Martín Lloyd-Jones a Mateo 5:6 (vea la cita de su libro)?
9. ¿Cuál debe ser la naturaleza del hombre y la sed de justicia del creyente? ¿Por qué (vea Fil. 1:9-10)?
10. Según Mateo 5:6, ¿cuán amplio debe ser nuestro deseo de la justicia? ¿Qué hace especial en el griego esa justicia?
11. ¿Cuál era la cuestión concreta cuando Pablo comparte su experiencia con respecto a ser transportado al cielo (2 Co. 12:1-4)?
12. ¿Qué era el agujón en la carne de Pablo?
13. ¿Cuáles son dos características básicas de una persona mansa (vea Fil.2:3-4)?

Céntrese en la oración

- Pida la ayuda del Señor mientras trabaja en un área de su vida en la que necesita mostrar más mansedumbre.
- Ore para que hoy Dios le dé una mayor hambre y sed por su Palabra y por la justicia.

Aplicación de la verdad

Lea los capítulos 4 al 7 u 8 en el primer tomo de *Estudios en el Sermón del Monte*, por Martín Lloyd-Jones (Grand Rapids, Mich.; Eerdmans, 1971). Tome notas del capítulo que ha leído, y busque todas las referencias bíblicas. Escoja una o dos nuevas verdades para meditarlas y aplicarlas. (Cada capítulo consta de unas diez páginas.)

CAPÍTULO 4

LA NATURALEZA DESINTERESADA DEL AMOR

Resumen del capítulo

La única manera en que una cultura egoísta y orientada al sexo verá un amor bíblico genuino es si los creyentes obedecemos la enseñanza de Cristo y emulamos su ejemplo de amor demostrado mediante su sacrificio tal como aparece en Juan 13.

Para comenzar (Escoja una)

1. ¿Puede pensar en la primera vez que usted se “enamorado”? ¿Estaba verdaderamente enamorado o era un capricho? ¿Cómo se diferencia un capricho del amor verdadero?
2. ¿Dónde es que la guerra cultural lo desafia más directamente? ¿Qué medios prácticos ha encontrado para combatir las influencias de la cultura mundana? Trate uno de ellos con su grupo.

Conteste estas preguntas

1. ¿Qué palabra castellana viene del vocablo griego traducido “imitadores” (Ef. 5:1)?
2. ¿Cuál debía ser una inclinación instintiva si somos verdaderos hijos de Dios?
3. Dé una breve definición del amor *ágape*.
4. ¿Qué caracteriza el amor humano condicional? ¿Cómo se diferencia del amor de Dios?
5. ¿Cómo es que Satanás falsifica el amor bíblico?
6. ¿De qué rasgo pecaminoso son expresiones la inmoralidad y la impureza? ¿Cuáles son características adicionales de este?
7. ¿Cuál es la verdadera razón de que las personas quieran tener la disponibilidad del aborto?
8. ¿Cuáles son los seis puntos del bosquejo de Satanás para librar una guerra cultural contra el reino de Dios?
9. ¿Cuál es la principal herramienta del Satanás para facilitar que las personas en la sociedad sean malas?
10. ¿Cuál es una de las principales distracciones que ha desviado la atención de la sociedad occidental de los efectos pecaminosos de la revolución sexual?
11. ¿Qué factores negativos hicieron que los discípulos fueran poco amables según los criterios humanos en el comienzo de los acontecimientos de Juan 13?
12. ¿Por qué era el lavamiento de los pies una necesidad en el Antiguo Medio Oriente, y quién realizaba esa tarea generalmente?
13. ¿Qué significa la declaración de Jesús en Juan 13:8?
14. ¿De qué manera Juan 13:10 arroja más luz sobre la importancia

del acto de Jesús de lavar los pies de los discípulos? ¿Cómo se aplica ese versículo a nosotros?

15. En una oración gramatical: ¿Cómo podemos aplicar la enseñanza de Jesús en Juan 13:34-35?

Céntrese en la oración

- Dé gracias a Dios esta semana por su acto supremo de amor abnegado al mandar a Cristo a morir por usted.
- Ore para que las personas sean salvas de nuestra cultura pecaminosa a causa de la amante influencia de los creyentes.

Aplicación de la verdad

Ore por la salvación de un amigo inconverso, un vecino, un compañero de trabajo o un familiar. Si no tiene una relación estrecha con un inconverso, busque una manera de ayudar a otro cristiano que podría necesitar ánimo ahora mismo.

CAPÍTULO 5

LA UNIDAD: PERSEVERANCIA EN LA VERDAD

Resumen del capítulo

Porque siempre ha sido la voluntad de Dios que el Cuerpo de Cristo esté unido por la cohabitación del Espíritu, basado en las doctrinas esenciales de las Escrituras, es imperativo que los cristianos mantengamos la unidad frente al mundo inconverso.

Para comenzar (Escoja una)

1. ¿Cómo la falta de unidad afecta la moral en el lugar de trabajo de un equipo de deporte? ¿Alguna vez ha presenciado tal efecto negativo de primera mano? De ser así, ¿qué aprendió usted de esa experiencia?
2. ¿Qué doctrinas básicas debemos los cristianos aceptar como esenciales? ¿Qué punto de vista o prácticas permiten diferencias o preferencias personales? Apoye sus respuestas.

Conteste estas preguntas

1. ¿Qué tan seriamente debemos los creyentes tratar el tema de la

- unidad (Ef. 4:3)? ¿Qué indica el vocablo griego en ese pasaje?
2. ¿De qué clase de unidad habla Pablo, y cómo es mantenida (1 Co. 12:13, 20; Col. 3:14)?
 3. ¿Quién habita en cada creyente? ¿Qué se garantiza como resultado (Ap. 19:9)?
 4. ¿Cuál es "la fe" a la que se refiere Judas 3?
 5. ¿Cuál es la manera común en el Nuevo Testamento de confesar públicamente la fe personal en Cristo?
 6. ¿Qué enseña Deuteronomio 6:4 con respecto a la naturaleza de Dios? ¿Qué pasaje del Nuevo Testamento apoya esa verdad?
 7. ¿Qué dos tendencias generales dentro de la iglesia contemporánea amenazan con socavar la pureza de su unidad?
 8. ¿Cuál es el contexto amplio de la declaración de Jesús en Juan 17:21? ¿Cuál era la verdadera proyección de su oración?
 9. Si la unidad no es algo que los cristianos necesitamos producir, entonces, ¿cómo debemos comprender nuestra función al respecto? (vea 1 Co. 1:10, 2 P. 1:1).
 10. ¿Cómo nos ayuda Mateo 5:48 a entender que la unidad perfecta de la iglesia local es realizable?
 11. ¿Cómo la traducción de 1 Corintios 1:10 en la Reina-Valera 1960 nos ayuda a comprender mejor el significado armonía espiritual y unidad doctrinal?
 12. Ofrezca varias definiciones, tanto específicas como generales, del vocablo *divisiones* en el Nuevo Testamento (vea Jn. 7:43; 1 Co. 1:10).
 13. ¿Cuál es una de las maneras más importantes en que la iglesia local puede prevenir grandes divisiones?
 14. ¿Significa la unidad de la iglesia local que tiene que haber unanimidad absolutamente en cada pequeña cuestión? De no ser así, explique su respuesta más ampliamente.
 15. ¿Qué dice la frase de Pablo "un mismo sentir" en Romanos 15:5 respecto de la naturaleza de nuestra fe? ¿Qué relación tiene eso con la unidad cristiana?

Céntrese en la oración

- Ore por que los diáconos y los ancianos en su iglesia perma-

nezcan fielmente en la Palabra y tomen sabias decisiones como responsables para fortalecer la unidad de la iglesia.

- Pídale a Dios que le dé la misma preocupación diligente por la unidad que tuvieron Jesús y Pablo. Ore para que en cada situación usted contribuya a la unidad bíblica auténtica entre los creyentes.

Aplicación de la verdad

Lea y estudie el libro de Nehemías durante el próximo mes. Note especialmente las diferentes maneras y ocasiones en que Nehemías promovió la unidad y la solidaridad entre el pueblo. Escriba una lista de ellas, y escoja una sobre la que pueda meditar. Entonces reflexione en su aplicación a su propio ministerio.

CAPÍTULO 6

EL CRECIMIENTO: NO HAY VIDA VERDADERA SIN EL

Resumen del capítulo

Todos los cristianos genuinos creceremos espiritualmente, aunque en diferentes niveles de madurez. Sabremos que la Palabra de Dios es la base del verdadero crecimiento y, por lo tanto, desearémos conocerla más y mejor.

Para comenzar (Escoja una)

1. ¿Cuál es su hobby o pasatiempo favorito? ¿Cuánto tiempo dedica a mejorar su eficacia o destreza en dicha actividad? ¿Es eso apropiado o equilibrado? ¿Por qué o por qué no? ¿Qué piensa su cónyuge? ¿Qué piensan sus amigos?
2. Algunas personas toman medidas extraordinarias para tratar a una mascota enferma o en rejuvenecer una planta o árbol moribundo. ¿Has conocido a alguien así? De ser así, relate brevemente su historia al grupo. ¿Qué es lo máximo que estaría usted dispuesto a hacer y gastar en tal caso?

Conteste estas preguntas:

1. ¿Qué dice la Biblia con respecto a la necesidad de crecimiento espiritual? Cite dos o tres referencias.

2. Verdadero o falso: La Biblia sugiere que no hay término medio tocante al crecimiento espiritual. Está presente o ausente de la vida del creyente.
3. ¿Cuál es el precio que inevitablemente pagamos por el retroceso espiritual?
4. ¿Qué expresión de intimidad en 1 Juan 2 puede aplicarse a todos los verdaderos creyentes?
5. ¿Qué señal de madurez está ausente en todos los niños espirituales? Por lo tanto, ¿a qué son vulnerables?
6. ¿En qué clase de guerra espiritual está Satanás primordialmente implicado (vea 2 Co. 10:3-5)?
7. ¿Qué debe ser cierto en su vida una vez que abraza el nivel de madurez de un joven espiritual?
8. ¿Cuál es la diferencia primordial en madurez entre el joven espiritual y el padre espiritual?
9. En nuestras iglesias de hoy día: ¿Qué actitud está desafiando el entendimiento sensato y correcto de las Escrituras?
10. ¿Cuál es el más breve, pero más completo pasaje respecto de la importancia y del poder espiritual y transformador de las Escrituras?
11. ¿Cómo obran las palabras de las Escrituras para guiar a alguien a la salvación (Jn. 5:24, 39; Ro. 10:17)?
12. Explique con más detalles el significado de la frase "útil para enseñar" (2 Ti. 3:16). ¿Cuáles son sus resultados en la vida del creyente?
13. ¿Qué dos áreas la Biblia confronta mientras redarguye? ¿Por qué es el redargüir tan útil (vea Pr. 6:23)?
14. ¿Cuáles son los resultados prácticos del "instruir en justicia" proporcionado por las Escrituras?
15. ¿Cómo nos ayuda el significado de la expresión griega traducida "desead" (1 P. 2:2) para tener una mejor comprensión de cómo debemos desear la Palabra de Dios?

Céntrese en la oración

- Si sabe de alguien que esté luchando con un aspecto de creci-

miento espiritual, ore por esa persona, y pídale al Señor que lo use para ayudar a tu amigo.

- Pídale a Dios que aumente su deseo de conocer su palabra y crecer. Ore por dos o tres áreas específicas en las que necesita mejorar.

Aplicación de la verdad

Una manera de seguir la pista de su crecimiento espiritual personal es mediante un diario espiritual. Si no tiene ese hábito, comience esta semana. Comience registrando ideas de sus momentos devocionales y haciendo una lista de temas de oración y de oraciones contestadas. (Para ayuda adicional en mantener un diario, vea Donald S. Whitney, *Spiritual Disciplines for the Christian Life* [Disciplinas espirituales para la vida cristiana] [Colorado Springs, Col.; NavPress, 1991], 195-211.)

CAPÍTULO 7

PERDONE Y SEA BENDECIDO

Resumen del capítulo

Jamás hemos de manifestar un carácter más piadoso que cuando obedecemos el mandamiento de Dios de perdonar las ofensas de otros creyentes, así como Dios ha perdonado nuestras ofensas contra Él.

Para comenzar (Escoja una)

1. ¿Qué clase de comportamiento común de otras personas le irrita más o le impacienta? ¿Por qué? ¿Cuál es su reacción normal? ¿Cómo debe eso cambiar o mejorar?
2. Aparte de su conversión: ¿Qué momento de su vida recuerda mejor cuando alguien le ofrece perdón, misericordia y gracia? Describa lo que sucede, y por qué seleccionó ese ejemplo.

Conteste estas preguntas

1. ¿Cómo se identifica Pablo a sí mismo en Romanos 7:24 y 1 Timoteo 1:15?
2. ¿Qué dicen los Salmos y los profetas mayores con respecto al perdón de Dios? Cite por lo menos cuatro referencias.
3. ¿De qué manera es el hijo pródigo un ejemplo de muchos jóve-

nes hoy? ¿Qué esperaba él de su padre?

4. ¿De qué manera es el encuentro del padre y el hijo en la parábola del hijo pródigo análogo con el encuentro de Dios con el pecador arrepentido?
5. ¿Qué representa la enorme deuda en Mateo 18:24?
6. ¿De qué manera los inconversos hacen uso indebido y desperdician su mayordomía de la vida?
7. ¿Por qué sí (o por qué no) y cómo deben (o no deben) todos los pecadores responder como lo hizo el primer siervo en Mateo 18:23-25?
8. ¿Cómo podría el Señor disciplinarnos si rehusamos perdonar? ¿Cómo está eso relacionado con la lección de Mateo 18?
9. ¿Qué mezcla de actitudes equilibrada implica el verdadero perdón con respecto a los pecados de otros?
10. ¿Qué clase de bendiciones de Dios pierde un cristiano que rehúsa perdonar?

Céntrese en la oración

- Separe algún tiempo para examinar su corazón y ver si posee la actitud correcta de perdón hacia otros creyentes. Si el Señor revela alguna deficiencia, pídale perdón y ore para que pueda corregirla.
- De gracias a Dios de que su generoso y misericordioso perdón de los pecados de todos los creyentes lo incluye también a usted.

Aplicación de la verdad

Dependiendo de qué es más aplicable y provechoso para su situación presente, memorice los pasajes del Salmo 32:1-2 o Efesios 4:32.

CAPÍTULO 8

RAZÓN SUFICIENTE PARA REGOCIJARSE

Resumen del capítulo

Los creyentes estamos bajo la obligación de tener el verdadero gozo de Dios en todo tiempo y en cada situación.

Para comenzar (Escoja una)

1. Comparta su "alimento de consuelo" favorito ¿Por qué escogió ese? ¿Es ese el que usó cuando celebró un acontecimiento especial?
2. ¿Cuál es la ocasión más feliz que recuerda antes de ser cristiano? ¿Y desde que usted vino al Señor? ¿Cuál es la mayor diferencia en su apreciación de los dos acontecimientos? Explíquelo.

Conteste estas preguntas

1. ¿Qué está implícito en la definición del vocablo *gozo* que aparece en el diccionario?
2. ¿Qué es siempre verdad respecto del gozo según las muchas palabras griegas usadas en el Nuevo Testamento?
3. ¿Qué dice respecto del gozo en Filipenses 4:4 y 1 Tesalonicenses 5:16?
4. A la luz de los diferentes pasajes bíblicos acerca del gozo: ¿Qué debería ser verdad del cristiano respecto de las dificultades de la vida?
5. ¿Por qué los tiempos de prueba deberían hacernos más felices que los tiempos fáciles? Apoye su respuesta con la Biblia.
6. ¿Existe lugar para las emociones externas de dolor y tristeza? ¿Cómo deben relacionarse con el gozo interior?
7. ¿Por qué es el gozo del mundo tan inadecuado (Pr. 14:12-13; Ec. 2:10-11)?
8. ¿Cuál es la única circunstancia en la vida que debe disminuir nuestro verdadero gozo?
9. ¿Cuál característica de Dios nos da razón para el gozo en primer lugar?
10. Mencione dos referencias del Nuevo Testamento que den razones para nuestro regocijo en la obra redentora de Cristo.
11. Expresé tres razones, con apoyo bíblico de ¿por qué podemos tener una confianza gozosa en la obra del Espíritu Santo?
12. ¿Qué clase de cosas demuestran las continuas bendiciones de Dios a los creyentes?
13. Dé una breve definición de la providencia divina.
14. ¿Cuál característica general de la Palabra de Dios debe librarnos

de que jamás abandonemos el gozo que Dios nos da?

15. ¿De qué manera las falsas expectativas y el orgullo nos roban el gozo verdadero?
16. ¿Cuál es la principal razón de que los creyentes no tengamos gozo verdadero?
17. ¿Cuál era la importancia del saludo regular entre los cristianos en la iglesia primitiva? ¿Cómo podría tal saludo servir de ayuda a los cristianos de hoy día?

Céntrese en la oración

- Invierta tiempo adicional en oración esta semana simplemente regocijándose y dando gracias a Dios por todas las verdades tocante al gozo que ha aprendido en este capítulo.
- Repase la lista de razones para la falta de gozo. Escoja una o dos que se aplique a su vida, y pida a Dios que lo ayude a vencer esos pecados.

Aplicación de la verdad

Lea el libro de John MacArthur, *La gloria del cielo* (Grand Rapids, Mich.: Editorial Portavoz, 1997). Al leerlo, subraye los pensamientos clave y anote al margen o tome notas aparte. Busque especialmente ideas respecto de cómo puede transferir su atención de los cuidados temporales de esta vida a la perspectiva de gozo de la eternidad con Dios. Cuando haya acabado de leer, escriba qué fue lo que más lo ayudó y cómo eso cambiará sus actitudes y sus acciones.

CAPÍTULO 9 SIEMPRE HAY LUGAR PARA LA GRATITUD

Resumen del capítulo

Porque la gratitud es un mandamiento y Dios se disgusta cuando está ausente, los cristianos deben obedecer su Palabra y dar gracias por todas las cosas en cualquier circunstancia.

Para comenzar (Escoja una)

1. Mencione algo fácil para usted por lo cual dar gracias (excluyendo

las cosas obvias como la salvación, el cónyuge o los hijos). ¿Por qué escogió esta? En contraste: ¿Qué cosa encuentra difícil por la cual dar gracias? Explíquelo y elabórelo.

2. ¿Cree que es fácil para las personas de hoy estar satisfechas como lo fue hace cuarenta o cincuenta años? ¿Por qué o por qué no? Si piensa que no están tan satisfechas: ¿Qué escucha en su puesto de trabajo o en el mercado como queja frecuente?

Conteste estas preguntas

1. ¿Por qué es tan sorprendente que el único de los leprosos sanados (Lc. 17:11-19) que dio gracias era un samaritano?
2. ¿Qué lugar ocupa la ingratitud en la lista de Dios de pecados condenables en Romanos 1:18-32?
3. ¿Cuáles son tres maneras comunes en que el inconverso responde a las circunstancias de la vida?
4. Cuando celebramos la Santa Cena: ¿Qué elementos de las ofrendas del Antiguo Testamento aparecen combinados?
5. ¿De qué manera la aceptación de la soberanía de Dios nos ayuda a expresar gratitud en cualquier situación?
6. ¿Cuál es el objetivo final de toda nuestra gratitud? Cite varios pasajes bíblicos que apoyen su respuesta.
7. En el contexto de 2 Corintios 9:8-15: ¿Cómo se multiplica la gratitud de los creyentes?
8. ¿Cuáles son los siete obstáculos que se mencionan en este capítulo? ¿Cuáles específicamente son los mismos que obstaculizan el gozo?
9. ¿Qué es idealmente descrito por Pablo en Filipenses 4:11-12?
10. Cuando Pablo escribió su carta a los filipenses: ¿De qué manera algunas circunstancias lo desafiaban?
11. Tomando en cuenta el uso del griego, define las expresiones “contentarme” y “he aprendido” (Fil. 4:11-12).
12. ¿Qué verdades del Antiguo Testamento con respecto a Dios apoyan la actitud de Pablo de contentarse?
13. ¿Qué directrices adicionales expresó Pablo en sus propios escritos que moldearon su contentamiento?

Céntrese en la oración

• Invierta una porción de su tiempo de oración dando gracias al Señor por algo muy especial que Él haya hecho en su vida recientemente.

• Repase la lista de obstáculos a la gratitud. Escoja uno que ha sido un desafío difícil para usted y pida a Dios que lo ayude a vencerlo. (Puede escoger un obstáculo relacionado que no está en la lista.)

Aplicación de la verdad

Compagine una lista de razones por las que tener una actitud de gratitud. Dicha lista debe ser concerniente a usted específicamente y a todos los cristianos generalmente. Apoye su lista con tantas referencias bíblicas como pueda. Esa lista podría ser una sección constante de su diario espiritual (o, si ya comenzó un diario, una lista aparte a la que se refiera periódicamente) que constantemente ayude a motivarlo a ser agradecido.

CAPÍTULO 10

LA VALENTÍA DE SER FUERTE

Resumen del capítulo

La fortaleza espiritual es el valor de vivir de un modo inflexible las convicciones cristianas que uno tiene que se derivan de la Palabra de Dios y tienen su mejor ejemplo en las ilustraciones del maestro espiritual, el soldado, el atleta y el labrador.

Para comenzar (Escoja una)

1. Si solo usted tuviera que escoger: ¿Preferiría vivir como un labrador o en la ciudad? ¿Qué ventajas y desventajas hay en cada situación? Si ha vivido en una granja o ha visitado una por un tiempo largo, cuénteles a su grupo lo que más apreció con respecto a la labranza o al cultivo.
2. Una pregunta interesante que ha circulado en años recientes es: “¿Es usted una persona de la mañana a la noche?” “¿Cómo respondería a esa pregunta?” ¿Cree usted que el día está estructurado para aprovechar al máximo su mejor uso del tiempo? ¿De

qué manera, de ser así, esa cuestión se relaciona con la fortaleza espiritual? Explíquelo.

Conteste estas preguntas

1. ¿Cuál es la traducción más literal de “portaos varonilmente”? En I Corintios 16:13, y ¿cómo eso aclara el significado de la expresión?
2. Cite cuatro pasajes del Antiguo Testamento que ilustran el concepto de fortaleza y valor.
3. ¿Qué debe ser cierto en nuestra vida si hemos de cumplir el mandato de ser espiritualmente fuertes? (Vea Ef. 3:14-16.)
4. ¿Por qué Pablo valoraba tanto la ayuda de Timoteo en la iglesia de Éfeso? ¿Qué estaba sucediendo allí?
5. ¿Qué condujo a que Timoteo fuera afectado por los problemas en Éfeso? ¿Qué impacto temporal tuvo eso en su efectividad en el ministerio?
6. ¿Qué doble beneficio resulta para los que enseñan a otros?
7. Diga las cuatro razones en las que la preparación ayuda a la personalidad del maestro.
8. ¿Qué ha utilizado el sistema mundial que justifica que los creyentes estemos en una guerra espiritual?
9. ¿Cómo es que ser un soldado de Cristo se asemeja a ser un soldado en el ámbito secular?
10. ¿Qué metas específicas deben motivarnos a competir duramente por la victoria como atletas por Cristo?
11. Dé varios ejemplos de los deportes seculares de por qué necesitamos competir según las reglas: ¿Qué dice Pablo?
12. ¿Cuál es la cosa más fascinante y quizá la más importante que no se menciona en la parábola del sembrador (Mt. 13:3-23)?
13. ¿Cuál es la moraleja de la parábola del sembrador, y cómo se relaciona esta con el ser un labrador espiritual?
14. ¿Cuál de las cuatro descripciones del cristiano robusto encaja mejor en la mayoría de los cristianos de aquel tiempo?

Céntrese en la oración

- Ore por su iglesia local, y por la iglesia en el mundo, para que

los miembros y los dirigentes mantengan convicciones doctrinales firmes y vivan mediante principios bíblicos en todas las cosas.

- Examine una vez más los cuatro cuadros del cristiano robusto e identifique dos o tres características de ellos en las que usted se considera débil. Pida a Dios que lo ayude a fortalecer su vida en esas áreas de manera concreta.

Aplicación de la verdad

Memorice 1 Reyes 2:2-3 o 1 Corintios 15:58. Una tarea más desafiante sería memorizar Josué 1:5-9 durante las próximas semanas. Cualquier pasaje que escoja, repáselo con otro creyente para que practique la actitud de rendir cuentas.

CAPÍTULO 11

LA AUTODISCIPLINA: LA CLAVE DE LA VICTORIA

Resumen del capítulo

La autodisciplina es una clave esencial para el crecimiento espiritual. Por lo tanto, los cristianos debemos procurarla diligentemente.

Para comenzar (Escoja una)

1. Piense en un tiempo cuando usted participó en los deportes: ¿Qué sacrificios se exigieron de usted? ¿Qué lo motivó a hacerlos? ¿De qué manera el nivel de su autodisciplina afectó su rendimiento?
2. Mencione a una persona cuyo compromiso con Dios ha sido un ejemplo para usted. (Esto podría ser una persona a quien conozca personalmente o una persona de la historia de la iglesia.) Brevemente, explique por qué escogió a esa persona.

Corteste estas preguntas

1. ¿Por qué usa la Biblia metáforas para describir la vida cristiana?
2. De una definición práctica y otra bíblica de la autodisciplina
3. Explique por qué la autodisciplina es necesaria para dominar cualquier esfuerzo en la vida.
4. ¿Por qué es la autodisciplina importante en las cuestiones que al

parecer son insignificantes? ¿Por qué no hay cuestiones pequeñas implicadas en la integridad de una persona?

5. Explique la relación entre la corrección y la autodisciplina.
6. Escriba una lista de las directrices bíblicas que lo ayudarán a ser sabio en espíritu.
7. ¿Qué dos elementos son comunes a todos los principios bíblicos para la autodisciplina?
8. ¿Por qué es Dios el dueño legal de todos los hombres? ¿De los creyentes en particular?
9. ¿Cuál es la parte del hombre en el pacto de la salvación?
10. Explique por qué el pecado implica más que solo quebrantar la ley de Dios.
11. Trace el origen y el desarrollo de nuestros actos pecaminosos.
12. ¿Cómo podemos ganar la batalla contra las tentaciones que asaltan nuestra imaginación?

Céntrese en la oración

- Medite en el precio que Dios pagó para redimirnos. Déle gracias por su salvación, y decida auto disciplinarse para la piedad (1 Ti. 4:7), para poder servirlo más eficazmente.
- Pida a Dios que lo ayude a ganar la batalla contra la tentación en sus pensamientos. Pídale que le dé la victoria sobre los pecados secretos mientras estudia fielmente y medita en su Palabra.

Aplicación de la verdad

Repase la lista de los pasos prácticos para el desarrollo de la autodisciplina que aparecen en el capítulo e identifique sus puntos fuertes y los débiles. Haga un compromiso de comenzar a trabajar en sus debilidades, y pídale a alguien que lo ayude a rendir cuentas.

CAPÍTULO 12

ADORAR A DIOS EN ESPÍRITU Y EN VERDAD

Resumen del capítulo

Adorar a Dios en espíritu y en verdad es la responsabilidad, un privilegio y el supremo llamamiento del creyente.

Para comenzar (Escoja uno)

1. Describa una situación en la que usted se rindió a la tiranía de lo urgente. A la postre lo dañará. ¿Qué cosa desde entonces lo ha ayudado a centrarse más en lo que es importante?
2. ¿Cuáles son algunas de las más grandes amenazas que confrontan a la iglesia hoy día? ¿Qué posición ocupa la adoración inadecuada? Explique su respuesta.

Conteste estas preguntas

1. ¿Por qué se le resta importancia a la adoración en la iglesia de hoy día?
2. ¿Qué es incorrecto con dirigir el culto de la iglesia a los inconversos? ¿Debe la iglesia procurar que los inconversos se sientan cómodos? ¿Por qué sí o por qué no?
3. Diga una definición bíblica de un cristiano que se relaciona con la adoración.
4. ¿Son la adoración y el servicio a Dios mutuamente excluyentes?
5. Dé una definición de la adoración: ¿Es esta una simple actitud, o puede expresarse en acciones? Apoye su respuesta con las Escrituras.
6. ¿Cómo es que una persona se convierte en un verdadero adorador de Dios?
7. Mencione los cinco elementos que resumen el plan de redención en el Antiguo Testamento.
8. ¿Qué dos realidades con respecto a Dios son esenciales para la verdadera adoración?
9. ¿Por qué Dios no debe ser representado por objetos materiales?
10. Describa los dos extremos de la falsa adoración representados por los judíos y los samaritanos en los días de Jesús.
11. ¿Qué significa adorar a Dios en espíritu?
12. Mencione cuatro requisitos para adorar a Dios en espíritu.
13. ¿Cuál es el mayor obstáculo para adorar a Dios en espíritu?
14. ¿Cómo adoramos a Dios en verdad?

Céntrese en la oración

- La Biblia revela muchos de los atributos de Dios, como su poder, su sabiduría, su misericordia, su soberanía y su amor. **Escoja uno o más de sus atributos e invierta tiempo alabándolo por ellos.**
- Los escritores sagrados frecuentemente alaban a Dios, por sus poderosas obras de creación, liberación y redención. Piense en algo que Dios ha hecho, sea de las Escrituras o de su propia vida e invierta tiempo dando gracias y alabándolo por ello.

Aplicación de la verdad

Como se destacó en el capítulo, meditar en las Escrituras es un elemento importante de la verdadera adoración. Lea los siguientes pasajes y mencione las diferentes cosas acerca de las que el salmista meditaba: Salmos 1:1-2; 63:6; 77:12; 119:15, 27, 48, 97-105; 143:5. Hágalos el tema de su propia meditación.

CAPÍTULO 13

LA ESPERANZA: NUESTRO FUTURO ESTÁ GARANTIZADO

Resumen del capítulo

La esperanza bíblica es una parte esencial y sustancial de nuestra salvación, pasada, presente y futura, que Dios ha prometido a través de su Palabra y motiva nuestra santificación mientras procuramos diariamente ser más semejantes a Cristo.

Para comenzar (Escoja una)

1. ¿Cómo definió usted la *esperanza* cuando era un niño? ¿Cuáles fueron las cosas más comunes en las que puso la esperanza? ¿Fueron cumplidas la mayoría de esas esperanzas? ¿Cómo? ¿Cuáles no las fueron?
2. ¿Qué, aparte de la incertidumbre de la muerte, piensa que amenaza más el sentido de esperanza del inconverso promedio? Considere dos o tres posibilidades. ¿Se encuentra usted con esas incertidumbres con frecuencia durante una semana cualquiera? De ser así ¿cómo?

Conteste estas preguntas

1. ¿Cuáles son los dos únicos destinos eternos para las personas? ¿Cómo afecta eso la cuestión de la esperanza? Cite varios pasajes bíblicos.
2. ¿Cuál es la característica y la representación de la esperanza tal como se expresa en Hebreos 6:19-20?
3. ¿Cuáles son los tres aspectos de la salvación? (Cada uno incluye tanto una referencia temporal como una correspondiente designación doctrinal.) Cite pasajes para apoyar su respuesta.
4. ¿Es la esperanza objetiva o subjetiva? Apoye su respuesta con la Palabra de Dios.
5. ¿Qué detalles históricos en el Nuevo Testamento relacionados con la resurrección de Cristo fortalecen la esperanza del cristiano?
6. ¿Qué hace el Espíritu Santo para ayudarlo a usted a mantener una esperanza genuina?
7. ¿Qué categoría de experiencias de la vida que encontramos con más y más frecuencia debería de hacernos ansiar más el cielo?
8. ¿Qué analogía presentada por Cristo describe mejor el concepto de permanecer? ¿Cuál es la definición básica y el propósito de nuestra permanencia? Dé al menos dos referencias bíblicas.
9. ¿Cómo revela un cristiano su verdadero carácter (1 Juan 2:29)?
10. ¿Cuál es la meta y el premio de la vida terrenal del creyente (Fil. 3:14; Tit. 2:13)?
11. ¿Qué efecto tiene la meta final de la vida cristiana en nuestra vida presente (1 Jn. 3:2-3)? ¿Qué incentivo adicional está presente? (1 Co. 3:10-15; 2 Jn. 8).

Céntrese en la oración

- Dé gracias a Dios porque a través de su Palabra y de su Hijo ha provisto muchas razones sólidas para que usted tenga verdadera esperanza.

- Ore por un amigo no creyente o por un amigo cristiano que esté luchando con la cuestión de la seguridad, para que él pueda, por la gracia y la misericordia de Dios, recibir una nueva o una renovada esperanza.

Aplicación de la verdad

Lea Apocalipsis 21-22 y concéntrese en el futuro glorioso que espera a cada creyente. Mencione todas las cosas en ese pasaje que deben ser fuentes de esperanza y gozo. Medite extensamente en varios asuntos de esa lista, y anote ideas adicionales que el Señor le dé. Observe también las advertencias que aparecen al final del capítulo 22. ¿Cómo deben dichas advertencias ser incentivos para la práctica de la santidad?

“[AMAR A DIOS] CON TODO EL CORAZÓN,
CON TODO EL ENTENDIMIENTO, CON TODA EL ALMA,
Y CON TODAS LAS FUERZAS, Y AMAR AL
PRÓJIMO COMO A UNO MISMO, ES MÁS QUE
TODOS LOS HOLOCAUSTOS Y SACRIFICIOS”.

Palabras de Jesucristo en el Evangelio según Marcos 12:33



Sin duda, el factor crucial para vivir la vida cristiana es la condición de su corazón. Sus acciones pueden engañar por cierto tiempo, pero al final su conducta externa reflejará lo que haya en su interior. Sus actitudes internas determinan quién es usted en realidad. Esas actitudes internas son también lo que Dios considera más importantes.

En este libro uno de los pastores y maestros de la Biblia más respetados presenta un examen detallado de las actitudes fundamentales o pilares del carácter cristiano, tal como los define la Palabra de Dios. Pilares como la fe genuina, la obediencia, la humildad, el amor abnegado, el perdón, la autodisciplina, la gratitud y la adoración.

Cada uno es un elemento esencial del cristianismo maduro, pero también existe un poder transformador que viene como resultado de ejercerlos en la vida diaria como mandatos de Dios. Así su carácter estará fundamentado en la piedad y usted podrá ver todo desde una perspectiva eterna. Además, su fe, sus acciones y su testimonio a otros podrán ser revitalizados desde adentro hacia fuera.

JOHN MACARTHUR es el pastor-maestro de la *Grace Community Church* en Sun Valley, California. Es el presidente de *The Master's College and Seminary*. Su voz se escucha a diario en el programa radial “Gracia a vosotros”. Es autor de muchos éxitos de librería como *La Biblia de estudio MacArthur*, la serie *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento*, *Avergonzados del evangelio*, *Nuestro extraordinario Dios* y *El plan del Señor para la iglesia*, entre muchos otros publicados por Editorial Portavoz.

Vida cristiana


PORTAVOZ

